JESÚS A VOLEO
Bocetos evangélicos

Francisco Javier Martínez Real

Jesús a voleo. Bocetos evangélicos

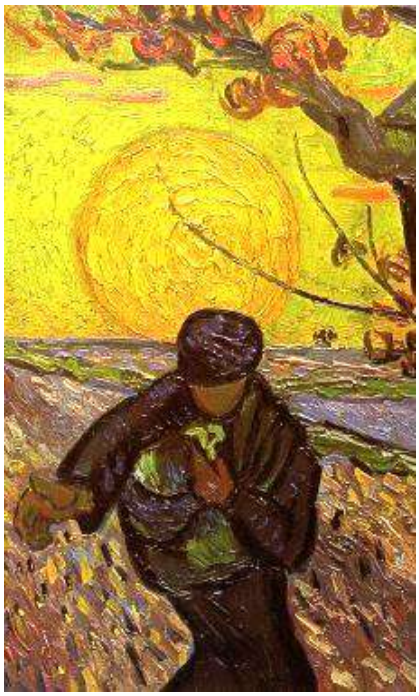
Francisco Javier Martínez Real

Primera edición electrónica: noviembre de 2022

© Copyright by Francisco Javier Martínez Real

Editora 12 DE OCTUBRE
Santo Domingo (República Dominicana)

ISBN: 978-9945-434-16-3



Jesús es el sembrador y la semilla,

el mensajero y el mensaje,

el heraldo del Reino y su cumplimiento.

BOCETOS

Convertirse al Reino, seguir juntos a Jesús 6

Creer que se ama a Dios porque no se ama a nadie 10

El resto cayó en tierra buena 13

Todo es sagrado cuando de amor se trata 15

Parches, componendas y remiendos 19

Profetismo cristiano 21

En defensa de la vida 25

Birrete judicial 29

¿El cuento de la Navidad? 32

Effetá 36

Como un grano de mostaza 38

Tentaciones de siempre 41

La Palabra que el viento no se lleva 44

Atentos a la historia 47

El pesar del joven rico 50

Diálogos nocturnos 55

Un padre y sus dos hijos 57

Mujeres sumisas 62

Ser uno 67

Dios en cuclillas 70

Panes de compasión 72

La radicalidad de un 'pero' 75

Como las águilas 77

Felices sin perdices 80

Dios y el César 84
Trabajadores para la mies 88
La sombra de una cruz 91
Banquete para buenos y malos 95
Testigo de la luz, ni menos ni más 97
La religión ¿de la ley o del corazón? 101
Poner cada cosa en su sitio 103
La autoridad del carpintero 107
Panes multiplicados ¡para todos! 109
Ha llegado la hora de Jesús y del juicio 111
¿Qué tendrá lo pequeño para poder a Dios enamorar? 114
Fuego y división 117
Ni Juan, ni Elías, ni ningún otro profeta 121
Escuchar a Jesús 125
Cada uno los oía en su propio idioma 128
Hoja de ruta para *'teó-filos'* 132
¿Castigo de Dios? 136
La alegría de Jesús y la tristeza de Narciso 141
Dos viudas y un solo gesto 143
Lecciones de un no cristiano 146
Cuidarnos unos a otros con cariño 148
Las heridas del Resucitado 151
Conmemorar a nuestros mayores en la fe 156
Nadie tan ciego como quien no quiere ver 159
Confiar en el sembrador y en la tierra buena 162
Evangelizar con Jesús 164

El labrador aguarda paciente el fruto de la tierra 169
Talento para evangelizar 171
Entre miedos anda el juego 175
Manos quizás limpias, pero ciertamente vacías 179
Tempestades 181
Fuera de sus cabales 184
Sacar hacia fuera y hacia arriba 188
La frontera samaritana 189
El Reino de Dios sufre violencia 192
Perdón creador de futuro 195
Nada de héroes, que son misioneros 199
El juicio o la primacía del amor a los pequeños 203
El precio del tesoro 205
El primer día de la semana 210

Convertirse al Reino, seguir juntos a Jesús

(1 Co 7, 29-31; Mc 1, 14-20)

Arrestado Juan –al tirano no le tiembla la mano–, Jesús marcha a Galilea. De alguna manera hay que relevar al profeta, pero no se trata, desde luego, de corregir aquí y allá algunas notas y compases en la composición del fustigador de la *"raza de víboras"*. Se trata de cambiar de registro. Es hora de retirar el hacha, que el tiempo está maduro para *"proclamar la buena noticia de Dios"*.

Una vez más, el discípulo desborda al maestro. (¿Por qué será que a algunos les cuesta un verdadero disgusto admitir –eso cuando logran hacerlo– que Jesús fue discípulo de Juan? ¿Será que no han acabado de tomarse en serio la encarnación a pesar de que celebren canónicamente la Navidad?)

Resulta ser, para colmo, que el discípulo llega pisando fuerte: llama a convertirse al Reino de Dios y a seguirle a él. Atención, que parecen dos cosas, pero en realidad es una sola: tal conversión consiste en seguir a Jesús, no solo por ser el predicador del Reino sino porque en él se realiza ese Reino en toda su plenitud. Sucede, en añadidura, que seguir a Jesús comporta siempre una dimensión comunitaria. Vamos por partes.

Pisando fuerte

No hay preludios. Y, si los hay, no son otros que Moisés, Isaías, Juan Bautista… la Ley y los Profetas. Jesús, en efecto, llega pisando fuerte: su primera predicación consiste nada menos que en una llamada a la conversión.

Tal conversión, para que nadie se despiste pensando en el pescadito de los viernes de cuaresma o en un credo y tres avemarías, se orienta a acoger la presencia

nueva del Reino de Dios. De lo que se trata es de inscribir la propia vida en la mística de la paternidad divina y, por lo tanto, de la fraternidad humana. Jesús tiene conciencia de que se inaugura una nueva era –atención posmodernos: nada que ver con la creencia astrológica en la era de Acuario– y de que, para poder participar en ella, es necesario poner el corazón en hora, es decir, convertirse. A vino nuevo, odres nuevos.

El mensajero es el mensaje

Me resulta muy sugerente que un mismo relato evangélico presente al mismo tiempo, como digo, la exigencia de convertirse al Reino de Dios y la llamada al seguimiento de Jesús. Me enseñaron que las tres primeras peticiones del padrenuestro –*"santificado sea tu nombre"*, *"venga a nosotros tu Reino"* y *"hágase tu voluntad"*– son redundantes, lo que significa, entre otras cosas, que Dios reina en cualquier situación en la que se hace su voluntad. ¿Acaso Dios no ha reinado hasta en las más íntimas entretelas de la persona de Jesús? No es solo, por lo tanto, que Jesús sea el predicador o el portador del Reino de Dios, sino que es el mismísimo Reino de Dios. El mensajero es el mensaje.

De ahí que convertirse al Reino de Dios venga a consistir en aceptar a Jesús, celebrarle como Señor y, en definitiva, seguirle. Convertirnos es encarnar en nuestras propias vidas su visión de la paternidad divina y de la fraternidad humana.

Eso comporta, evidentemente, cambios de gran envergadura. Por eso decía que Jesús llega pisando fuerte. El seguimiento al que llama parece exigir algunas rupturas. *"Dejaron las redes y lo siguieron"*, nos dice el evangelio. La red es mucho más que un mero útil de trabajo. Es todo un símbolo de una actividad

profesional, de un ámbito de vida, de un contexto familiar, de un medio de inserción social… Al dejar las redes, los primeros discípulos practican una conversión, un cambio radical que les sitúa en el seguimiento de Jesús.

A todos se nos dirige esa llamada a poner en práctica cuantas rupturas sean necesarias para, de una vez por todas, emprender el seguimiento de Jesús sin componendas. Tenemos que dejar de dar vueltas a la noria de nuestro propio ego y hacer camino con Jesús, optar por sus valores, vivir su evangelio. Siempre encontramos 'buenas razones' –en caso contrario, las fabricamos con instrumentos de alta precisión– para demorar la conversión: la cultura dominante, los compromisos familiares, los procesos de discernimiento personal, las rigideces institucionales, las exigencias profesionales… o sencillamente 'la estupidez de un mundo que no nos comprende'. Sin embargo, como escribe San Pablo, *"el momento es apremiante"*. ¿Qué haremos con nuestras 'buenas razones'?

Vivir eclesialmente

Hay una segunda razón por la que este evangelio me resulta sugerente. Y es que desde el primer momento queda claro que la llamada a la conversión o al seguimiento de Jesús comporta la reunión de los discípulos. Parece ser que a Jesús se le sigue en grupo, es decir, en Iglesia.

Quizás también en esto tenemos que convertirnos. Somos hijos de nuestro tiempo y la religiosidad socialmente dominante resulta ser tremendamente individualista: cada uno compone su propia canasta de creencias en función de mil y uno factores, entre ellos las conveniencias. La sociología de la religión no

duda en caracterizar la religiosidad típica de esta modernidad tardía como desinstitucionalizada y desdogmatizada.

Ojo, no estoy arrumbando la tolerancia, que mucha sangre, sudor y lágrimas ha costado colocarla en un lugar visible de nuestra casa común. Estoy tratando de poner en guardia contra la influencia que una forma individualista de concebir la religión pueda estar ejerciendo sobre nosotros los cristianos.

La confesión *"creo en la Iglesia"* que habitualmente recitamos expresa que la comunidad de los creyentes es constitutiva del seguimiento de Jesús. No se trata de decir, ni siquiera de insinuar, que todos sus miembros seamos santos, ni que todas sus instituciones, actividades o tomas de posición sean cabalmente evangélicas. No, no se trata en absoluto de eso. Lo que en el credo confesamos es que la Iglesia es santa porque está habitada por el Espíritu de Jesús, de tal modo que en ella –entre los hermanos– podemos encontrarle, celebrarle y seguirle.

Creer que se ama a Dios porque no se ama a nadie
(Mt 5,13-16)

"Ustedes son la sal de la tierra. Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Para nada vale ya, sino para tirarla a la calle y que la gente la pise. Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad situada en la cima de un monte no puede ocultarse. No se enciende una lámpara para ocultarla en una vasija, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Brille de tal modo la luz de ustedes delante de los hombres que vean sus obras buenas y glorifiquen al Padre, que está en los cielos".

Esta parábola (o, mejor, parábolas) pertenece a esa especie de carta magna del cristianismo que hemos dado en llamar el sermón del monte. Puede sin más pensarse que en él Mateo (o su fuente Q, ya me lo sé) ha recogido, reelaborado y sintetizado una serie de enseñanzas de Jesús pertenecientes a diversos tiempos y lugares.

Pero, en realidad, no estamos ante un mero mensaje. Hay algo más: estamos ante un retrato (personal, espiritual, teológico…) de Jesús. Sucede en estos pasajes, como en el conjunto de la fe cristiana, que el mensaje y la persona de Jesús acaban por confundirse. El mensaje es su persona. Su persona es el mensaje.

Jesús es la sal de la tierra. La sal impide la deshidratación, sazona la comida, cauteriza las heridas, evita infecciones y realza el poder calorífico de los combustibles. Y, sobre todo, incorporada al culto, la sal significa la perpetuidad de la Alianza. Por eso se habla en el Levítico (2,13) de *"la sal de la Alianza de tu Dios"*.

Jesús es la nueva y definitiva Alianza; abrazo de Dios y del hombre; Dios llegado hasta la humanidad y humanidad abierta al encuentro con Dios; justicia llovida por el cielo y salvación germinada por la tierra (Is 45,8). Jesús es la nueva y definitiva Alianza.

Los discípulos lo son en la medida en que se han revestido de Cristo, es decir, se han identificado con él en su seguimiento. Lo son de modo personal, pero muy especialmente en tanto que comunidad cristiana que sacramentaliza la presencia del Señor y prolonga su misión en la historia.

Vale la pena preguntarse si personal y eclesialmente estamos en condiciones de ser testigos de esa Alianza. La vieja espiritualidad de la *fuga mundi* acabó por perder su sentido originario y por alentar el desentendimiento, sino el desamor (¡o incluso el odio!), hacia el mundo. La nueva espiritualidad postmoderna busca refugio en la interioridad y, por esa vía, también ella huye del mundo, desamándolo.

Hoy sabemos que un testimonio que no estuviera motivado por el amor hacia aquellos a los que se dirige resultaría ridículo y probablemente contraproducente. Por supuesto que se trata de que nuestro tesoro sea el evangelio de Jesús, y de ese modo en él estará nuestro corazón y nos proporcionará la suficiente libertad para interpelar al mundo. Por supuesto… Pero también se trata, dicho con palabras de Pablo VI, de que nuestra vida esté *"anclada en el corazón del mundo"* (Evangelii nuntiandi 76).

No hay otro modo de ser testigos de la Alianza que es Jesús. Todo lo demás es un fraude. Por eso escribía Charles Péguy: *"…tampoco me gustan los beatos. Los que, como no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen que son de la gracia.*

Los que creen que están en lo eterno, porque no tienen el coraje de lo temporal. Los que, como no están con el hombre, creen que están con Dios. Los que creen que aman a Dios simplemente porque no aman a nadie".

El resto cayó en tierra buena

(Mateo 13, 1-23)

"Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenla tierra, y, como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. El que tenga oídos que oiga".

Parábola del sembrador, de la semilla, de la tierra estéril y de la tierra fértil; parábola de la palabra de Dios; parábola creada por Jesús y que, una vez más, a nadie se aplica tan bien como a Jesús mismo porque él es el *Logos*, la palabra definitiva de Dios. A fin de cuentas, podemos y debemos entender que la semilla es imagen de la palabra de Dios, pero también del propio Jesús.

Una semilla está repleta de vida, de posibilidades de apertura, de capacidad creadora. Está preñada de mañana. En ella se contiene ya, de alguna manera, todo el fruto del porvenir. Jesús propone que entendamos de esa manera la palabra de Dios, no como un resultado cerrado, sino como un comienzo abierto, una llamada, una interpelación, una provocación, una invitación que debe desarrollarse desde nuestra libertad y bajo nuestra responsabilidad.

Dicho de otra manera: Dios nos garantiza muy pocas cosas; grandes, pero pocas. Quizás sea ese uno de los puntos en que el evangelio nos amedrenta. Quienes reciben de verdad a Jesús y su evangelio se enrolan en una formidable aventura, en la que, con un poco de suerte, se sabe cómo, cuándo y dónde empiezan las cosas, pero no cómo, cuándo y dónde terminan (de tejas para abajo).

Dios es sorprendente: *semper maior*. Su llamada puede llegar hasta nosotros de muchas maneras. Por supuesto, en Jesús, pero también mediante la charla de un amigo, o en la lectura de un periódico… y hasta en el canto de un gallo, ¡que se lo digan Pedro!

¿Y qué hay de los terrenos? Los diversos terrenos que aparecen en la parábola no representan diversas categorías de personas. Porque también una persona está, por su propia constitución, abierta y sin acabar: ninguno de nosotros puede ser engavetado de una vez por todas. La diversidad de terrenos representa la diversidad de disposiciones que se encuentra en cada uno de nosotros para acoger la palabra de Dios. En todos hay vereda, maleza, pedregal… y tierra fértil. Todos podemos ser hombres y mujeres evangélicamente fecundos. Basta con hacer el debido desbrozo –en cristiano a eso se le llama conversión– y entonces damos grano.

Estamos, digo, ante una parábola de conversión que nos invita a acoger a Jesús y a dejar que sigan echando raíz en nosotros los valores de su evangelio. Deberíamos apagar el piloto automático y darnos el tiempo necesario para repensar serenamente nuestra vida, interiorizando la palabra de Dios y meditando sobre ella. Deberíamos cuidar un poco nuestras raíces (cristianas). Alguien decía que en las personas, como en los árboles, lo más importante es lo que no se ve.

Todo es sagrado cuando de amor se trata

(Is 62, 1-5; 1 Co 12,4-11; Jn 2, 1-12)

El relato de la boda en Caná de Galilea es el primer episodio de la llamada vida pública de Jesús narrado por Juan en su evangelio, del mismo modo que el de Lucas tiene como obertura el pasaje de Jesús en la sinagoga de su pueblo.

En ambos casos se trata de relatos programáticos, es decir, que nos presentan en trazo grueso la misión de Jesús y en los que, por lo tanto, se nos ofrecen claves fundamentales para la interpretación de muchos otros textos evangélicos.

"Haced lo que él os diga": cosas de madre

Aún a riesgo de distraer la atención de lo que es, a mi entender, el meollo del relato de aquella boda, no quisiera pasar por alto la presencia de María junto a Jesús y los discípulos. Los evangelistas no dudan en referirnos la presencia de María en todos y cada uno de los momentos que, como este, resultan cruciales en la vida de Jesús. Y es que la primera generación cristiana vio en María mucho más que a la madre biológica: vio a una mujer estrechamente asociada a su hijo en la razón de ser de su vida. De ahí que nosotros la celebremos como figura de la Iglesia, modelo de discipulado.

El diálogo inicial entre Jesús y María no tiene desperdicio. Resulta muy sugerente desde varios puntos de vista, entre ellos el de las relaciones madre-hijo. María acaba por comportarse como la mayor parte de las madres: a veces se permiten la libertad, gracias a Dios, de tomar determinadas iniciativas que, de entrada, resultan un tanto desconcertantes, pero que finalmente demuestran ser felices. Ese fue, desde luego, el caso.

El agua de las purificaciones: desde fuera no se salva nada

El principal foco de atención de este evangelio, con todo, viene dado por el agua y por el vino. Se trata, como tantas veces sucede en los textos bíblicos, de elementos cargados de significado. Es importante caer en la cuenta de que no estamos ante un agua cualquiera, sino ante el agua de las purificaciones rituales utilizada por los judíos en sus comidas. Es un agua que simboliza la religiosidad judía, la Antigua Alianza. El vino, por su parte, ha tenido siempre en la tradición bíblica un fuerte sabor mesiánico, estando asociado a la alegría por el cumplimiento de la promesa divina. Simboliza, por lo tanto, la salvación definitiva, la Nueva Alianza.

Pues bien, el evangelista quiere presentarnos a Jesús como aquel que convierte el agua en vino, es decir, que transforma la Antigua en Nueva Alianza, la antigua relación con Dios en una relación nueva. En la historia de la Alianza sucede, llegado este momento, que Dios se relaciona con la humanidad de un modo completamente nuevo: desde dentro, es decir, asumiendo en Jesús nuestra condición humana.

Y eso resulta radicalmente decisivo porque, como decía San Ireneo –cito de memoria, y la mía es flaca–, solo puede salvarse aquello que se asume. Solo puede salvarse desde dentro. Desde fuera no se salva nada. Desde fuera puede jugarse a las marionetas con mayor o con menor destreza o puede colonizarse con malos o con malísimos resultados, pero salvar –lo que se dice salvar: liberar, llevar a plenitud, humanizar, divinizar… – desde fuera no se salva nada. He ahí la misión de Jesús: salvar desde dentro y, de esa manera, realizar la Nueva Alianza, el nuevo encuentro, la nueva y definitiva comunión entre Dios y los seres humanos, los seres humanos y Dios.

En una boda: para escándalo de los puritanos

En Jesús Dios se relaciona con nosotros desde dentro, desde la entraña de nuestra humanidad y desde el corazón de nuestra vida. Si pudiéramos preguntar a un judío contemporáneo de Jesús: *"¿Dónde vive Dios?, ¿dónde se le puede encontrar?"*, probablemente él se limitaría a apuntar con su dedo índice hacia el templo de Jerusalén. Pero nosotros, los que celebramos la Navidad y tenemos noticia de lo ocurrido en la boda de Caná, sabemos que a Dios se le encuentra en la entraña de nuestra humanidad y en el corazón de nuestra vida, particularmente en las vidas de quienes, porque aman, se desviven por los demás.

Aquí podría terciar algún obcecado puritano para, a su vez, preguntarnos: *"Oiga, oiga, ¿pero de qué clase de amor se trata?"*. Pues mire usted, por ejemplo del de una boda, una de esas fiestas en las que se come, se canta, se bebe y se baila porque dos personas se entregan mutua e incondicionalmente sus vidas, tal y como Dios se entrega a la humanidad en la persona de Jesús, tal y como Jesús se entregó por todos.

Hasta los cascabeles de los caballos

Y si nuestro puritano resultara ser obcecado hasta la hartura, entonces todavía podría volver a la carga inquisitorial en estos o en semejantes términos: *"¡Jesús en una boda, menudo escándalo! ¿Qué hace ahí donde se come, se canta, se bebe y se baila? ¿Qué pinta ese chiflado en medio de una situación tan profana? ¿Acaso no le basta con rezar, predicar y hacer peregrinaciones a Jerusalén?"*. Parece ser que no. Además, cuando de amor se trata nada es profano y todo es sagrado, porque Dios es amor o, más en plata, consiste en amar (ahora más finamente: el amor no es un atributo de Dios, sino su naturaleza).

Cuando de amor se trata todo es sagrado; privilegio de los tiempos mesiánicos, tal y como el viejo Zacarías entrevió: hasta las ollas y los cascabeles de los caballos estarían consagrados a Dios (Za 14,20-21). Y en Jesús resulta ser que el profeta tenía razón.

Pues bien, la misión de Jesús va a consistir parcialmente en eso: advertirnos de que en vano se intenta trancar a Dios en los templos. Por supuesto que a Dios se le encuentra allí, pero es inútil intentar encerrarle en ellos. Siempre le encontraremos en el corazón de la vida…y en pocas situaciones la hay en tanta cantidad y con tanta calidad como en aquella en que dos personas se aman hasta el punto de querer comprometerse mutuamente y para siempre.

Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza: libres, inteligentes, creativos, capaces de amar… Cuando efectivamente así somos, nos asemejamos a Él, le significamos. Cuando amamos nos convertimos en sacramento de Dios. Por lo mismo, cuando Jesús, su madre y sus discípulos se suman a la celebración del amor de aquella pareja de Caná de Galilea no están sino celebrando al mismísimo Dios. Cuando de amor se trata, nada es profano, todo es sagrado.

Parches, componendas y remiendos

(Mt 9,16-17)

"Nadie remienda con paño nuevo un vestido viejo, pues el remiendo nuevo tirará del vestido y el rasgón se hará mayor. Ni echan vino nuevo en odres viejos, porque los odres revientan, y se pierden al mismo tiempo el vino y los odres; sino que el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así ambos se conservan".

He aquí parte de la respuesta que Jesús ofrece a aquellos discípulos de Juan que le preguntan por qué sus discípulos no ayunan, tal y como ellos mismos lo hacen y también los fariseos. Jesús tiene conciencia de la novedad del momento presente y sale en defensa de los suyos. No se trata del peligro que corre lo viejo, sino de la amenaza de contaminación y envejecimiento que lo viejo hace pesar sobre lo nuevo. Y es que la Alianza Nueva exige un corazón igualmente nuevo. Jesús exige que sus discípulos estrenen corazón y se dejen de parches, componendas y remiendos.

Es verdad que somos historia: pasado, presente y futuro. Historia colectiva e historia personal: ayer, hoy y mañana. Pero también es verdad que, con excesiva frecuencia, nos tensiona más el recuerdo de lo conocido que la esperanza de lo inédito. El hombre viejo que todos somos no acaba de creer en el Espíritu que nos ha hecho hijos –no esclavos– y que, si le dejamos, ha de conducirnos a la verdad plena.

Un día llegamos a las puertas de una parroquia, de un grupo cristiano, de una Orden o Congregación… con el corazón aventurero, dispuesto a romper y comenzar de nuevo. Después, unas veces más y otras menos, nuestras ilusiones han padecido la erosión del tiempo. ¡Bien está que les demos un baño de

realismo, pero no que las traicionemos! Hemos traído con nosotros demasiados viejos reflejos y, si les dejamos, acabarán por sacrificar el coraje y la ilusión en aras de la tranquilidad y de la estabilidad. Porque ya se sabe, *"vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer"* y también *"pájaro en mano que ciento volando"*. La capacidad humana para el zurcido y la componenda es casi infinita. El miedo al futuro atenaza nuestras conciencias.

Profetismo cristiano

(Ez 2, 2-5; 2 Co 12, 7-10; Mc 6, 1-6)

Corren malos tiempos para la fe cristiana por varias razones, y una de ellas es que corren buenos tiempos para la credulidad. Entidades supuestamente sobrenaturales que ofrecen corazón a un mundo sin corazón y brújula a una sociedad desorientada han acabado por empapar el imaginario de muchos de nuestros contemporáneos. Es verdad que nigromantes o cualesquiera otros adivinadores los ha habido siempre, desde Moab hasta Ammón pasando por Fenicia, pero uno no esperaría encontrarlos tan fácilmente en el madrileño parque del Retiro, que pretende haber superado la prueba de la Ilustración, o en un mercado de la ciudad de Santo Domingo, que presume de su acelerada modernización.

Pero a nosotros nos toca barrer en casa propia. En la tradición judeo-cristiana, a decir verdad, no hemos sabido preservar el genio del profetismo y, con el paso del tiempo, hemos venido a homologarlo con la adivinación. Rumiar las lecturas bíblicas aquí consideradas, entre otras muchas posibles, debería ponernos en la pista de recuperación del sentido del profetismo bíblico y, a su luz, repensar el tipo de presencia pública del cristianismo que estamos gastándonos.

El genio profético

Ezequiel (3,16) ha sido constituido por Dios como *"centinela"*. Y es que el profetismo bíblico consiste en la capacidad para percibir y considerar los acontecimientos de la historia desde la óptica de Dios. El profeta sabe interpretar la vida con los criterios de quien le envía.

Por eso, dependiendo de las situaciones históricas concretas, los profetas reciben misiones distintas. En unas ocasiones, cuando el pueblo vive en el abatimiento, la opresión o el destierro, la palabra del profeta es portadora de un mensaje de esperanza, pero no por oportunismo demagógico, sino por compromiso con la verdad. Nada tiene que ver el consuelo profético con el cálculo adulador. De hecho, en aquellas ocasiones en que el pueblo hace de su capa un sayo y abandona los caminos de la Alianza, la palabra del profeta es de denuncia, por ejemplo de la idolatría o de la injusticia (por cierto, no son tan distintas como parecen a simple vista).

Los profetas son creyentes que, movidos por Dios, en un determinado momento se convierten en conciencia de su pueblo. Así entendidas las cosas, resulta ser que todo cristiano está llamado a ser profeta, es decir, a interpretar y vivir la vida con los criterios de Jesús y su evangelio. El Concilio Vaticano II insiste en que todos los cristianos estamos llamados a participar de la misión profética de Cristo.

La debilidad del profeta

Los textos bíblicos arriba referidos presentan una característica común a todos los profetas, que San Pablo llama debilidad. Es el caso de Ezequiel, a quien Dios *"pone en pie"*, es decir, levanta de su postración para constituirle como profeta.

Es también el caso de Jesús, a quien sus paisanos desconsideraban precisamente porque sabían de su proximidad, sus orígenes sencillos, su debilidad. Parece ser que *"el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, José, Judas y Simón"* no estaba en condiciones de acreditarse ni por la nobleza de su genealogía, ni por el brillo de su riqueza ni por el prestigio de su escuela rabínica.

Es verdad que sus compueblanos comenzaron por reconocerle sabiduría, pero la resistencia que la conocida debilidad del carpintero produjo en aquellas gentes piadosas –no se pierda de vista que los sucesos narrados por Marcos transcurren durante el culto sabático en la sinagoga– debió ser lo suficientemente fuerte como para acabar por impermeabilizarlas y sumir a Jesús en la impotencia. Quizás se le vino a la mente el lamento del salmista (122,4): *"Nuestra alma está saciada del desprecio de los orgullos"*. También en este punto Jesús corrió la suerte de los profetas y hubo de soportar el desprecio en su propia tierra.

Un dominico amante de las palabras –en realidad todos las aman, lo llevan en la sangre– creó 'liderofagia' para referirse a ese conjunto de mecanismos entre envidiosos y megalómanos que hacen que muchos grupos humanos se comporten como el dios Saturno. No es raro, en efecto, que en nuestros medios devoremos a quienes poseen cualidades extraordinarias, que, al mismo tiempo que no podemos dejar de admirar, por alguna inconfesable razón nos incomodan e incluso irritan hasta tres palmos antes del infinito.

Una constante en la historia de la salvación

San Pablo escribió en otro lugar, ni más ni menos que a propósito de la locura de la cruz: *"Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es para reducir a nada lo que es"* (1 Co 1,27-28). Ahí encontramos, en efecto, una constante que atraviesa toda la historia de la salvación: Dios ha elegido, por ejemplo, a Sara, una mujer estéril, para ser madre de una multitud de generaciones. Dios ha elegido a Samuel como guía de su pueblo, aun cuando no era más que un niño. Dios ha elegido a David, que no era sino el último de los hermanos de una familia de

pastores. Y, para hacernos llegar de forma definitiva su salvación, Dios ha elegido a María, la esposa del carpintero, lo cual le valió a Jesús la desconfianza de la que nos habla el evangelio.

San Pablo resume diciendo: *"Cuando soy débil, entonces soy fuerte"*. Y, si le pedimos una razón, él solo sabrá ofrecernos su fe: *"El Señor me ha respondido: te basta mi gracia"*, es decir, te basta mi presencia, te basta mi compañía. ¿Querrá incluso decir que todo lo demás resulta no solo superfluo, sino también contraproducente?

Sara, Samuel, David, Ezequiel, María, Pablo, Jesús… una constante en la historia de la salvación. Por eso, podemos decir que los cristianos nos equivocamos de parte a parte cuando, para seguir realizando la misión profética de Jesús, creemos necesitar y buscamos los caminos de la riqueza, del prestigio o del poder. No es ese, ni mucho menos, el estilo del profetismo cristiano. Los resultados, en consecuencia, tampoco pueden ser cristianos.

Me inclino a pensar que la disyuntiva entre cristianismo de presencia y cristianismo de mediación, como dieron en llamarse, tiene bastante de falaz, pero mucho me temo que la obsesiva insistencia de algunos medios eclesiales en el primero de ellos esconde los reflejos de toda aquella época de cristiandad que, por desgracia, aún sigue ejerciendo seducción sobre demasiados cerebros y otros tantos corazones. Durante muchos siglos la Iglesia se acostumbró a ejercer influencia social desde los palacios y otras alturas, y ese lastre, claro, no se suelta en un puñadito de años.

En defensa de la vida

(Sb 1, 13-15; 2, 23-25; 2 Co 8, 7-15; Mc 5, 21-43)

Porque Dios ama la vida, la crea, la libera y la defiende. Así, poco más o menos, resumía Patricia hace un tiempo la visión del Antiguo Testamento contenida en su trabajo de final de carrera, que trataba de hilvanar los relatos del Génesis y del Éxodo y los libros de los profetas del siglo VIII antes de Cristo. Por supuesto que en Jesús y en todo el Testamento Nuevo que gira en torno a él el resumen de Patricia se colma de verdad y de sentido.

En esa dirección apuntan las lecturas bíblicas aquí consideradas. Pudieran parecer dispersas al primer asalto (perdón, se me ha escapado una metáfora bélica), pero realmente no lo son. Puesto que hay que poner título a su común denominador, yo elijo este: "En defensa de la vida".

Dios no ha creado la muerte

"Dios no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera". Así es como evoca el sabio judío la fe de su pueblo en Dios creador tal y como quedó expresada en el viejo texto: *"Vio Dios cuanto había hecho y era bueno"* (Gn 1,31). Viene, pues, a recordarnos la bondad fundamental de la creación y, en ese contexto, la dignidad de todo ser humano en tanto que imagen de Dios.

El sabio –por ser tal– no puede dejar de encarar el drama universal de una humanidad confrontada al mal radical que es la muerte, pero –igualmente por ser sabio– lo hace como invitación a confiar por encima de todo en el Dios amigo del

ser humano y de su vida. Nos hace saber, en definitiva, que Dios no ha creado la muerte, porque ama solamente la vida.

"Hija, vete en paz y con salud". "Contigo hablo, niña, levántate"

El relato evangélico de Marcos puede entenderse como una espléndida y doble ilustración de ese mismo mensaje. Y es que, en Jesús, Dios se manifiesta definitivamente en defensa de la vida.

Los dos milagros, tanto el de la curación de la hemorroísa como el de la resurrección de la hija de Jairo, constituyen otras tantas restituciones de vida. La de la niña salta a la vista, pero no es menos cierta la de la mujer. No solo el propio Marcos entrelaza ambos relatos, sino que parece esforzarse por destacar su convergencia: doce años, los mismos que tenía la niña, llevaba aquella mujer padeciendo un flujo de sangre en el que se le estaba yendo la vida (que *"la sangre es la vida"* estaba dicho en Dt 12,23 y seguía creyendo aquella gente) y que la colocaba en estado permanente de impureza legal (Lv 15,19-30) y, por lo mismo, de proscripción comunitaria o de marginación social. Parece claro, por lo tanto, que ambas intervenciones de Jesús son otras tantas acciones de defensa de la vida.

Ahora bien, la vida siempre es concreta: la vida somos los vivientes y, si de seres humanos se trata, entonces la vida son biografías. Por eso Jesús busca el cara a cara, la proximidad personal, la inmediatez incluso corporal. El mismo Jesús que coge cariñosamente la mano de la hija de Jairo ha hecho previamente todo lo posible por evitar el anonimato de una mujer asustada, probablemente por haber violado el aislamiento prescrito por la ley del Levítico, y ha acabado por lograr un encuentro personal con ella.

¿Creemos realmente que Dios ama la vida?

Durante mucho tiempo se ha pensado –quizás algunos siguen pensándolo– que la división de los seres humanos en creyentes y no creyentes resulta ser relativamente fácil, como si una especie de frontera pasase entre los unos y los otros. La frontera ciertamente existe, pero pasa por cada uno de nuestros corazones. Hay zonas de nuestra personalidad y de nuestra vida que siguen siendo muy ajenas al evangelio, que se resisten a confiar en Dios tal y como Jesús nos lo ha manifestado.

Bien es posible que, a la vista de los dramas de nuestro mundo, todos tengamos zonas personales de increencia que se resisten a afirmar con confianza la bondad divina. Es posible que las heridas que causa en la conciencia el saber de la montaña de sufrimiento que es la vida (el *"valle de lágrimas"* que recitaban nuestras abuelas con toda la razón, por más que la cultura dominante se esfuerce por construir oasis de sonrisas) nos dificulten tremendamente poder confesar de todo corazón que Dios ama la vida. Tal dificultad, a mi entender, no es necesariamente mala, pues bien podría nacer de una elemental sensibilidad ante el sufrimiento ajeno. Pero no faltan quienes conviertan esa dificultad en imposibilidad, sosteniendo que, ante la magnitud de ciertos sufrimientos, semejante confesión –Dios ama la vida– constituye una escandalosa sinrazón.

Pues bien, es precisamente en medio de tales dramas donde tal confesión de fe resulta más necesaria que nunca. En primer lugar, para evitar que se haga a Dios cómplice del sufrimiento. En segundo lugar, para que ninguna persona pueda evitar su propia responsabilidad personal en los dramas por él creados o pasivamente consentidos.

Distingámonos por nuestra generosidad

En su carta a los corintios San Pablo pretende despertar ese sentido de la responsabilidad personal mediante una convincente llamada a compartir los bienes materiales. 'Asistencialismo barato', habría clamado alguno en mis años mozos, cuando se debatía si el cambio social había de comenzar por la transformación de las estructuras o por la conversión del corazón. Hace tiempo que no tengo noticia de tal debate (¿será que se da por resuelto?, ¿será que yo no me entero?, ¿será que ya no queremos cambiar ni una cosa ni la otra?). Ahora bien, sea por una o por otra vía –sospecho que habrá de ser por las dos: estructuras y corazones–, lo cierto es que, según San Pablo, *"se trata de nivelar"*.

La abundancia económica de los unos debe saber compensar la carencia de los otros. Quien se encuentre dispuesto a activar su generosidad estará, sin ningún género de dudas, diciendo y haciendo con Jesús: *"Niña, contigo hablo, levántate"*. Y estará proporcionando a algún hermano de vida desbaratada una buena razón para sumarse a la oración festiva del salmista (30,11): *"Cambiaste mi luto en danzas. Señor, Dios mío, te daré gracias por siempre"*.

Birrete judicial

(Mateo 13, 24-30)

"El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, su enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?». Él les dijo: «Un enemigo lo ha hecho». Los criados le preguntaron: «¿Quieres que vayamos a arrancarla?». Pero él les respondió: «No, que, al arrancar la cizaña, podrían arrancar también el trigo. Déjenlos crecer juntos hasta la siega y, cuando llegue la siega, diré a los segadores: Arranquen primero la cizaña y átenla en gavillas para quemarla, y el trigo almacénenlo en mi granero»".

Forma parte de un grupo de parábolas recogidas en el evangelio de Mateo y que, con imágenes tomadas de la vida del campo, tratan de despertar en el creyente las actitudes adecuadas para contribuir positivamente al Reino de Dios.

Ninguna parábola tomada de forma aislada lo dice todo. Cada una de ellas viene a iluminar un aspecto concreto de esa realidad emergente que Jesús llama el Reino de Dios. De la del trigo y la cizaña cabe decir que es parábola de paciencia y que su mensaje central puede expresarse así: el juicio definitivo requiere tiempo y, además, no es algo que nos corresponda a nosotros, sino que queda reservado a Dios.

En tiempos de Jesús, como hoy y como siempre, no faltaban intransigentes que se veían a sí mismos en posesión exclusiva de la verdad y que se permitían, por ello, ponerse en lugar de Dios (como si hubieran comprado en las rebajas de enero el

árbol del conocimiento del bien y del mal). No faltaban las comunidades de (dizque) puros que rechazaban como definitivamente condenable toda convicción diferente de la propia. No faltaban quienes se consideraban a sí mismos hijos de la luz y a los demás engendros de las tinieblas (como si el mundo fuera un remedo de *western* al más puro esto holliwoodiense). Para este tipo de puritanismo e intransigencia la parábola de la cizaña debe resultar profundamente incómoda.

Soy un urbanita que distingue a duras penas un semáforo de una mata de coco, pero he averiguado que la cizaña es una planta cuya semilla contiene un tóxico que la hace peligrosa. El truco del almendruco de la parábola consiste en caer en la cuenta de que la peligrosa cizaña se parece mucho al bendito trigo, tanto que es necesario esperar a que este se encuentre totalmente granado para poder distinguirlo de aquella. Eso permite entender que el amo que aparece en la parábola se niegue a arrancar la cizaña mucho antes de la siega: hacerlo supondría arriesgarse tontamente a perder el trigo.

En las parábolas de Jesús, la imagen de la cosecha hace siempre alusión al fin de la historia y al juicio de Dios. Pues bien, mientras corre el tiempo, nuestro tiempo, nuestras vidas, a nosotros nos toca colaborar en la siembra, poner en práctica los valores del evangelio de Jesús para hacer posible un mundo fraterno en el que Dios es Padre: el Reino de Dios. Nos toca, digo, colaborar en la siembra, pero nadie nos ha nombrado segadores y no tenemos por ello ningún derecho a querer anticipar el juicio definitivo, que solo corresponde a Dios. La vida y la persona de cada uno de nosotros son lo suficientemente complejas como para que a todos los demás nos falten luces y elementos de juicio para poder distinguir lo definitivamente bueno de lo que no lo es.

Ahora bien, nada de lo dicho puede servir para justificar la indiferencia, como si todo diera igual y todo fuera lo mismo. No todo el monte es orégano. No todo es igual, no todo es evangélico, no todo da lo mismo. Jesús no niega la existencia del trigo y de la cizaña. Lo que en esta parábola hace es sencillamente ponernos en guardia contra la precipitación y llamarnos a la prudencia al advertirnos que ninguno de nosotros tiene la última palabra en el juicio sobre los demás. Parece que Jesús sabe que nos gustan demasiado los birretes de los jueces.

Evitemos la condena de nuestros hermanos. Una cosa es discernir y evaluar moralmente determinados comportamientos, lo que seguramente resulta inevitable y necesario, y otra muy distinta condenar a las personas. Evitemos los cadalsos. Dejemos a Dios, que ve en lo profundo de los corazones y de las realidades humanas, la tarea del juicio definitivo.

Sepamos, además, que su juicio ha de ser moderado e indulgente. No lo digo yo, sino el texto del libro de la Sabiduría (12,13.16-19) que acompaña esta parábola del trigo y la cizaña en el decimosexto domingo del tiempo ordinario del ciclo A.

¿El cuento de la Navidad?

(Lc 2, 1-20)

En Nochebuena solía contar un cuento a mis buenas gentes de La Isabelita, todo un alarde de originalidad a condición de perder de vista la poblada tradición de cuentos de Navidad salidos de las manos de Dostoievski, Clarín, Dickens, Andersen, Azorín, Bosch y un largo etcétera; tradición de la cual, por supuesto, los míos no formaban parte por deméritos propios.

¿Que por qué contar un cuento? Fácil: en los buenos cuentos viaja mucha sabiduría. ¿Que por qué hacerlo en Nochebuena? También fácil: si una homilía no aspira a ser entretenida ni siquiera en esa noche, ustedes me dirán cuándo. *Never again* y entonces la buena nueva se convierte en aceite de aburridera, ideal para bostezar.

Abandonado por las nueve musas, uno de aquellos 24 de diciembre me puse a buscar cuentos de Navidad en internet. No recuerdo si me movía el afán de plagio, de modo que me concedo el beneficio de la duda: asumo que solo estaba rastreando la inspiración perdida. Lo seguro es que yo no podía aparecer en La Isabelita de vacío porque ya se había convertido en costumbre el cuento de Javier y porque, de hecho, algunos estaban reclamando la satisfacción de ese su derecho consuetudinario. No es que amenazaran con quemar gomas, pero presionaban a su manera.

Mi búsqueda internáutica me condujo enseguida a una página supernavideña que, a primera vista, me pareció muy buena y en la había de todo: recetas de cocina, música, relatos de costumbres, tarjetas de felicitación, poemas y, claro, también había cuentos: *El cascanueces*, *El pudding de Navidad*, *La tienda de los*

fantasmas, *La vendedora de fósforos*, *El gigante egoísta*, *La tentación de sor María*, *La Navidad del pavo*… y muchos otros.

Pues bien, uno de esos cuentos tenía por título *El nacimiento del niño Jesús*. ¿Que qué? Me avalancé a leerlo y, en efecto, en él se relataba el nacimiento de Jesús, alegando que muchos padres también cuentan a sus hijos que María dio a luz a su hijo en Belén, que le envolvió en pañales, que le acostó en un pesebre…, o sea, la narración del nacimiento de Jesús, como si fuera algo parecido a *La tienda de los fantasmas* o *El gigante egoísta*.

Inmediatamente cerré la página con pique mayúsculo… porque el nacimiento de Jesús no es ningún cuento. Los cuentos, dicho queda, pueden contener mucha sabiduría, pero en ellos se relatan acontecimientos ficticios, es decir, inventados. El nacimiento de Jesús no es un acontecimiento ficticio, no es una invención, no es un cuento.

El nacimiento de Jesús es un hecho histórico. Quizás no se autoinvitaron solo pastores, sino también amas de casa y chiriperos. Quizás no había un buey y una mula, sino dos perros, siete gallinas y un puñado de ratones. Quizás no llegaron tres sabios orientales, pero sí una algarabía de niños curiosos. Quizás la noche no estuvo alumbrada por una gran estrella, pero sí por un cielo estrellado. Poco importan los detalles. Lo cierto es que ese niño nació, y que se trataba de un niño como cualquier otro niño, de carne y hueso, no de una idea.

Parece claro que esa tontería del cuento *El nacimiento del niño Jesús* está emparentada en primer grado con otra tontería de igual envergadura: la duda sobre –e, incluso, la negación de– la existencia histórica de ese mismo Jesús. Digo tontería porque dicha existencia está más que acreditada en textos antiguos

(siglos I-II) de la autoría de Mara Bar Sarapión, Tácito o Flavio Josefo, entre otros, gentes ajenas al cristianismo y, por lo tanto, sin ningún tipo de compromiso personal con Jesús. ¿Qué interés pudieran haber tenido en inventarle? La existencia de Jesús es tan segura como la de Sócrates y más que la de Homero.

A lo que íbamos. El nacimiento de Jesús no es un cuento, sino un hecho histórico, que los cristianos, eso sí, miramos con los lentes de la fe, lo cual nos permite reconocer en el alumbramiento de ese niño la llegada del mismísimo Dios a nuestra historia. Y no para estar solo un ratito, como si se tratara de la visita de un médico, sino para quedarse para siempre. Jesús es Dios-con-nosotros. Todo un regalo.

Claro, Navidad rima con regalo. En la medida en que la llamada regalía pascual (en realidad no nos regalan nada) nos permite estirar los cheles más allá de las habichuelas y los plátanos, Navidad suele ser momento para hacer algún regalo a quienes queremos, familiares o amigos. Regalo significa cariño y amistad.

El nacimiento de Jesús también fue un regalo, el regalo hecho por Dios. Nosotros solemos regalar cosas, pero Dios solamente sabe regalarse a sí mismo. Por eso, con los lentes de la fe, vemos que en el nacimiento de aquel niño es Dios mismo quien está regalándosenos a cada uno de nosotros. ¿Conocen algún regalo mayor y/o mejor? *Summum bonum*.

Y, claro, ese sumo regalo significa la máxima amistad. Albert Camus puso como ejemplo de amistad auténtica la vivida por un hombre que todas las noches se acostaba en el suelo porque eso mismo hacía, por necesidad, un amigo suyo que se encontraba en prisión. ¿Cómo podía él disfrutar de la comodidad negada a

aquel a quien amaba? Añadía Camus que esa misma pregunta vale para cualquiera que sufra (todos, digo yo): ¿quién se acostará en el suelo por él?

Quienes creemos en Jesús sabemos que Dios se ha acostado en el suelo por nosotros. No solo ha nacido en la pobreza, sino que ha padecido la dureza de todos nuestros suelos: incomprensiones, injusticias, desengaños, abandonos, persecuciones, lágrimas… Porque *"nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos"* (Jn 15,13). Dios no suele regalarnos cosas, por mucho que a veces las necesitemos. Dios se regala a sí mismo.

Effetá

(Mc 7, 31-37)

"Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo". Así estaba dicho en la tradición profética (Is 35,5-6). 'Entonces' y con verbo en futuro… ya saben ustedes: en los tiempos mesiánicos, cuando todo sea como Dios lo quiere.

El relato marcano de la curación de un sordomudo testimonia la convicción del evangelista de que con Jesús ha llegado el tiempo mesiánico, es decir, que en él Dios está actuando en medio de su pueblo del único modo que Él sabe hacerlo: como fuente de salvación o de vida en plenitud para todos, sin excepción.

Tal es, creo yo, el sentido fundamental del pasaje transmitido por San Marcos, pero se trata, además, de un relato muy cuidado en sus detalles, por lo cual vale la pena explorarlo con un poco más de detenimiento.

Si caemos en la cuenta de los gestos de Jesús (toca con sus dedos los oídos del enfermo y pone en su lengua un poco de saliva, es decir, de aliento o espíritu condensando, según entonces se creía) y si, además, reparamos en las palabras de Jesús *("effetá"*, o sea, ábrete), entonces deberíamos concluir que probablemente nos encontramos ante una alusión a la antigua liturgia bautismal y una catequesis sobre la misma.

En su actual práctica del bautismo la Iglesia sigue conservando el llamado rito del *effetá*, en el cual el celebrante toca con su dedo pulgar los oídos y la boca del

bautizado, mientras dice, entre otras cosas: *"El Señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los mudos, te conceda escuchar su palabra y proclamar la fe".*

A través de ese y de otros signos sacramentales, el Señor resucitado sigue presente en medio de su pueblo y sigue curando: para que no padezcamos sordomudez; para que destapemos nuestros oídos y abramos nuestra la boca; para que no vivamos aislados o replegados sobre nosotros mismos; para que acertemos a comunicarnos con Dios y con nuestros hermanos; en definitiva, como se dice en el mencionado ritual del bautismo, para que escuchemos la Palabra de Dios y demos testimonio de nuestra fe.

Esta es, a mi entender, la catequesis o enseñanza bautismal que Marcos quiere transmitir. Por nuestro bautismo hemos sido incorporados a la Iglesia, que es un pueblo sacerdotal. No es solo que en la Iglesia haya sacerdotes, sino que todos los bautizados participamos de la función sacerdotal. Y esa función consiste en ser puentes, ser mediadores, ser cauces de comunicación entre Dios y nuestros hermanos, los hombres y mujeres de nuestros días. Como cristianos y miembros de la Iglesia que somos no podemos nunca dejar de prestar oídos a la Palabra de Dios para poder comunicarla en medio de nuestra sociedad.

Pero los evangelios, además de enseñar, siempre interpelan. El cuestionamiento del pasaje que aquí nos ocupa podría formularse así: ¿realmente he dejado –sigo dejando– que Jesús abra mis oídos para escuchar su Palabra y abra mi boca para proclamar nuestra fe? Que dé un paso al frente quien se considere libre de todo grado de sordomudez. No veo a nadie.

Como un grano de mostaza

(Mc 4, 26-34)

No sé si es una suerte, una desgracia o ninguna de las dos cosas, pero, como antes he dejado entender, yo soy de ciudad. Nací y crecí en una población industrial y muy contaminada que contaba con aproximadamente 350.000 habitantes, rodeado de cemento, hierro y asfalto. Como representantes del reino animal, recuerdo perros, gatos, lagartijas, tordos, ratas y poco más… ¡ah, sí, aquel par de vacas que solían pacer en la pequeña explanada de una mina de carbón abandonada! Del reino vegetal mejor no hablar. Quizás yo sea todo un especialista en semáforos y tubos de escape, pero es seguro que no lo soy en las semillas, espigas y hortalizas mencionadas por Jesús en las parábolas aquí atendidas.

Ya de mayorcito tuve la suerte de cruzarme con José Luis Espinel, excelente profesor de Biblia, de esos que aciertan a combinar el mayor rigor exegético con el mejor cariño a la Palabra de Dios. Para concluir la última clase de su última asignatura nos regaló a cada uno de sus pupilos un grano de mostaza, que depositó en las palmas de nuestras manos con solemnidad y delicadeza, como queriendo escenificar la simultánea grandeza y pequeñez de su obsequio. Pude comprobar una vez más la habilidad de Jesús a la hora de elegir símiles.

Era una semilla realmente pequeña (imagino que si Jesús hubiera sido cibaeño en lugar de galileo, habría elegido para su parábola la semilla de tabaco, tan minúscula que hay que mezclarla con ceniza o arena poder ir identificando el terreno ya sembrado). Parece ser que el diámetro medio de una semilla de mostaza es de solo un milímetro o poco más. Llega a convertirse, eso sí, en la más grande de las hortalizas, hasta el punto de que algunas aves anidan en sus ramas,

y sus propiedades son tales que se emplea habitualmente como aderezo para los alimentos y como remedio diurético, digestivo, vasodilatador, antiséptico, etcétera.

Así es el grano de mostaza: pequeñito, ciertamente, pero repleto de vida, con gran potencial de crecimiento y extraordinariamente beneficioso. Así es también el Reino de Dios.

Jesús llama Reino de Dios a toda situación en la que se hace la voluntad de este. De aquel mismo profesor de Biblia aprendí que las tres primeras peticiones del padrenuestro tienen un único significado: Dios reina donde se le reconoce como Señor, es decir, donde se cumple su voluntad. Y esa voluntad consiste en que nos relacionemos con Él como Padre y, por lo tanto, entre nosotros como hermanos. Dios reina donde se le considera Padre común y, por lo tanto, se vive en clave de fraternidad humana universal. He ahí el proyecto de Dios para la humanidad o, lo que es igual, nuestra vocación. Jesús lo llamaba el Reino de Dios.

Ese proyecto de Dios crece –cuando le dejamos– en nuestra historia colectiva y en nuestras vidas personales. Requiere de nosotros capacidad de escucha y paciencia.

Tanto si se trata de los demás como si se trata de Dios, la capacidad de escucha no admite improvisaciones. Resulta, más bien, un arte difícil. La mayoría de nosotros somos mucho más dados a abrir la boca que el oído. Se diría que estamos convencidos de que es más importante lo que nosotros tenemos que decir que lo que otros puedan decirnos. Es probable, además, que también nuestra oración esté excesivamente poblada de nuestras propias palabras. No nos vendría nada mal ejercitarnos un poco en el silencio porque Dios –decía alguien–, es como el

sol: broncea con solo ponerse delante. Escuchar la palabra de Dios con sinceridad y profundidad es condición de posibilidad para que su Reino vaya creciendo en nuestras vidas.

Otra actitud importante es la paciencia, que es, como pensaba Clapiers, el arte de la esperanza. Se trata, en efecto, de saber esperar, pero no como se espera la guagua en un alarde de pasividad, sino actuando en favor del acaecimiento de lo esperado; sin pausa, pero sin prisas, con sentido del largo plazo, que las cosas importantes de la vida no suelen ser de ahora para ahorita. Vuelve a ocurrir que hemos de remar contra la corriente cultural, fascinada por la obtención de logros fulminantes. El espíritu que nosotros necesitamos es el de los constructores de catedrales. Tampoco Jesús pudo ver el grano de mostaza convertido en hortaliza hecha y derecha, pero acertó a poner toda su vida al servicio del crecimiento de la misma.

Tentaciones de siempre

(Gn 2, 7-9; 3, 1-7; Rm 5, 12-19; Mt 4, 1-11)

El diluvio, la duración de la esclavitud en Egipto, la travesía del desierto, la experiencia del propio Jesús... el número cuatro seguido de ceros es expresión bíblica de la dimensión de prueba y de superación que está presente a lo largo y ancho de la existencia humana. La vida es una cuaresma o, cuando menos, la del cristiano debería serlo.

Y es que vivimos desgarrados entre la culpa y el don, la culpa de nuestro pecado y el don de Cristo. Pero el juego no es simétrico: en Jesús la gracia desborda sobre todos para ofrecernos a raudales la amistad divina. Así lo asegura San Pablo y así lo celebra toda la tradición cristiana.

Catadura del corazón

La encarnación no es una broma: el *Logos* es igual en todo a nosotros, menos en el pecado. Igual en todo a nosotros, incluso en la tentación.

El evangelista Mateo nos presenta el hermoso cuadro de Jesús en el desierto. En la tradición bíblica, el desierto no es solo un lugar, sino ante todo una situación de desnudez: el hombre solo entre cielo y tierra, solo ante su vida y ante Dios. Desierto significa tentación, es decir, toma de decisiones fundamentales sobre la propia persona. Desierto es catadura del corazón.

Pues bien, aunque referidas a Jesús, el texto evangélico nos presenta un abanico de tentaciones experimentadas, en mayor o menos medida, por todos y cada uno de nosotros. Son las tentaciones del ser humano. Son de ayer y de hoy, y serán de mañana.

La tentación materialista, que pretende convertir el bienestar físico en el centro absoluto y el sentido único de la existencia. La respuesta de Jesús: el hombre necesita pan, desde luego, pero también necesita de la Palabra de Dios, que le abre horizontes humanos nuevos. Atrévete a vivir más allá de la mera animalidad y no te obsesiones con la supervivencia.

La tentación de querer manipular a Dios para utilizarlo en beneficio propio. La respuesta de Jesús: no tentarás al Señor, tu Dios. Atrévete a vivir responsablemente tu mundo y no busques refugio en infantiles magias.

La tentación del poder, que consiste en querer dominar a los demás hasta el punto de enseñorearse de ellos. La respuesta de Jesús: no reconozcas más señorío que el de Dios. Solo a él darás culto. Atrévete a ser hermano de tus hermanos.

Tentaciones y respuestas: tres en una

He ahí tres tentaciones de ayer, de hoy de siempre, que el libro del Génesis presenta en una sola: *"serán como Dios"*. Se trata, en definitiva, de la tentación de autosuficiencia. Consiste en querer endiosarse, pretendiendo sustituir a Dios: yo me basto, y lo que no me sirve no vale; yo soy la medida de todas las cosas; yo, primero yo, después yo, ¡siempre yo!

He ahí tres respuestas (vitales, no de boquita) de Jesús que también podemos resumir en una: solo Dios es Dios. Y Dios se comporta con los hombres de forma liberadora, reconociendo y promoviendo su dignidad, haciendo posible su felicidad.

Por el contrario, nada hay tan peligroso como una persona endiosada; y la historia pasada y presente, la historia grande de los manuales y de los periódicos y la

pequeña historia de nuestra vida cotidiana, nos ofrecen ejemplos como para temblar. Una persona endiosada es peligrosa porque se arroga el derecho de superioridad, subordinando a las demás y haciendo cuanto esté en su mano para poder disponer de sus vidas. Una persona endiosada persigue solo su propio interés o complacencia, caiga quien caiga. Una persona endiosada es lo contrario de Dios, es incapaz de cualquier forma de generosidad.

Deberíamos hacer un alto en el camino y tomarnos el tiempo necesario para pensar nuestra vida ante Dios. Todos, en alguna medida, tenemos influencia sobre los demás en nuestra familia, en nuestro trabajo, en nuestra asociación o en nuestro grupo de amigos. Caigamos en la cuenta de que todos tenemos algún poder, y vale más saberlo para así poder controlarlo. Pues bien, preguntémonos con honestidad cuáles son los intereses que nos mueven, a quién servimos, qué actitudes tenemos que modificar, qué decisiones son impropias de un cristiano...

Frente a la vía egoísta del poder, Jesús ha elegido la del servicio y nos invita a seguirle por ese camino estrecho y difícil, pero que conduce a la Pascua, a la plenitud, a la vida.

La Palabra que el viento no se lleva

(Jn 1, 14)

Se hace carne

No estoy yo nada seguro de que sea tan así, pero algunos se muestran convencidos de que hubo un tiempo en que la palabra dada era auténtica promesa, es decir, comprometía.

De lo que sí estoy seguro es de que tanto solemos usar y abusar de las palabras que hemos terminado por devaluarlas. Están tan manoseadas que ya no nos fiamos de ellas ni un pelo. Solemos decir que se las lleva el viento y los que vamos metiéndonos en años fácilmente tarareamos aquello de "parole, parole, parole, soltanto parole" que cantaban a dúo Mina Mazzini y Alberto Lupo en nuestros años mozos.

Por eso hemos tenido que estribar la palabra en el papel. Escribimos millones y millones de palabras en documentos con la ilusión de que esta vez no se las lleve el viento. Incluso hemos inventado algunas profesiones encargadas de estampar en ellos firmas y sellos para seguir apuntalando la palabra. Así y todo, con demasiada frecuencia nuestros documentos terminan siendo, como decimos, papel mojado.

Da gusto asomarse a un mundo en el que la promesa siguiendo comprometiendo; en el que la palabra tiene fuerza de ley porque se hace. Ese mundo es el de Dios, y esa palabra Jesús: él es el cumplimiento de la palabra dada por Dios. Solemos decir que Jesús es la palabra de Dios en el sentido de que nos comunica a Dios. Es

correcto ese sentido, pero también lo es este otro: en Jesús tiene lugar el cumplimiento de la promesa divina.

En las casuchas de Nazaret

El problema es que las magníficas y espléndidas promesas de Dios contenidas en los anuncios proféticos veterotestamentarios parecen contrastar con la pequeñez y la debilidad de aquel en quien se cumplen: Jesús, el hijo de una joven campesina que vive en una aldea perdida entre las montañas de Galilea. El nombre de Nazaret ni siquiera es mencionado en el Antiguo Testamento y no parece que en tiempo de Jesús gozara de ningún prestigio a juzgar por la respuesta dada por Natanael a Felipe: *"¿De Nazaret puede venir cosa buena?"* (Jn 1,46). Subrayo: Dios cumple su promesa en la pequeñez y en la debilidad.

Sin embargo, ahora bien mirado, no estamos en presencia de ningún problema, sino, muy al contrario, de una verdadera gracia. Desde la pequeñez y la debilidad, Dios resulta accesible a todos, grandes y pequeños, fuertes y débiles. Otra cosa hubiera sido un nacimiento en medio del boato, el prestigio y el poder: a esos lugares "exclusivos" y "V.I.P" los pequeños y los débiles tienen vedado el acceso por unas cuantas razones (en realidad marginaciones). Pero nada impide que un grande y fuerte –dispuesto, eso sí, a dejarse transformar– acceda a la pequeñez y la debilidad de los portales de Belén y de las casuchas de Nazaret.

Convertir la esperanza

Dios cumple su promesa en la pequeñez y la debilidad. Eso es una gracia, pero una gracia que nos pone en la tesitura de tener que revisar nuestras expectativas

porque bien puede suceder que Dios nos decepcione. Él se ha comprometido a cumplir su promesa, no nuestros deseos, porque estos no coinciden necesariamente con aquella.

¿Cuáles son nuestros verdaderos deseos? ¿Qué es lo que cada uno de nosotros espera de Dios y, por lo tanto, de Jesús? ¿Cuál es nuestra esperanza? No cabe duda de que nos vendría como anillo al dedo convertirnos a la esperanza, es decir, salir de la modorra del presente y desbaratar la cortedad de miras, pero quizás también andemos necesitados de convertir nuestra esperanza.

¿Qué es lo que realmente espero? ¿Qué deseo? ¿Dónde he depositado mi ilusión? Quien haya hecho de la acumulación de riqueza el gran objetivo de su vida va a sentirse decepcionado por Jesús. Y otro tanto va a suceder a quien ande obsesionado por la adquisición de prestigio social, o a quien viva animado por sentimientos de poder, o de revancha o de autocomplacencia… Para ellos Jesús va a ser, allá entre diciembre y enero, solo un pretexto para los excesos navideños.

Jesús, en cambio, es buena noticia de Dios para los misericordiosos, los pacíficos, los pobres, los justos y todos aquellos que encuentran algún reflejo de sí mismos en las bienaventuranzas; buena noticia de la cercanía de Dios, certeza de su compañía salvadora.

Atentos a la historia

(Mt 24, 32-35)

"Aprendan del ejemplo de la higuera. Cuando sus ramas se ponen tiernas y echan hojas, conocen que el verano se acerca. Así también ustedes, cuando vean todo esto, sepan que él ya está cerca, a las puertas. Les aseguro que no pasará esta generación antes de que suceda todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán".

La higuera es árbol de hoja caduca. En invierno presenta un aspecto fantasmagórico, pero en primavera se cubre rápidamente de hojas que significan la presencia de la vida y anuncian la cercanía del fruto. El verano se acerca, como el Señor. Parábola de la higuera, parábola de la vida.

El ser humano es un signo, toda nuestra vida es significativa. Las ideas, los afectos, las esperanzas, los miedos, los recuerdos, toda nuestra vida interior se expresa y visibiliza en diferentes lenguajes. A veces topamos con realidades humanas abismales, tan profundas y tan densas que exigen un gesto, un símbolo, muy a menudo un silencio…

Además, todo lo creado tiene un sentido. *"Él hizo sabiamente los cielos y la tierra porque es eterna su misericordia"*, testimonian nuestros mayores (Sal 135,5). La creación remite a un significado invisible: es obra de la bondad divina. También la realidad natural es una parábola que debemos interpretar.

Asimismo lo es la historia, sus acontecimientos y sus procesos; la historia que sucede a nuestro alrededor y ante nuestros ojos; los acontecimientos y procesos

que pueden constituir auténticos signos de los tiempos en los que quepa discernir la acción vivificadora del Espíritu.

El cristiano permanece atento a la historia, aunque a veces su capacidad de lectura se sienta desbordada por una sensación de permanente cambio que hace que todo parezca fugaz y enseguida acabe por resultarle obsoleto y caduco. Desde hace unas décadas solemos decir que la historia se ha acelerado. Creo que con ello nos referimos a esa rápida sucesión de acontecimientos a los que inicialmente concedemos gran importancia pero que, luego, rápidamente olvidamos.

Algo de cierto hay en eso del cambio de época, pero quizás también suceda que la historia se ha acelerado mucho menos de lo que pensamos; y que si así lo pensamos es porque somos víctimas de un espejismo informativo y, más en general, de un exitoso fraude de la industria cultural y publicitaria, afanada, como decían Horkheimer y Adorno, en que todo corra continuamente para que, a la hora de la verdad, no surja nada sorprendente.

Lo seguro es que una tonta voracidad de sensaciones nos conduce a abusar del término 'historia', aplicando el adjetivo de 'histórico' a cualquier nimiedad, que puede ir desde el triunfo en un partido de fútbol hasta el lanzamiento de una hoja parroquial, pasando por la introducción en el mercado de una nueva crema hidratante.

Sea como fuere, tenga una u otra velocidad, hemos de permanecer muy atentos a la historia; a esta historia que sucede a nuestro alrededor y ante nuestros ojos, por la sencilla razón de que no existe otra. Algunos la llaman profana, pero es también sagrada. Lo es en la medida en que en ella crece el Reino de Dios. Discernir los

lugares, las personas, los movimientos en que eso sucede nos permite participar arrimando el hombro para que vaya creciendo el ‘ya’ y menguando el ‘todavía no’.

El pesar del joven rico

(Sb 7, 7-11; Hb 4, 12-13; Mc 10, 17-30)

No seré yo quien desprecie los diálogos. Deben ser estimados en mucho, pero –ojito– sin fetichismo. Sabemos más que sobra –tanto en carne propia como ajena– que no siempre conducen a encuentros y concordias, sino que, a veces, ponen crudamente sobre el tapete distancias y desarmonías.

No es raro que suceda exactamente eso cuando uno de los interlocutores es Jesús. Su palabra, por ser de Dios, *"es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo..., escruta los sentimientos y pensamientos del corazón"* (Hb 4,12); nada dada, por consiguiente, a contemporizar, es decir, a *"acomodarse al gusto o dictamen ajeno por algún respeto o fin particular"*, al decir de la Real Academia. El fin de Jesús es general –el Reino de Dios– y de ningún modo está dispuesto a acomodarse a dictámenes ajenos, tampoco a los de los ricos.

Una conversación sincera y cercana

Marcos ofrece un relato extraordinariamente directo y luminoso. Se trata, básicamente, de la narración de un diálogo entre Jesús y una persona a quien nosotros solemos llamar el joven rico. En realidad, Marcos no especifica la edad, y tampoco lo hace Lucas. Es únicamente Mateo quien afirma que se trataba de un joven, pero no es eso lo que ahora nos importa. De lo que no cabe duda es de que era rico, incluso *"muy rico"*. Y esto sí nos importa porque ahí se ubica el quicio del pasaje.

No estamos ante una de esas situaciones en que algún malicioso con pretensión de avispado busca poner a Jesús en aprietos. La conversación entre este y el joven

rico, por más que termine de forma triste, transcurre en un tono sincero. Para empezar, el joven se acerca a Jesús con auténtica veneración, tratándole de *"maestro bueno"*. Jesús, por su parte, le invita a dejar de lado tanta reverencia –*"¿por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios"*–, seguramente porque reverenciar crea distancias y Jesús es hombre de cercanías. El joven acepta la invitación y, en adelante, le llamará solamente maestro.

El Reino de Dios: la prioridad de los hermanos y la solidaridad con los pobres

Lo que el rico quiere averiguar es qué tiene que hacer para heredar la vida eterna, es decir, para estar en sintonía con el proyecto de Dios y, por lo tanto, en comunión con Él. Jesús le responde que ha de cumplir los mandamientos. Vale la pena destacar algo importante que pudiera pasar desapercibido, y es que los mandamientos citados por Jesús no son los que se refieren a Dios (por ejemplo, santificarás el sábado o no tomarás en falso el nombre de Dios), sino únicamente los que guardan relación con los demás: *"No matarás, no comentarás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre"*. A la vista queda una primera lección: para estar en comunión con Dios es prioritario el comportamiento justo y bueno con los demás.

El joven añade que todo eso, cumplir los mandamientos, no es solo algo que ya hace, sino que siempre ha hecho. Debió tratarse de una respuesta limpia porque Jesús –dice San Marcos– *"se le quedó mirando con cariño"*.

Sin embargo, es justamente ahora, en este momento de afecto, cuando comienza a llover disgusto porque Jesús replica: *"Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres… y luego sígueme"*, dirigiéndole así una clara

invitación a sumarse al grupo de los discípulos. Ante esas palabras, el rico *"frunció el ceño y se marchó pesaroso"*. Mutis por el foro. Su riqueza le abraza como una osa y se lo lleva consigo; le anula para seguir a Jesús; le impide la comunión con Dios, una sabiduría que había buscado, seguramente con honestidad, pero, a lo que parece, no la suficiente como para *"preferirla a los cetros y a los tronos"* (Sb 7,8). La traba viene dada por su riqueza, de eso no cabe duda. El evangelista aclara que se marcha porque es muy rico y no silencia el comentario de Jesús: *"Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios"*.

La riqueza: el reino de la explotación y del poder

Vale preguntarse qué es lo que tiene el dinero para obstaculizar la comunión con Dios y para representar un debe en su Reino. El dinero en sí mismo no es malo, por la sencilla razón de que todos lo necesitamos en la cantidad suficiente para adquirir los bienes y servicios que nos permiten seguir vivitos y coleando (solo quienes anden muy sobrados de plata podrán pretender, tramposamente, lo contrario). No tenemos ninguna buena razón para despreciarlo. El problema no es el dinero. El problema es la acumulación de dinero, la desigual distribución del mismo, la riqueza. ¿Y por qué la riqueza abofetea el Reino de Dios? Porque el Dios de ese Reino es el Padre de todos. Dios reina allí donde se vive en fraternidad. La riqueza, en cambio, es el reino de la explotación y del poder.

Es el reino de la explotación porque casi nunca procede del trabajo honrado, sino casi siempre del fraude, de la injusticia, del abuso o del oportunismo. El reverso del enriquecimiento de unos pocos suele ser el empobrecimiento de muchos. Con toda la razón del mundo escribió Benedicto XVI en *Caritas in veritate* (n. 63)

que *"los pobres son en muchos casos el resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano, bien porque se limitan sus posibilidades (desocupación, subocupación), bien porque se devalúan «los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia» (*Laborem exercens, 8*)".*

La riqueza es el reino del poder porque casi siempre es utilizada para marchar contra los demás, para derrotarlos y para hacer valer los intereses propios sobre los derechos ajenos. Por eso no encuentra lugar en un Reino que, siendo el del Dios Padre de todos, lo es también de la fraternidad.

No dejarse embelesar

Es muy poco probable que estas líneas caigan bajo ojos de alta alcurnia, por lo que pudiera pensarse que sobrevuelan las cabezas y los billeteros de sus lectores, pertenecientes al común de los mortales. Me inclino a creer que eso no es tan así: ciertamente sobrevuelan en alguna medida nuestros billeteros, pero de ningún modo nuestras cabezas.

Tengo en la mira, entre otras cosas, la frecuencia con que nosotros mismos damos comba a riquitos y ricotes. Eso ocurre, por ejemplo, cuando nos dejamos obnubilar de tal manera por su poderío que llegamos a perder el sentido de nuestra propia dignidad. Entonces renunciamos a la defensa de nuestros derechos en la expectativa –me niego a llamarla esperanza– de deglutir migajas caídas –ni siquiera tiradas– de las mesas de los señores. Cada vez que nos dejamos deslumbrar por sus brillos acabamos por reconocerles alguna forma de privilegio, con lo cual no solo damos la espalda al evangelio, sino que, además, nos venimos a traicionaros a nosotros mismos.

Jesús, en cambio, era siempre el mismo y él mismo, ajeno a acomodos inducidos por fines particulares. No contemporizaba. En los opulentos veía oropel y en los pobres bienaventuranza. Nunca se dejó embelesar por el poder de un rico ni le trató de forma privilegiada. Nunca ignoró la dignidad de un pobre ni le trató de forma despectiva. ¿Sabemos nosotros respetar siempre, también en presencia de un rico, nuestra propia dignidad personal y la de nuestros hermanos?

Diálogos nocturnos

(2 Cro 36, 14-16. 19-23; Jn 3, 14-21)

En el capítulo 3 de su evangelio Juan ha recogido el diálogo de Jesús con Nicodemo, un fariseo, es decir, un judío piadoso cuya espiritualidad estaba focalizada hacia el cumplimiento estricto de la Ley. Nicodemo, además, era miembro del Sanedrín, la institución político-religiosa que representaba la máxima autoridad en Israel y con la que Jesús entró en conflicto.

Ni su condición de fariseo ni la de sanedrita facilitaban las cosas, pero Nicodemo llegó a entablar una relación amistosa con Jesús. ¿Qué menos para quien se consideraba a sí mismo buscador de la verdad?

Es esa búsqueda la que le conduce hasta Jesús, *"de noche"* especifica el evangelista. Cabe entenderlo en sentido literal: Nicodemo prefiere ver a Jesús a escondidas porque seguramente teme algún tipo de represalia. Pero también podemos entender la expresión *"de noche"* en un sentido simbólico: confundido y perplejo, Nicodemo decide acudir a Jesús en búsqueda de luz o de orientación.

En Jesús encuentra a un buen educador. Los buenos educadores aciertan a ser compañeros de camino. Por supuesto, saben a dónde se dirigen, conocen la meta o el ideal, pero no practican el maximalismo cortoplacista, sino que siempre proyectan el viaje en función de la realidad de las personas.

Jesús, en efecto, parte de la realidad de Nicodemo, de lo que este conoce y acepta, para ir conduciéndole hacia otros ideales y significados. Toma pie en un relato conocido y asumido por su interlocutor: la serpiente de bronce elevada por Moisés en el campamento judío durante la travesía del desierto para que, a través

de ella, Dios curase las mordeduras de serpientes venenosas. Y a partir de ese relato de la elevación de la serpiente intenta que Nicodemo acepte otra elevación, la definitiva, la del propio Jesús.

¿Qué significa elevación? En el evangelio de Juan la elevación se refiere, ciertamente, a la cruz, pero también a la resurrección-glorificación, de modo que significa el misterio pascual de Jesús.

Esa es la meta que Jesús propone a Nicodemo. Esa es su meta y nuestra meta: la aceptación del misterio pascual de Cristo porque en él tiene lugar la manifestación suprema del amor de Dios: *"Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio Hijo"*, para que el mundo tenga vida eterna, vida plena, vida a raudales.

Cuando los cristianos adoramos la cruz, no ensalzamos macabramente el sufrimiento y la muerte, sino el amor, la cercanía, la solidaridad sin límites practicada por Dios al compartir la condición humana. No es el sufrimiento el que salva, sino el amor capaz de todo, incluso de sufrir y de entregar la propia vida.

Un padre y sus dos hijos

(2 Co 5, 17-21; Lc 15, 1-3. 11-32)

No es mérito exclusivo de Lucas, ni mucho menos, haberse hecho eco de la predicación y de la práctica misericordiosas de Jesús para con los pobres, los enfermos, los pecadores, los extranjeros, las mujeres… y cualesquiera otros excluidos de –o aminorados en– aquel orden social VIP, es decir, a la medida de los *very important people*, *very pure people, very beautifull people*… ¡la clase perfumada!

Sin embargo, bien ganado tiene Lucas el sobrenombre de evangelista de la misericordia porque es a él a quien debemos relatos como los de la curación de los diez leprosos (17,11-19), la comida de Jesús con Zaqueo (19,1-9) o su diálogo con el ladrón arrepentido (23,39-44); y también parábolas de estremecedora belleza: el buen samaritano (10,29-37), el fariseo y el publicano (18,9-14) o las tres que componen el capítulo 15 de su evangelio: la oveja perdida (4-7), la dracma también perdida (8-10) y el hijo no menos perdido (11-32).

El padre misericordioso y sus dos hijos, el mezquino y el abusador

Los títulos asignados por traductores y editores a las diferentes secciones y pasajes de los libros bíblicos, incluyendo los evangelios, obedecen a la buena intención de facilitarnos la comprensión de los mismos mediante una lectura estructurada de los textos, a pesar de lo cual sucede que, a veces, nos desorientan hasta el mareo.

Es evidente que el foco de atención de la parábola lucana comúnmente conocida como la del hijo pródigo, o sea, despilfarrador, no se dirige a ese muchacho, sino a

su padre, razón por la cual todos andamos tratando de renombrarla como la del padre misericordioso.

No es menos cierto que en ella están presentes y actuantes sus dos hijos. De ahí que también podríamos denominarla parábola del hijo mezquino o cicatero, si atendemos al mayor, y, si nos fijamos ahora en el pequeño, del hijo caradura o sinvergüenza; mucho mejor que 'pródigo', por descontado, porque pedir a su padre la herencia equivale a decirle que le da por muerto. ¡Todo un abusador!, dicho en el español de esta República Dominicana.

Dios es misericordia

La misericordia es la forma de ser de Dios: tal parece, en efecto, la enseñanza principal de esta parábola y, en general, una de las principales fibras de la buena noticia según San Lucas. Y sabemos, por si alguien objetara que *"Dios es amor"* (1 Jn 4,8), que la misericordia es una forma (eminente) del amor, razón por la que Santo Tomás decía que *"Dios no tiene misericordia sino por amor, al amarnos como algo suyo"*.

Dios es misericordia: esa y no otra es la respuesta que Jesús puede ofrecer a aquellos fariseos y escribas (representados en el hijo mayor) que le reprochan: *"Este acoge a los pecadores y come con ellos"*. Por boca de esos acusadores hablan todos los adictos a la presuntuosa espiritualidad del mercadeo, del intercambio, del toma y daca (¡como si Dios fuera un comerciante fenicio!). Nunca podrán decir con San Pablo que *"Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados"*. Tomen nota: sin pedirle cuenta de sus pecados.

Entre dolores anda el juego: cuando la misericordia se hace don

Jesús actúa misericordiosamente porque Dios es misericordia. De nuevo Santo Tomás: *"La palabra misericordia significa… tener el corazón compasivo por la miseria de otro"*. Como el padre de la parábola, que *"se conmovió"* al ver a su hijo en grave necesidad, Dios es compasivo: padece con nosotros (*cum-passio*), le duele nuestro dolor. La dolencia humana es siempre condolencia divina.

Por eso, a Jesús –*"reflejo de su gloria e importa de su ser"* (Hb 1,3)– le zahirió, sobre todo, el sufrimiento humano. Con mucha frecuencia se le atribuye en los relatos evangélicos esa reacción de conmoción por el dolor ajeno que denominamos misericordia o compasión.

Es exactamente eso lo que sucedió, por ejemplo, cuando se le acercó un leproso (Mc 1,41), cuando supo que la gente andaba como ovejas sin pastor (Mc 6,24), cuando vio llorar a la viuda de Naím (Lc 7,14) o cuando estuvo en compañía de quienes no tenían qué llevarse a la boca (Mc 8,2). En esas y otras situaciones semejantes Jesús *"se conmovió"*, traducción de un verbo griego que, para designar un movimiento interior profundamente radical, echa mano ni más ni menos que de la imagen de las entrañas maternas. Es esa misma conmoción la encarnada en personajes de parábolas como el buen samaritano (Lc 10,33), el acreedor que perdona la deuda de su siervo (Mt 18,37) o –en nuestro caso– el padre que ve llegar a su hijo reducido a la más miserable de las miserias.

La nueva perfección se llama misericordia

La misericordia no es inoperante lástima porque no se deja enredar en la maraña de los sentimientos. De nuevo Santo Tomás (hoy he sacado abono): la

misericordia *"nos compele, en realidad, a socorrer, si podemos"*; a ella *"compete volcarse en los otros y, lo que es más aún, socorrer sus deficiencias"*. Así es, la misericordia al modo de Jesús se hace don: salud para el leproso, enseñanza para la muchedumbre, resurrección para el hijo de la viuda, pan y pescado para los hambrientos. Y re-creación para el hijo abusador, perdón que le valió –diría San Pablo– que *"lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado"*.

Existe, por lo tanto, una versión cristiana del *"sean santos porque yo, Yahveh, su Dios, soy santo"* contenido en los viejos códigos de pureza (Lv 11,44) y de santidad (Lv 19,1; 20,7), a saber: *"Sean compasivos como su Padre es compasivo"* (Lc 6,36).

He ahí la perfección evangélica. Tampoco eso, por supuesto, podía pasar desapercibido a Santo Tomás (última vez que lo cito, prometido): *"En sí misma, la misericordia es, ciertamente, la mayor [de las virtudes] […] Por eso se señala también como propio de Dios tener misericordia, y se dice que en ella se manifiesta de manera extraordinaria su omnipotencia […] entre todas las virtudes que hacen referencia al prójimo, la más excelente es la misericordia, y su acto es también el mejor"*.

La misericordia pare alegría y hace valer la fraternidad

Como la cuaresma pare pascua, la misericordia pare alegría. Las tres parábolas de la misericordia terminan en júbilo, quizás hasta en algazara: *"Alégrense conmigo, porque he hallado la oveja que había perdido"* o *"la dracma que había perdido"*, dicen respectivamente el pastor y la mujer, allí mismo donde el padre misericordioso invita: *"Celebremos una fiesta"*. La misericordia procura alegría para quien, recibiéndola, se ve aliviado en su sufrimiento, pero también para

quien, dispensándola, sabe que *"hay más alegría en dar que en recibir"* (Hch 20,35).

La parábola del padre misericordioso termina en punta. No sabemos si el hijo mayor se sumó a la fiesta o si prefirió seguir puritanamente enfurruñado. También él, desde luego, había recuperado a un hermano por más que le costara reconocerlo. El abusador arrepentido no era solo *"ese hijo tuyo"* que él mencionó a su padre, sino también, después de todo, *"este hermano tuyo"* que su padre le mencionó a él. Y es que nadie (¡nadie!) está nunca (¡nunca!) definitivamente excluido de la fraternidad; convicción de Lucas porque convicción de Jesús: Reinado de Dios, fraternidad en marcha.

Mujeres sumisas

(Ef 5, 21-32)

"Las mujeres, que se sometan a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo. Pues como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. Maridos, amen a sus mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella (...) Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son".

"Ahí la tienes, báilala", que dice la canción. Lo que hay que bailar, al ritmo que se pueda, son esas afirmaciones y prescripciones que acaban de golpear el ojo del lector porque resultan profundamente chocantes para la cultura contemporánea. El nuestro es un tiempo marcado, entre otras cosas, por el justo y necesario reconocimiento de la igual dignidad y derechos de todos los seres humanos, sean musulmanes o budistas, negros o blancos, bonitos o feos, varones o mujeres... La igualdad de todos los seres humanos, he aquí algo que resulta ser una evidencia moral para la mentalidad actual, aunque con mucha frecuencia sea objeto de los más descarados pateos.

El pasaje de la carta a los efesios –digo–colisiona con la cultura de la que somos portadores. Los que se limitan al rescate y blindaje de San Pablo suelen quedarse bastante tranquilos tras alegar que resulta muy probable que dicha carta no pueda ser atribuida al propio Pablo, sino a un discípulo suyo que entendió ser legítimo heredero de su enseñanza. Excelente, pero nada importa, a nuestros efectos, que dicha carta sea auténtica o deuteropaulina: forma parte de nuestro Nuevo

Testamento y goza, por lo mismo, del carácter revelado que le reconocemos en la expresión “palabra de Dios”.

Además, poco suele durar la alegría en casa de los paulistas: lo que tarda en aparecer quien les recuerde que en la primera carta a los corintios, de cuya autenticidad no se duda, puede leerse en negro sobre blanco: *“Como en todas las Iglesias de los santos, las mujeres cállense en las asambleas; que no les está permitido tomar la palabra, Antes bien, estén sumisas como también la Ley lo dice. Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa; pues es indecoroso que la mujer hable en la asamblea”* (14, 33-35). Ahí la tienes, sigue bailándola. Pero, nada, volvamos a Éfeso.

Es verdad que lo que se exige a las mujeres no es que se sometan al primer manganzón con afán de mando que cruce por sus vidas, sino a quien las ama. Ahora bien, no lo es menos que el texto dibuja una relación manifiestamente asimétrica o desequilibrada entre la mujer y el varón: que las mujeres se sometan a sus maridos y que los maridos amen a sus mujeres; por un lado sometimiento y por el otro amor. Se trata, a todas luces, de una relación en clave de desigualdad.

¿Qué hacemos con este pasaje de la carta a los efesios? Empecemos por reconocer que, a unos más y a otros menos, a todos nos causa algún sarpullido, exceptuadas –se diría– esas parejas dispuestas a que forme parte de la liturgia de su boda (a no ser que se admita que esos novios y novias padecen algún tipo de enajenación mental transitoria como consecuencia de la obsesión por las flores, las fotos, los velos y las corbatas).

¿Qué hacemos con ese pasaje de la carta a los efesios? Sucede que la Biblia es *“Palabra de Dios en lenguaje humano”*, como sostiene la Pontificia Comisión

Bíblica. Siendo palabra divina, es al mismo tiempo palabra humana porque aquella ha sido vertida en esta. No se separan, pero tampoco se confunden. No tiene desperdicio la siguiente aclaración de esa misma Comisión en su documento sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*:

> *"Es necesario distinguir sin separar, y aceptar una tensión persistente. La Palabra de Dios se expresa en las obras de autores humanos. Pensamiento y palabra son al mismo tiempo de Dios y del hombre, de modo que todo en la Biblia viene a la vez de Dios y del autor inspirado. No se sigue de ello, sin embargo, que Dios haya dado un valor absoluto al condicionamiento histórico de su mensaje. Este es susceptible de ser interpretado y actualizado, es decir, de ser separado, al menos parcialmente, de su condicionamiento histórico pasado para ser trasplantado al condicionamiento histórico presente".*

Los autores bíblicos son portadores de un mensaje divino válido para todas las épocas, pero también son hijos de su tiempo, de modo que, cuando escriben, lo hacen en alguna medida con la mentalidad de su época. Pues bien, lo que nosotros, en nuestra propia época, debemos retener es el mensaje divino, no una mentalidad antigua, que es condicionamiento histórico pasado. De hecho, así es como procedemos al comer morcilla, haciendo caso omiso del *"no coman nada con sangre"* preceptuado en el Levítico (19,26), o al asumir la visión científica del sistema solar, arrumbando la representación de la bóveda celeste supuesta en el libro del Génesis como separadora de las aguas de arriba y de las de abajo (1,6-7).

Pues bien, por más que, inspirado por Dios, haya escrito un mensaje válido para todos los tiempos, también el autor de la carta a los efesios es hijo de su propio

tiempo. Al escribir lo que escribe sobre el varón y la mujer, está reflejando el tipo de relaciones familiares característico de su época, culturalmente patriarcal; una época en la que toda la familia giraba en torno a la autoridad del *pater familias*, comúnmente considerado como el único sujeto de toma de decisiones. Tal era el modelo de vida familiar considerado como ideal en la cuenca mediterránea hace dos mil años. He ahí el condicionamiento histórico pasado.

Ahora bien, nosotros no tenemos ninguna buena razón para sentirnos comprometidos con un ideal de vida familiar que, a Dios gracias, pertenece irremediablemente al pasado. En nuestros días, el gran descubrimiento moral de los derechos humanos es el de la igual dignidad personal de todos. Y eso aplicado a las relaciones conyugales significa la igual responsabilidad del varón y de la mujer.

Por eso, en un intento de convertir el condicionamiento pasado en presente, Juan Pablo II escribió en *Familiaris consortio* a propósito de las relaciones entre los esposos:

> *"De la mujer hay que resaltar, ante todo, la igual dignidad y responsabilidad respecto al varón; tal igualdad encuentra una forma singular de realización en la donación de uno mismo al otro y de ambos a los hijos, donación propia del matrimonio y de la familia (...) Creando al hombre «varón y mujer», Dios da la dignidad personal de igual modo al hombre y a la mujer, enriqueciéndolos con los derechos inalienables y con las responsabilidades que son propias de la persona humana".*

Las mujeres, que se sometan a sus maridos... ¡Ni hablar! Donación mutua entre los esposos, en igual dignidad y responsabilidad, y de ambos a los hijos: ese es el

ideal cristiano que queremos transitar. El *pater familias* pertenece al pasado y merece un entierro jubiloso.

Ser uno

(Jn 17,21)

Esperanza saber que cada vez somos más quienes estamos determinados a recorrer con ilusión, aunque no sin tropezones, el camino que conduce hasta el cumplimiento de la voluntad de Jesús: *"Padre, que todos sean uno. Como tú en mí y yo en ti, que también ellos sean uno".*

Es evidente que entre las diversas confesiones cristianas existen motivos de desacuerdo, y no todos son baladíes, sino que algunos tienen miga, y mucha. Eso es verdad, no voy ni a negarlo ni a esconderlo bajo la alfombra. Pero hace falta mezquindad a raudales para negarse a reconocer que es mucho más grande y más fuerte lo que une a los cristianos que lo que nos divide.

Nos une una misma fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nos une una misma fe en Cristo, verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, a quien confesamos como el único Señor. Nos une un mismo bautismo, que nos ha revestido de Cristo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Nos une una misma vocación eclesial, en la medida en que sabemos que no se puede ser discípulo de Jesús de forma individualista, sino en comunidad. Nos une un mismo amor a la Biblia, una misma veneración por la Palabra de Dios. Nos une una misma esperanza de llegar un día –por la gracia de Dios– a verle cara a cara y disfrutar para siempre de su misericordia. Nos une un mismo compromiso con el crecimiento del Reino de Dios, una misma pasión por un mundo de paz, justicia y libertad para todos.

Nos unen esas y aún otras cosas. Definitivamente, es mucho más grande y más fuerte lo que nos une que lo que nos divide.

Tenemos que desarmar nuestras palabras. No solo matan las armas. En algún sentido también lo hacen las palabras cuando son insultantes, agresivas, despectivas, hirientes… Renunciemos a esas palabras. Cuando un católico hable sobre un evangélico, sepa que habla sobre un hermano. Cuando un evangélico hable sobre un católico, sepa que habla sobre un hermano. Luego que diga lo que rectamente su conciencia le dicte, pero nunca pierda de vista que habla sobre un hermano. Porque eso es lo que somos: hermanos en Cristo Jesús.

No nos confundamos. No somos adversarios. Nuestros adversarios son los que desprecian a Dios pisoteando la dignidad y derechos humanos de sus hijos; los que trafican con órganos humanos, con drogas, con niñas para la prostitución; los que abusan de su función política para corromper la República; los que solo entienden de su propio egoísmo y beneficio privado; los que promueven la intolerancia y la exclusión… No nos confundamos: esos son nuestros adversarios. Nosotros somos hermanos en Cristo Jesús.

Por cierto, no lograremos seguir caminando hacia la unidad querida por Jesús si no sometemos nuestros prejuicios a otras tantas cirugías a corazón abierto. A veces el prejuicio se nutre de la deshonestidad, pero siempre de la ignorancia.

Me voy con un ejemplo: muchos católicos afirman que los protestantes desprecian a la Virgen María y se quedan tan tranquilos. Inicio de cirugía: deberían saber, para empezar, que el mismísimo Lutero escribió en su *Comentario al Magníficat*: *"¿No te parece maravilloso el corazón de María? Se sabe Madre de Dios, ensalzada por todos los humanos, y a pesar de ello permanece tan tranquilamente sencilla… ¡Este corazón de María permanece fuerte y ecuánime en todas las circunstancias, deja que Dios actúe en ella según su voluntad, sin*

tomarse más que el buen consuelo y el gozo de la confianza en Dios! ¡Qué hermoso Magníficat entonaríamos nosotros si siguiéramos su ejemplo! Pidamos a Dios que nos conceda la correcta inteligencia del Magníficat: que no se contente con iluminar y hablar, sino que inflame y viva en el cuerpo y en el alma. Que Cristo nos lo conceda por la intercesión y la voluntad de su querida Madre María".

Hace muchos años leí algo firmado por José Luis Puente que me resultó alentador y que trato de repasar de vez en cuando para mantener a punto la batería del coraje ecuménico. Se lo ofrezco por si surtiera el mismo efecto: *"Debo atreverme a decir que, en tanto que cristiano, me considero mucho más unido con un anglicano sincero, piadoso, solidario, miembro responsable y partícipe habitual de la vida de su Iglesia que con un católico de los llamados sociológicos, a saber, el bautizado, comulgado, confirmado y casado, todo ello según los cánones, que volverá a pisar una iglesia el día que fallezca su suegro o quizás alguno de sus amigos y que no acaba de interesarse por conocer la diferencia entre el evangelio de Jesucristo y la iluminación de Buda".*

Dios en cuclillas

(Gn 32,23-32; Jn 1, 1-18)

Nuestros habituales esfuerzos religiosos se parecen demasiado al de Jacob, el hombre que luchó con Dios para conocer su nombre y obtener su bendición. Parece ser que él fracasó en lo primero y tuvo éxito en lo segundo: *"«¿Para qué preguntas por mi nombre?» Y le bendijo allí mismo"*.

En la literatura bíblica el nombre no es una designación exterior de la persona, sino expresión de la propia realidad personal. En sentido bíblico el nombre es, como creo recordar que decía Unamuno, *"la piel del alma"*, de modo que Jacob pelea con Dios para conocerle. Y también con el propósito de arrancarle su bendición, o sea, de tornarle favorable.

El relato, por supuesto, no puede ser interpretado literalmente. Resulta absurdamente absurdo pensar que un hombre puede luchar físicamente con Dios, tan físicamente como para que el saldo de la contienda contenga un fémur dislocado.

Sin embargo, este pasaje del Génesis se encuentra muy lejos de ser resultado de una imaginación calenturienta. Al contrario, se me antoja una magnífica metáfora de la historia de las religiones y, por lo tanto, de la historia de la humanidad: el ser humano de puntillas, tratando de tocar el cielo con las yemas de sus dedos y, de paso, arañar conocimiento y bendición.

La Navidad –aquí quería llegar– representa el movimiento inverso: Dios en cuclillas para comunicarse y poner su morada entre nosotros. De ahí que el cristianismo sea antes una hospitalidad que un esfuerzo, una gratitud que un

logro, una mística que una ascética. Quienes de verdad se encuentran en sintonía navideña no son los aguerridos conquistadores de cielos, sino los que se dejan alcanzar apaciblemente por Dios.

Panes de compasión

(Rom 8, 35-39; Mt 14, 13-21)

Se diría que los evangelistas han concedido la máxima importancia a la multiplicación de los panes a juzgar por el número de veces que la narran: seis en total. Mateo y Marcos la han incluido dos veces cada uno en sus respectivos evangelios. Lucas y Juan, una.

Jesús ha pasado parte de la jornada en un sitio apartado y despoblado en compañía de la gente que le ha seguido. Avanzada ya la hora, los discípulos de Jesús estiman que ha llegado el momento de despedir a aquellas gentes para que acudan a los poblados vecinos y compren de comer. Es entonces cuando irrumpe la sorpresa, la palabra de Jesús con la que ellos no contaban: *"Denles ustedes de comer"*. Tres son los elementos de reflexión que ese mandato de Jesús me sugiere: el cambio, la necesidad humana y la eucaristía.

Cambiar el corazón de piedra por otro de carne

Es evidente que aquella situación no permitía que todo el mundo se quedara de brazos cruzados. Había algo que necesariamente debía ser cambiado. Los discípulos tenían claro que era la gente la que tenía de cambiar de lugar. Jesús, por el contrario, tenía no menos claro que era los discípulos los que tenían que cambiar de actitud. Les instó a transformar su corazón de piedra en un corazón de carne, es decir, a adoptar una actitud compasiva.

La compasión es una palabra un tanto desprestigiada porque suele quedar asociada con algún sentimiento de superioridad del compasivo respecto del compadecido. Lo cierto es que la compasión, bien entendida, es la palabra más

humana y más divina. Jesús, al ver a aquellas gentes necesitadas, sintió compasión. El evangelista dice, al pie de la letra, que se le conmovieron las entrañas, término etimológicamente vinculado con *rahamim*, que designa el seno materno, allí donde se establece la relación más estrecha entre dos seres. Esa compasión no es una actitud hueca, sino un principio de acción que lleva al compromiso con la persona necesitada. La compasión es una de las actitudes más radicales y permanentes de Jesús.

Y también de Dios. Por eso dice San Pablo que nada podrá separarnos del amor de Dios. No del amor que nosotros tenemos a Dios, sino del que Él nos tiene a nosotros y que se ha manifestado en Jesús.

Pues eso es lo que tiene que cambiar. Los discípulos de Jesús tenemos que tener *rahamim*, entrañas de misericordia hacia las necesidades de todos nuestros hermanos.

No solo de pan, pero también de pan

¿Qué es la necesidad humana? ¿Qué necesitamos para vivir una vida propiamente humana? Por supuesto que necesitamos amistad, belleza, sentido, relación con Dios… Es verdad que no solo de pan vive el hombre, pero también lo es que el hombre no vive sin pan. Necesitamos pan, vestido, casa, servicios de salud, educación…

Cuando nos refugiamos en el espiritualismo y damos en pensar que la salvación que Dios nos brinda y con la que nosotros queremos colaborar solo afecta a las cosas del espíritu, hacemos trampa. A Dios gracias nuestra Iglesia parece estar convencida de que lo suyo no es únicamente el alimento del espíritu (la liturgia, la

predicación, la catequesis…), sino también el del cuerpo. Bastan como botón de muestra los más de sesenta dispensarios médicos parroquiales que existen en esta Arquidiócesis de Santo Domingo, un servicio de salud nacido de entrañas de misericordia. Una comunidad cristiana y cada cristiano no pueden dejar de pensar en el modo de obedecer el mandato de Jesús: *"Denles ustedes de comer"*.

Un relato eucarístico

El relato de la multiplicación de los panes es también el relato de la eucaristía. Jesús tomó los panes, pronunció sobre ellos la bendición, los partió y los repartió. Son las palabras de la institución de la eucaristía. Tanto como decir que no tenemos derecho a participar del cuerpo del Señor partido y repartido si nosotros mismos, movidos por entrañas de misericordia, no estamos dispuestos a partirnos y repartirnos en favor de nuestros hermanos.

La radicalidad de un 'pero'

(Mt 5, 21-43)

Estoy pensando en los *"han oído..., pero yo les digo..."*: un 'pero' en el que cristaliza la entera libertad de Jesús, uno de los rasgos básicos que permiten asomarse a su personalidad y a su mensaje; un 'pero' que inaugura el evangelio y que estrena una nueva espiritualidad, es decir, una nueva forma de entablar relación con Dios y con los hermanos.

Nos encontramos en el monte, en el lugar de la donación de la ley. Esa ley no es abolida por Jesús, sino cumplida en él, es decir, llevada a término, radicalizada. Pues bien, esta es precisamente una de las características de la espiritualidad evangélica: la radicalidad.

Radicalidad que en modo alguno hemos de confundir con el puritanismo, forma de espiritualidad que corresponde a la vieja ley o, por lo menos, a la vieja interpretación de la misma, y que en el Nuevo Testamento se encuentra encarnada en el fariseísmo. Si quisiéramos perfilar con un par de brochazos la mentalidad puritana podríamos decir que adolece de autosuficiencia y de dualismo.

Es autosuficiente porque confía en las propias fuerzas para realizar el comportamiento considerado como religioso. Es una espiritualidad comercial: intenta plantear su relación con Dios en términos de mérito y de intercambio; precisamente por eso no sabe de misericordia con el hermano menos fuerte o menos afortunado. La espiritualidad evangélica, por el contrario, se construye sobre la aceptación de la iniciativa divina, que es pura gracia, y precisamente por eso resulta ajena a condenas o descalificaciones globales.

La mentalidad puritana es dualista porque divide el mundo en lo puro y lo impuro, lo sagrado y lo profano. Considera que existen personas, espacios, tiempos… sagrados y profanos. Y, por supuesto, los primeros siempre adelantan a los segundos… siempre es más importante presentar la ofrenda ante el altar que reconciliarse con el hermano; siempre es más importante llegar impoluto al tempo que mancharse con el apaleado y caído. La espiritualidad evangélica, en cambio, es radical: afecta a la raíz misma de la existencia del ser humano y, por lo mismo, se expresa en todos sus momentos, en todas sus actividades y en todas sus relaciones.

"En virtud de la Creación, y aún más de la Encarnación, nada es profano aquí abajo para quien sabe ver. Por el contrario, todo es sagrado para quien distingue, en cada criatura, la parcela elegida de ser, sometida a la atracción del Cristo en vías de consumación. Reconoced, con ayuda de Dios, la conexión, incluso física y sobrenatural, que enlaza vuestro trabajo con la edificación del Reino Celeste, ved al propio Cielo sonreíros y atraeros a través de vuestras obras; y al salir de la iglesia a la ciudad ruidosa, ya no tendréis sino la sensación de seguir sumergiéndoos en Dios" (Theilhard de Chardin).

Como las águilas

(Marcos 2, 1-12)

Es verdad que solo Jesús es el Señor y que, por lo tanto, solo Él es el modelo definitivo para la vida de cualquier cristiano merecedor de ese nombre. No es menos verdad que algunos relatos evangélicos ofrecen un abanico de personas que tienen todas ellas algo de ejemplar y que son, por lo tanto, otros tantos espejos en los que podemos mirarnos. Es el caso del pasaje de la curación del paralítico, en el que resulta ejemplar Jesús, resultan ejemplares las cuatro personas que ayudan al paralítico y resulta ejemplar el propio paralítico.

Los que no resultan ejemplares, desde luego, son los escribas, esas gentes que andan siempre acechando, planteando objeciones y poniendo obstáculos. Yo creo que se parecen a aquellos que el buen papa Juan llamaba los profetas de desgracias, es decir, los que piensan que todo es negativo, que son incapaces de descubrir signos de luz y que propagan el desaliento a raudales allí por donde pasan.

Resulta modélico, ante todo y sobre todo, el comportamiento de Jesús, siempre dispuesto al perdón y a poner a sus hermanos en pie como personas e hijos de Dios. En este, como en otro relatos de curaciones, se observa que los milagros son siempre signos de la intervención salvadora de Dios que requieren de la fe de las personas; hasta el punto de que, según San Marcos (6,5), Jesús no pudo hacer milagros en Nazaret porque sus paisanos no tenían fe. Ciertamente, un milagro no es nunca algo solamente físico, sino que afecta a la persona en su totalidad. La salvación que Jesús ofrece es integral: para el cuerpo y el alma que somos. Pues bien, eso es lo que el texto de Marcos aquí comentado encontramos de forma muy

explícita: una sanación vinculada al perdón de los pecados. Jesús regenera –digamos– por dentro y por fuera.

Resulta también ejemplar el comportamiento de quienes se muestran solidarios con el paralítico: hacen suyo su dolor y se esfuerzan por ayudarle conduciéndole ante Jesús, a través de un tejado si fuera necesario (y parece que aquella vez lo fue): *"Levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico"*. A eso en la República Dominicana le llamamos resolver. He ahí, por lo demás, una magnífica parábola de la misión cristiana o de la evangelización: conducir a nuestros hermanos hasta Jesús.

Vale la pena fijarse, finalmente, en la confianza que el paralítico deposita en Jesús, y también en su firme voluntad de ser puesto en pie. No se resigna a permanecer en la postración y en la consiguiente dependencia, sino que desea ardientemente caminar por su propio pie en toda la riqueza de esa imagen, es decir, ser protagonista de su propia vida.

Tengo la impresión de que muchos cristianos no solo estamos paralizados, sino que nos hemos acomodado a nuestra parálisis y ya no deseamos salir de ella. Se nos llena la boca de críticas hacia las élites políticas, pero somos incapaces de participar en movimientos ciudadanos. Nos sentimos muy decepcionados de la Iglesia, pero nunca se puede contar con nosotros para asumir responsabilidades en ella. Nos quejamos de nuestras familias, pero no estamos dispuestos a modificar ni siquiera un ápice nuestras costumbres, nuestras mañas, nuestros privilegios, nuestras adicciones… no necesariamente a sustancias nocivas para la salud física o psíquica (a menudo somos ridículamente dependientes de cosas o

actividades en sí mismas pequeñas e insignificantes, pero que ejercen sobre nosotros un gran poder porque nosotros se lo hemos concedido).

El relato de Marcos nos enseña que todo empieza por el perdón. Necesito, claro, el perdón de Dios, pero también necesito perdonarme a mí mismo, sentirme libre de mi pasado, concederme un futuro abierto en el cual, con la ayuda de Dios, siempre sea capaz de más y de mejor. Dios nos ha dado alas de águila para volar alto, decía el profeta Isaías: *"A quienes esperan en Dios, Él les renovará el vigor. Subirán con alas como de águila"* (Is 40,31). Y nosotros creemos ser gallinitas de corral.

Supongo que a quienes hayan visitado un circo les habrá llamado la atención, como a Jorge Bucay, que a los elefantes les amarran una pata a una estaca más bien pequeña, de la que ellos podrían zafarse con facilidad. Sucede que cuando eran pequeñitos les ataron a un palo, trataron de escapar, fracasaron unas cuantas veces… y ya no volvieron a intentarlo a pesar de la fuerza descomunal que fueron ganando con el tiempo. Se acomodaron a su parálisis.

Bueno, pues ni gallinitas de corral, ni elefantes de circo, ni perritos falderos, ni peces de pecera… ¡águilas! El paralítico del evangelio de Marcos nos enseña la voluntad de mejoramiento y de superación. Como él, en compañía de Jesús cada uno de nosotros puede ser más y ser mejor, como persona e hijo de Dios.

Felices sin perdices

(Mt 5, 1-12)

No voy a pretender que algunos pasajes del Nuevo Testamento sean más importantes que otros y que, en consecuencia, los que lo son menos deban interpretarse a la luz de los que lo son más. Eso equivaldría a afirmar que existe una Palabra de Dios dentro de la Palabra de Dios, lo cual no es cierto.

Pero tampoco puedo ignorar que la lectura de determinados pasajes es acogida por la asamblea cristiana con una especie de sobrecogimiento, como si les tributáramos un particular reconocimiento y los escucháramos con un cariño muy especial. Es la sensación que me asalta cada vez que toca el turno litúrgico, por ejemplo, a la parábola del hijo pródigo, a la del juicio final, al prólogo de San Juan, a los relatos de la Pasión o a las bienaventuranzas. Quizás solo se trate de una sinsorga impresión personal, pero tengo para mí que esos pasajes y algunos otros a todos nos tocan muy de cerca el corazón.

La razón de la felicidad está en la segunda parte

Las bienaventuranzas son felicitaciones, congratulaciones que Jesús dirige a sus discípulos. Eso permite, una vez más, caer en la cuenta de que el cristianismo es evangelio, buena noticia. No busca amargar, entristecer o deshumanizar, sino todo lo contrario: alegrar la vida, hacer felices, poner en el camino de ser plenamente mujeres y plenamente hombres.

Ahora bien, para hacernos con el mensaje de las bienaventuranzas –o, mejor, para que él se haga con nosotros– es muy importante atender cuidadosamente a las dos partes que hay en cada una de ellas: *"Dichosos… porque…"*. Jesús no está

diciendo que la situación presentada en la primera parte sea buena. ¿Y con qué cara va a pretender que sea bueno llorar, padecer injusticia o ser perseguido y calumniado? ¿Alguna mueca de sadismo? Esas situaciones son malas por la sencilla razón de que causan sufrimiento. Si Jesús felicita a quienes se encuentran sumidos en ellas es porque está convencido de que ha sonado la hora de su desaparición: felices porque heredarán la tierra, porque quedarán saciados, porque alcanzarán misericordia, etcétera. La causa de la felicidad, por lo tanto, no se encuentra en la primera parte de cada una de las bienaventuranzas, sino en la segunda.

Sucede, sencillamente, que Jesús está convencido de que está irrumpiendo el Reinado de Dios, es decir, que está estrenándose una nueva presencia de Dios en la vida de las personas y en la historia de la humanidad y que esa presencia genera un dinamismo de justicia, de paz, de libertad y, en definitiva, de respeto de la dignidad de todos sus hijos. Es esa mística del Reino de Dios, pequeño como un grano de mostaza pero portador de un gran potencial de crecimiento, la que permite comprender las bienaventuranzas. Los que sufren por diversas causas pueden sentirse dichosos no porque sufrir sea bueno, sino porque Dios es su Padre y, por lo tanto, está de su parte para emprender la salida de la desdicha.

El bienaventuradísimo Jesús

Algunos pasajes bíblicos solo adquieren un sentido pleno cuando se aplican a Jesús. Pienso, por ejemplo, en la parábola del buen samaritano. ¿Acaso no es Jesús? O en la parábola del hombre que todo lo abandona para adquirir el tesoro que ha descubierto en un campo. ¿Acaso no es Jesús? Y pienso también en las bienaventuranzas. ¿Acaso no son un magnífico autorretrato de Jesús? Él es, en

efecto, el sufrido a quien, en su misterio pascual, la Iglesia proclama como *"Santo y feliz Jesucristo*".

Ahora la pregunta es si, entonces, también vale para Jesús lo de los *"pobres de espíritu"*. ¿Qué quiere decir pobre de espíritu? Nada tiene que ver con un talante pequeño, ruin, vil, inmoral… Los pobres de espíritu son los que no están henchidos de sí mismos, los que no se consideran autosuficientes, los que no creen bastarse a sí mismos, los que ponen su confianza en Dios, los que saben decir con San Agustín: *"Señor, me hiciste para ti y mi corazón estará inquieto hasta que no descanse en ti"*.

Allí donde Mateo dice *"los pobres de espíritu"*, Lucas recoge simplemente los *"pobres"*: bienaventurados los pobres. Claro: la riqueza o acumulación de dinero es uno de los grandes factores que fácilmente provocan complejo de autosuficiencia porque hace caer en el espejismo de que uno no necesita de nadie, sino que todo el mundo necesita de él (una especie de diosecillo).

Jesús es pobre de espíritu. Lo es porque se ha vaciado de sí mismo (la *kénosis* paulina), porque se ha puesto enteramente en manos de Dios y porque su única pasión ha sido servir a la causa de ese su Padre, que es exactamente la misma que la de sus hermanas y hermanos.

Test de felicidad

Ahora toca un sencillo test de tres preguntitas. 1) ¿Te gustaría ser uno de esos banqueros adinerados que siguen 'adinerándose' con nuestras cotizaciones a los fondos de pensiones? 2) ¿Te gustaría ser uno de esos senadores poderosos a los que, diestros como son en hacer de su capa un sayo, no les tiembla el pulso a la

hora de subirse el sueldo 70,000 pesos? 3) ¿O quizás una de esas prestigiosas caritas plásticas que inundan de fotografías las revistas del corazón y de sandeces los intersticios neuronales de sus lectores?

Solución evangélica: 1) No. 2) No. 3) No. Jesús advierte que responder positivamente a cualquiera de esas preguntas representa un grave error. La felicidad no reside ni en el dinero, ni en el poder, ni en el prestigio. Los felices son los que saben perdonar, los que quieren compartir, los que luchan por la justicia y por la paz, los que son capaces de misericordia…

Hay cosas que solo se entienden cuando se experimentan en propia carne. A quien nunca haya comido un aguacate no intenten explicarle su sabor. A quien nunca haya montado en una noria de feria no intenten explicarle la sensación que atenaza el estómago. Otro tanto pasa con las bienaventuranzas: únicamente se entienden cuando se viven. Solo los misericordiosos, los pacíficos, los justos saben que andan en el camino de la felicidad y que serán felices (aunque no coman perdices).

Dios y el César

(Is 45, 1. 4-6; Mt 22, 15-21)

Me imagino a aquellos fariseos y herodianos dirigiéndose a Jesús en tono capcioso, convencidos de estar tendiéndole, esta vez sí, la trampa definitiva. Por supuesto que el intento de comprometer y desacreditar a Jesús no es nuevo, pero esta vez su éxito parece garantizado.

"¿Es lícito pagar impuesto al César?". En esa pregunta de apariencia fiscal no se encuentra en juego solo un asunto económico, sino también la autoridad del César, es decir, la legitimidad del poder político que ejerce sobre el conquistado pueblo de Israel. Jesús es puesto en una disyuntiva: o alentar el acatamiento del poder imperial o instar a la desobediencia. Si responde afirmativamente a la pregunta, hará que caiga sobre él el rechazo popular. Si lo hace negativamente, estará incurriendo en la torpeza de oponerse a un poder político extremadamente peligroso. Esta vez, en efecto, la trampa parece definitiva.

Jesús –ni un pelo de tonto– les pide una moneda. *"¿De quién son esta imagen y esta inscripción?". "Del César". "Pues denle al César lo que es del César"*. Denle lo que es suyo, pero solo lo que es suyo, porque lo que es de Dios hay que dárselo a Dios.

Hagamos ahora un experimento mental. Pongamos ante Jesús a cualquier ser humano. ¿De quién es esta imagen? ¿A imagen de quién está hecho? ¿De dónde le viene su dignidad, su inteligencia, su posibilidad de amar, su fascinación por la belleza, su sentido moral, su aspiración a la libertad y a la igualdad, su capacidad de orar…? Le vienen de Dios. Pues dénselo a Dios.

Ayer como hoy, la tentación permanente y el abuso frecuente de quienes ejercen poder político consiste en querer ser el César. Eso significa dos cosas: pretender desbordarse a sí mismos entrometiéndose en dimensiones de la vida humana que no les competen en absoluto y, segunda cosa, aspirar a obtener de sus subordinados una adhesión incondicional, una fe ciega, una obediencia absoluta… como si el poder político representase algún tipo de emanación divina.

No exagero. La imagen y la inscripción a las que hace referencia el texto de Mateo vienen en mi ayuda. Parece ser que en el denario de plata empleado para el pago del impuesto a Roma –la moneda mostrada a Jesús– se encontraba representado el emperador Tiberio con una inscripción que rezaba: *"Tiberius, Caesar, divi Augusti filius, Augustus"* (Tiberio, César, hijo del divino Augusto, Augusto). Importa saber que 'Augusto', el título reclamado por Tiberio, era el epíteto tradicionalmente reservado a Júpiter, ni más ni menos que el dios de los dioses en el panteón romano. A la imagen y a la inscripción se añadían en el denario de plata emblemas de divinidad. El emperador, como ven, apuntaba alto. No ganó el record *Guinness* de chulería porque no lo había.

Ahora bien, la moneda en cuestión no era un fenómeno aislado, sino una de las materializaciones de la divinización del emperador puesta en marcha por Julio César –sus sucesores tomaron buena nota– como recurso legitimatorio de su pretensión de ejercer un poder absoluto sobre sus súbditos. La institución más conocida en ese sentido es la del culto al emperador, que llegó a generalizarse en el imperio: se rendía culto a los emperadores lo mismo en los campamentos militares que en los altares y templos levantados en su honor en cada una de las provincias.

En resumen, que Tiberio juega a ser Dios y que Jesús no está dispuesto a cantarle la gala. El César es solo el César, nada más que el César. Y solo Dios es Dios. Solo a Dios hay que amar con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Nadie más merece ni una adhesión incondicional ni una obediencia absoluta. Tampoco el poder político. Para Jesús resulta tan claro como para Isaías: *"Yo* [Yahveh] *soy el Señor y no hay otro"*.

Jesús expresa, una vez más, una extraordinaria libertad frente a las mentalidades, las prácticas y las instituciones de su tiempo. Esa libertad es posible porque Jesús está enraizado en otro lugar. Solo Dios es el origen y la fuente de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus palabras y de sus acciones. A Jesús solo le mueve la pasión por Dios Padre y por su Reino, la causa de la fraternidad de todos y cada una.

También para un cristiano debería ser esa la única adhesión incondicional. Y de ella debería nacer un gran coraje para desobedecer, criticar y resistir a cualquiera que abuse del poder –sea autoridad política o de cualquier otro tipo– vapuleando la dignidad de las personas y violando los derechos humanos que de ella emanan.

Tanto ahora como entonces, los que ejercen el poder político tienden a inventarse extrañas razones para convencernos de que ellos tienen el derecho de mandar y nosotros el deber de obedecer. Nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, sabemos que tenemos el deber de obedecer a las autoridades políticas si y solo si reúnen estas tres características: que hayan sido elegidas por la mayoría de los ciudadanos; que trabajen no para su interés particular sino para el bien común, es decir, que respeten y promuevan los derechos humanos de todos y, en particular, los de los más débiles y vulnerables; y que actúen en el marco de ese documento

normativo supremo que es la Constitución que un pueblo se ha dado libremente a sí mismo.

Me parece a mí que pagar impuestos a un gobierno que reúne esas características no es obligatorio solo legalmente, sino que también lo es en un sentido moral. Dicho de otro modo: practicar el fraude o la evasión fiscal frente a un gobierno que satisface esas tres condiciones es inmoral (no menos que los famosos 'actos impuros' del sexto mandamiento). Si tales características existen o no en el caso concreto de cada uno de los gobiernos es algo que pertenece al ámbito del análisis y del discernimiento político que cada cristiano debe cuidadosamente efectuar.

Trabajadores para la mies

(Ex 19, 2-6a; Rm 5, 6-11; Mt 9, 36-10,8)

Los textos bíblicos arriba referidos urgen a la memoria, a la compasión y a la misión. A pesar de su aparente dispersión, pueden ser entendidos en la secuencia pasado-presente-futuro: porque recordamos lo que Dios ha hecho por nosotros y nos duelen las desgracias que viven nuestros hermanos, nos sentimos apremiados a hacer nuestra para siempre la causa de Jesús. Y es que la Iglesia que somos solo puede vivir responsablemente su presente si es, al mismo tiempo, memoria y profecía.

Agradecer el pasado

El pasaje del Éxodo nos traslada al contexto de la preparación de la vieja Alianza, la que tuvo lugar entre Yahveh y el pueblo de Israel. En tal situación encontramos, como de costumbre, que la memoria de la liberación de Egipto constituye el punto de partida de ese compromiso recíproco que llamamos alianza.

También San Pablo exhorta a los cristianos de Roma a mirar hacia el pasado, *"cuando nosotros* –dice– *todavía estábamos sin fuerza"*, para hacernos caer en la cuenta de que la reconciliación definitiva o nueva Alianza es la que ha tenido lugar en la donación de Cristo.

En el pasaje evangélico de Mateo, la referencia al pasado está más oculta, pero no menos presente: *"gratis han recibido"*. No se trata solamente de saber que hemos recibido, sino también de reconocer que eso ha sucedido de forma enteramente gratuita, es decir, de ser agradecidos. Pues bien, *"denlo gratis"*, nos va a decir Jesús.

Compadecer el presente

Ese pasaje de Mateo es, por lo demás, un relato de vocación y misión. Es Jesús quien llama y quien envía. En realidad llama para enviar. Estamos ante una llamada-envío, inmersos en un movimiento único que tiene como motor un talante muy de Jesús: la compasión.

La compasión es el sentimiento del samaritano bueno, personaje de parábola, es verdad, pero no príncipe de cuento de hadas puesto que, bien mirado y como ya he hecho notar, ofrece un excelente retrato de Jesús. De hecho, es esa misma compasión la experimentada por él ante la enfermedad de los dos ciegos de Jericó, ante las lágrimas de la viuda de Naím que acaba de perder a su hijo, ante el hambre de quienes le rodean… o, ya en el texto de Mateo que estoy comentando, ante al abandono y la extenuación de quienes andan como ovejas sin pastor.

La compasión atraviesa de parte a parte la vida de Jesús. Más aún, su misión puede y debe entenderse como expresión de la compasión experimentada por Dios ante una humanidad que, a pesar de haber sido creada para –y estar llamada a– la bienaventuranza, vive un presente desgraciado y dolorido.

Comprometer el futuro

El evangelio, como digo, es relato de vocación y, al mismo tiempo, de envío. Quienes son *"discípulos"* en razón de la relación que mantienen con el maestro, esos mismos son *"apóstoles"*, es decir, enviados. Se nos ofrece así una nueva ocasión para recordar que la Iglesia es sacramento universal de salvación. Su identidad es referencial. O es misionera o no es la Iglesia de Jesús. De ahí la necesidad de rogar al Señor *"para que mande trabajadores a su mies"*.

Tal es la urgencia sentida por Jesús y que solemos hacer gustosamente nuestra en las jornadas de promoción vocacional o en cualesquiera otras ocasiones en que nos vemos confrontados a estadísticas sobre seminarios y casas de formación o, sencillamente, a la escasa y decreciente presencia de jóvenes en nuestras comunidades cristianas.

El trabajo es abundante y los trabajadores pocos. ¿Qué duda cabe de que necesitamos nuevas personas que comprometan generosamente el resto de sus vidas? Necesitamos más trabajadores, claro que sí, pero no de cualquier condición.

Los necesitamos agradecidos, con memoria del paso liberador de Dios por nuestra historia y por sus vidas, con experiencia de la buena noticia que es el evangelio de Jesús. Absténganse los resabiados y resentidos. Necesitamos predicadores de la gracia.

Necesitamos trabajadores compasivos, con vulnerabilidad ante el sufrimiento de los hombres y mujeres de nuestros días, con entrañas de misericordia ante cualquier dolor. Absténganse los indolentes y altaneros. Necesitamos samaritanos.

Jesús, con toda seguridad, llama para la misión, pero para la suya y no para otra. Llama para esa que se entreteje a base de gratitud y de compasión. Roguemos al Señor para que nos envíe trabajadores (¡ah!, también eso: que en efecto trabajen; absténganse los vagos); trabajadores agradecidos y compasivos.

La sombra de una cruz

(1 R 19, 16b.19-21; Ga 5, 1.13-18; Lc 9, 51-62)

"Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén". Es así, en ese tono sucinto y directo, como Lucas introduce toda esa parte de su evangelio en la que ha relatado a un Jesús firmemente decidido a encarar los peores efectos que habrán de seguirse –los ve venir– de la fidelidad al Padre y a su Reino. Comienzan a correr tiempos recios.

"Y envió mensajeros por delante". Es verdad que la aspereza de esta nueva etapa amenaza principalmente a Jesús, pero no deja inmunes a los discípulos. También para ellos el futuro previsible se torna sombrío y, por lo mismo, también ellos andarán necesitados de una renovada determinación. Del testimonio sobre Jesús se sigue la lección para los discípulos, los de entonces y los de hoy: cuando de la causa del Reino se trata, no hay modo de nadar y guardar la ropa.

El futuro de Jesús: la sombra de la cruz

Durante la primera etapa del ministerio de Jesús el viento sopla de popa. Él realiza signos de la presencia salvadora de Dios en medio de su pueblo, un grupo de discípulos se muestra dispuesto a colaborar con entusiasta prontitud y las gentes acogen la novedad de su mensaje con alegría, reconociéndole autoridad. El Reino de Dios está en mantillas, es verdad, pero tiene visos de estar repleto de futuro. Y ese y solo ese es el tesoro de Jesús: el proyecto de la fraternidad, a cuyo servicio se consagra en cuerpo y alma.

Llega un momento, sin embargo, en que la gente distorsiona su mensaje (aparece incluso la peregrina idea de hacerle rey), los discípulos se tambalean (no faltan, de

hecho, quienes le abandonen) y los poderosos ponen en marcha su espiral de hostigamiento (difamaciones, intentos de ridiculización, expulsiones de la sinagoga, tentativas de captura y de lapidación…).

El Reino sufre violencia. La sombra de una cruz se proyecta en el horizonte y Jesús asume enteramente que la fidelidad a la causa de Dios pasa por la posibilidad de su asesinato. Se acerca su hora.

No es momento para achicarse o desdecirse de *"los publicanos y las prostitutas les precederán en el Reino de los cielos"* (Mt 21,31)), *"el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado"* (Mc 2,27)*, "bienaventurados los pobres"* (Lc 6,20) o *"¡ay de ustedes, escribas y fariseos, hipócritas!"* (Mt 23,13). Es momento sino para crecerse y reafirmarse: *"Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén"*. No es momento para negar o traicionar, sino para encarar la amenaza con determinación y dignidad. No es momento para querer guardar la propia vida, sino para entregarla.

Jesús está dispuesto a venderlo todo para comprar el tesoro (a él mismo, como a nadie, se aplica su propia parábola). Supongo que en eso consiste la libertad llevada al extremo.

Este es el trasfondo sobre el que se sitúa la decisión tomada por Jesús de subir a Jerusalén, viaje que Lucas presenta inmediatamente después de sus anuncios de la pasión.

El futuro de aquellos discípulos: la sombra de la cruz

Jesús, definitivamente, es nulo en allante. Se muestra incapaz de dorar la píldora o de vender gato por liebre. No solo no promete a sus discípulos una montaña de

aplausos o un programa de condecoraciones, sino que, por honestidad y por respeto a la dignidad ajena, les muestra abiertamente el riesgo, la contrariedad, el sufrimiento, el conflicto… la cruz, en suma, que comporta su seguimiento. En respuesta a la promesa: *"Te seguiré adonde vayas"*, advierte francamente: *"Las zorras tienen madriguera y los pájaros nido, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza"*.

Tal es la expectativa realista para el discípulo que decida seguir siéndolo, es decir, que se comprometa a vincular su futuro al de su maestro. El seguimiento de Jesús sigue requiriendo todo el alegre entusiasmo de los primeros tiempos –la presencia del Reino de Dios sigue siendo buena noticia para todo el pueblo–, pero ahora queda claro que comprometerse en su crecimiento implica esa radicalidad que consiste en estar dispuesto a entregar enteramente la propia vida.

Por eso las invitaciones al seguimiento que ahora tienen lugar reciben adhesiones con fisuras: *"Déjame primero ir a enterrar a mi padre"*, *"déjame primero despedirme de mi familia"*. Se trata de una especie de 'sí, pero'. Las respuestas de Jesús parecen venir a equivaler a un 'no hay pero que valga'. (Es curioso, por cierto, el contraste con el derecho a despedirse de sus padres que Elías reconoce a Eliseo. ¿Estaremos ante una de esas radicalizaciones de la tradición judía, al modo de las antítesis del sermón del monte, a que Jesús nos tiene acostumbrados?).

Con todo –ahí está la historia de la Iglesia naciente para demostrarlo–, muchos de aquellos discípulos acertaron, como Jesús, a crecerse y reafirmarse; movidos por su mismo Espíritu, asumieron que no era momento para querer guardar la propia vida, sino para entregarla. Sigo suponiendo que en eso consiste la libertad

llevada al extremo. Obviamente, también sobre el futuro de aquellos discípulos se proyectaba la sombra de una cruz.

El futuro de estos discípulos: ¿la sombra de la cruz?

¿Qué se proyecta sobre nuestro futuro? Si nuestra opción por Jesús y su causa –el Reino de Dios– es tan sólida como la de aquellos discípulos, la sombra de una cruz, no lo dudemos. El seguimiento de Jesús trae consigo una inevitable dimensión de conflictividad: *"¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de ustedes!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas"* (Lc 6,26). ¿Estaremos en condiciones de hacer gala de aquella misma libertad que permite encarar conflictos por amor a Dios y a su causa?

Tal parece ser, según San Pablo, la razón de ser de Cristo y nuestra propia vocación: *"Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado (…) vuestra vocación es la libertad"*, una libertad ordenada al amor y fecunda en las obras del espíritu.

Nada tienen estas que ver, por cierto, con el desprecio de este mundo, que es el único que de momento tenemos y que Dios ama hasta el punto de haber entregado por él a su Hijo; ni con el castigo del cuerpo, que Dios nos ha regalado y que nos permite entrar en comunicación con los demás. *"Amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí"*, he ahí obras del espíritu, según el propio Pablo hace notar a los gálatas. Son esas y otras, todas las que descubrimos en Jesús, las que nos mantienen en fidelidad a Él y hacen avanzar el Reino; con la reciedumbre que merecen los tiempos recios.

Banquete para buenos y malos

(Is 25, 6-10; Mt 22, 1-14)

Muchas de las parábolas contadas por Jesús para ilustrar el Reino de Dios fueron creadas por él mismo, pero en algunos casos debió recoger historias populares y hacerlas suyas con algunos retoques para así darles un nuevo sentido. Es el caso de la parábola del banquete de bodas.

Se trata de un antiguo cuento egipcio que, según parece, fue llevado a Palestina con algunas modificaciones por judíos alejandrinos. En él se contaba que Bar Ma'jan, un publicano de origen social muy pobre, organizó una fiesta por todo lo alto para así –psicología de nuevo rico– codearse con las familias de alta alcurnia con la esperanza de ser admitido entre ellas. Los invitados –psicología de viejo rico–rehusaron la invitación y se excusaron con razones frívolas y sarcásticas. Entonces, Bar Ma'jan, despechado, llenó la sala con todos los andrajosos que sus criados pudieron encontrar en la ciudad.

Es evidente la intención polémica de Jesús al apropiarse de este relato para aplicarlo al mismísimo Dios. Está denunciando, una vez más, la indiferencia e incluso la hostilidad con que los notables de Israel acogen la manifestación del verdadero rostro de Dios. Y anuncia, para escándalo de los biempensantes, que para ser amigo de Dios es indiferente –de entrada– ser bueno o malo. Lo único verdaderamente necesario en ese primer momento es escuchar la llamada-invitación de Dios y aceptarla con corazón alegre y generoso. En un segundo momento, por supuesto, –piensen en el vestido de la parábola– la vida del invitado habrá de ponerse en sintonía con esa amistad con Dios. Y si esto no llega

nunca a suceder, habrá que acabar por pensar que la respuesta inicial no fue suficientemente sincera.

Es oportuno, además, caer en la cuenta de que estamos en presencia de un banquete, una de las imágenes preferidas por la tradición profética para expresar los tiempos mesiánicos. Es el caso, por ejemplo, del *"festín de manjares enjundiosos y vinos generosos"* mencionado por Isaías. También en esto heredero de la tradición profética, Jesús echa mano de la comparación del Reino de Dios con un banquete de bodas, ocasión donde las haya para la alegría y la fiesta.

Hemos hecho un cristianismo triste y soporífero. Lo hemos dotado, eso sí, de algunas dosis de lenguaje festivo –celebración sacramental, felicitación navideña, alegría pascual, banquete eucarístico…–, pero poco más. Es posible que aún campe a sus anchas la tradicional sospecha recaída sobre el placer, la alegría y la fiesta, y es probable que siga pasando varios metros por encima de nuestros corazones la buena noticia que Jesús trasmite y es.

Alguito más: tampoco conviene perder de vista que la mesa del banquete no es lugar para una alegría del tipo "yo me lo guiso y yo me lo como", sino para una alegría compartida. Es lugar de encuentro y de comunión.

Testigo de la luz, ni menos ni más

(1 S 3, 3b-10. 19; 1 Co 6, 13c-15a. 17-20; Jn 1, 35-42)

"Habla, Señor, que tu siervo escucha": frase de Samuel que resume a la perfección su propia disposición de ánimo, la del Bautista, la de aquellos primeros discípulos de Jesús y la de los creyentes de todos los tiempos; frase, por lo mismo, que también debería ser eco de la permanente disponibilidad con la que nos dejamos alcanzar por nuevas interpelaciones quienes, entre fidelidades y traiciones, llevamos ya algún tiempo enredados en el seguimiento de Jesús.

"Testigo de la luz"

Por más que la posmodernidad diga haber renunciado a la osadía de los metarrelatos, seguimos viviendo tiempos de proliferación mesiánica. Aunque solo algunas veces de forma abiertamente descarada, lo cierto es que por todas partes nos llueven ofertas de salvación, bienestar, sentido, luz…

Juan el Bautista, desde luego, *"no era la luz"* y él sabía y decía que no lo era. Más aún, parece ser que asumió serena y generosamente su condición de mero *"testigo de la luz"*. Ministerios como el de Juan exigen mucha lucidez y magnanimidad. En su grupo no prima el centripetismo característico de la mentalidad sectaria, sino que sus discípulos viven en la tensión de la búsqueda. No solo Juan no hace nada por retenerlos, sino que expresamente les encamina hacia Jesús. Por esa y por otras razones, constituye un buen modelo para el quehacer eclesial.

"Dios es favorable"

Juan, en efecto, era *"testigo de la luz"*; nada más, pero tampoco nada menos. No podía ser de otro modo. Y es que también Juan, como luego sucederá con Cefas,

debe su nombre a una iniciativa divina. *"Le pondrás por nombre Juan"*, fue dicho a Zacarías para designar la identidad personal de su hijo, identidad que, viniendo de Dios, es constitutivamente ministerial, es decir, referida a su pueblo. Así es en este y en todos los casos: Dios elige para el servicio.

Pues bien, Juan significa *"Dios es favorable"*. El ministerio de Juan consiste en dar testimonio de Jesús como aquel en quien Dios se manifiesta perfecta y definitivamente en favor de su pueblo: el *"Cordero de Dios"*.

"El Cordero de Dios"

En los rituales y prácticas sacrificiales del Antiguo Testamento, la función del cordero era la de ser mediador, instrumento de reconciliación, lugar de encuentro con Dios en algún sentido. Pero todo eso con la limitación acarreada por el hecho de que aquellos eran los corderos de los hombres en su afán por ganar el favor divino a cambio de la sangre derramada.

En cambio, en el caso de Jesús se trata del *"Cordero de Dios"*. Eso significa que Dios se muestra tan sumamente favorable a la humanidad que es Él mismo quien toma la iniciativa de ofrecerle un encuentro definitivo en la persona de Jesús. Asistimos a una verdadera revolución: no nos encontramos ya en el antiguo movimiento –digamos– 'ascendente' del hombre hacia Dios, sino en el nuevo movimiento 'descendente' de Dios hacia los hombres, que es, después de todo, el que llamamos Navidad.

Sabemos, por lo demás, que hemos de huir decididamente de una comprensión ritualista del Cordero de Dios. El de Jesús es un sacrificio totalmente diferente: tiene un carácter existencial.

"Venid y lo veréis"

El evangelista Juan no da puntada sin hilo. La pregunta que Jesús hace a los discípulos que el Bautista le remite –*"¿qué buscáis"?* – recuerda aquella otra dirigida tanto a la soldadesca que le captura en el Huerto de los Olivos como a María Magdalena en la mañana de Pascua. No es, por lo tanto, una pregunta superficial ni fortuita, sino que busca escrutar el corazón. Igualmente, los ecos que despierta la palabra *"habitar"* en el cuarto evangelio –*"Maestro, ¿dónde habitas?*, le responden ellos– nos indica que lo que se trata de establecer ya desde ese primer encuentro es una relación de un calado muy personal.

Por eso desafía Jesús a los discípulos del Bautista a vivir la experiencia: *"venid y lo veréis"*. Se trata de establecer, dicho de otro modo, nada menos que una relación de fe. Porque la fe no es mero asentimiento intelectual ante verdades sobrenaturales que, después de todo, permiten mantener más o menos acantonada la condición creyente en los rincones de la vida. La fe es identificación con la persona de Jesús, y eso desde la raíz misma de la existencia, de tal modo que queda empapado todo el corazón, toda el alma y todas las fuerzas.

Sin dejar de ser simultáneamente comunitaria, la fe es siempre un asunto personal. *"Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol, y un camino virgen Dios"*, decía León Felipe y tenía razón.

"Hemos encontrado al Mesías"

El testimonio de Andrés ante su hermano Pedro apunta en esa misma dirección. Necesitamos testigos que puedan apoyarse sobre su propia experiencia personal de identificación con Jesús y, por lo mismo, de servicio a su causa. Atinaba Pablo

VI al escribir que *"el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan..., o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio"*. Cualesquiera otros recursos (encíclicas, medios de comunicación social, cátedras, estructuras parroquiales, planes de pastoral, movimientos y un larguísimo etcétera) tienen una importancia solo subsidiaria.

¿Podremos responder con un sencillo *"ven y lo verás"* a cualquiera que se encuentre en un proceso personal de búsqueda? ¿Podremos darle testimonio de una relación personal con Jesús? ¿Estaremos en condiciones de invitarle a atravesar el umbral de nuestras comunidades y de nuestras vidas?

La religión ¿de la ley o del corazón?

(Si 15, 16-21; Mt 5, 17-37)

El capítulo 5 del evangelio de San Mateo forma parte de los tres que constituyen el llamado sermón del monte. La tradición judía asociaba el nombre de un monte –el Sinaí– con la recepción de la ley de Dios a través de Moisés. La tradición cristiana de Mateo, que confiesa a Jesús como el nuevo (o sea, el definitivo) Moisés, quiere también asociar con un monte la enseñanza recibida del maestro de Nazaret. Ahora bien, el mensaje de Jesús ya no tiene lugar en el Sinaí, sino en un nuevo monte.

Ese cambio de escenario no es superficial. Expresa una transformación más profunda y que afecta al propio mensaje. Jesús está proponiendo una nueva forma de entender la ley, es decir, la obligación religiosa y, en el fondo, una nueva forma de entender la relación con Dios. Apunta hacia un cambio que percibimos de forma concreta en la expresión: *"Saben que se dijo a los antiguos, pero yo les digo…"*. Ese 'pero' marca la distancia entre dos estilos religiosos completamente diferentes y, en parte, antagónicos.

El primero de ellos se encuentra excelentemente representado por los fariseos. En nuestro lenguaje habitual, el fariseísmo ha pasado a ser sinónimo de hipocresía y de mentira. En realidad, los fariseos eran un grupo religioso caracterizado por un escrupuloso cumplimiento de la ley. Lo que Jesús critica no es dicho cumplimiento, sino el espíritu de estrechez que les lleva a dividir simplistamente el mundo en buenos y malos, en puros y pecadores. Lo que Jesús critica es un espíritu de autosuficiencia que les permite sentirse justificados ante Dios por el hecho de haber obedecido una serie de prescripciones legales. Lo que Jesús critica

es un espíritu puritano que les incapacita para ser compasivos con los hermanos que son más débiles que ellos. Lo que Jesús critica es, por utilizar sus propias palabras, el empeño que ponen en colar el mosquito habiéndose tragado el camello; es decir, la importancia que atribuyen a lo que no la tiene al tiempo que se olvidan de lo esencial.

El segundo estilo religioso es el propuesto y vivido por Jesús. Se trata de un estilo tejido a base de convicción y rebosante de generosidad. Lo importante no es que la ley mande o prohíba esto o aquello, sino lo que sucede en el corazón del ser humano. Si sucede que la buena noticia del amor de Dios es acogida con confianza, entonces se descubre que es ridículo conformarse con respetar la integridad física de los demás –no matarás– y que es aún mucho más importante tratar de establecer con ellos una relación positiva. Cuando alguien aborda el matrimonio con un corazón adulto y maduro, sabe que la comunión matrimonial no puede construirse sobre la mera fidelidad física a la pareja –no cometerás adulterio–, sino que también es necesaria una lealtad más profunda e integral.

He ahí los dos estilos religiosos: la religión de la ley y la del corazón. El fuego y el agua, dicho en los términos del Sirácida: dos elementos opuestos e irreconciliables. Ante ti se encuentran. Echa mano al que quieras, pero quedas advertido sobre las consecuencias: la religión del corazón acerca al Dios de Jesús; la de la ley aleja de Él.

Poner cada cosa en su sitio

Ex 20, 1-17; Jn 2, 13-25

Me parece que a Abraham Maslow le pasó desapercibida, pero una de las necesidades humanas básicas consiste en descubrir lo fundamental, reconocerle la máxima importancia y, en consecuencia, subordinar o relativizar todo lo demás. Hablo de relativización y no de desdén. Relativizar algo no significa despreciarlo, sino, al contrario, apreciarlo, pero –he aquí el toque relativizador– en su justa medida, ponerlo en el lugar que le corresponde, de modo que, siendo secundario, aparezca como lo que realmente es.

En cristiano hemos de relativizarlo todo excepto el Reino de Dios: *"Busquen primero el Reino de Dios y su justicia; todo lo demás se les dará por añadidura"* (Mt 6,33).

Por paradójico que pudiera resultar, hay instituciones, normas, costumbres y prácticas, incluyendo las religiosas, que solo adquieren alguna importancia al hacerlas secundarias y referirlas a algo superior a ellas mismas. Hay instituciones, normas, costumbres y prácticas que solo tienen la importancia de ser medio de logro o cauce de expresión de algo más valioso, que llamamos fines. O bien unos lentes graduados sirven para hacer más nítida la visión o no sirven para nada.

El pueblo de Israel no siempre supo ver más allá de sus propios lentes. El libro del Éxodo presenta el muy conocido decálogo, un conjunto de diez mandamientos cuyo sentido no reside en ellos, ni juntos ni por separado, sino en el prólogo que los encabeza: *"Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la esclavitud de Egipto"*. El pueblo que ha sido liberado puede ahora hacer una alianza con su Dios: *"Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios"*. Y esos mandamientos serán tanto la

expresión de la fidelidad del pueblo a Dios como el medio para mantener viva la libertad que Él les ha regalado. Toda la religión judía no tendrá otro sentido que ser celebración y actualización de esa experiencia originaria de la alianza en la libertad y para la libertad.

Sabemos por experiencia que los medios son envidiosos y que, si no los atamos en corto, fácilmente se convierten en la jaula de hierro temida por Max Weber en su análisis de la burocracia y de otros fenómenos sociales típicamente modernos como otras tantas cristalizaciones de la racionalidad formal. Con el andar del tiempo, los medios reclaman a gritos más importancia de la debida y eso hasta el punto de pretender absolutizarse, es decir, convertirse en fines en sí mismos. Como decía Georg Simmel, inspirador de Weber en este punto, la preponderancia de los medios sobre los fines hace que la periferia de la vida –las cosas– *"se conviertan en las dominantes sobre su propio centro, es decir, sobre nosotros mismos"*.

Eso y no otra cosa es lo sucedido con el templo de Jerusalén, una institución que acabó por dejar de transparentar al Dios de la alianza liberadora para convertirse en un espacio opaco, envuelto en la autosuficiencia de su propia lógica tanto sacrificial como económica: una cueva de bandidos –por aquello de los sacrificios– y un mercado –por aquello de los cuartos– al decir de Jesús. De ahí la firmeza y la dureza de su reacción verbal y física, que, por cierto, no cuadra en modo alguno con las representaciones almibaradas con que solemos desfigurarlo. Jesús impugna frontalmente una institución que, por haberse encerrado en sí misma, ha perdido su referencia a Dios. Jesús relativiza. *"Busquen primero el Reino de Dios y su justicia; todo lo demás..."*.

¡Todo lo demás! Y es que, puestos a relativizar, no deberíamos dejar títere con cabeza, exceptuadas las personas (también las divinas) y la comunión entre ellas, que eso es el Reino de Dios.

Relativicemos a derecha e izquierda: los Estados, las naciones, los partidos, el aparato productivo, las entidades financieras, las culturas, los modelos familiares, las costumbres adquiridas… y también –¡faltaría más!– las instituciones religiosas, sobre las cuales seguramente pesa con especial gravedad el riesgo de absolutización a causa de su querencia al engalanamiento con el halo de la sacralidad.

Por institución religiosa entiendo tanto la macroinstitución, o sea, la organización en su totalidad, como las microinstituciones que en ella habitan: la primera comunión, la hora intermedia, la procesión del viernes santo, el colegio cardenalicio, la bendición de un carro, los tiempos litúrgicos…

Me quedo con el último ejemplo, aunque solamente sea porque acaba de asaltar mi memoria la obsesión de don Anselmo con las tradicionales prácticas cuaresmales, como él solía llamarlas con énfasis enfáticamente enfático en ‘tradicionales’. Lo siento por aquel párroco-buena-gente, pero para esas prácticas viene como anillo al dedo Mt 6,33: o bien están referidas al Reino de Dios –facilitando y expresando, en este caso, la conversión al mismo– o bien no sirven estrictamente para nada, a no ser para perder miserablemente el tiempo en un jueguecito de pescado y de ceniza. Que un solo niño pueda vacunarse contra la tuberculosis, asistir a la escuela, abrazar a su madre y reconciliarse con su enemiguito (“…y no me hables”, que decían los niños dominicanos al tiempo que ofrecían sus meñiques para poner punto y final a una relación) tiene

infinitamente más valor que nuestras abstinencias y cruces grises en la frente, todas ellas, las habidas y las por haber.

La autoridad del carpintero

(Marcos 6, 1-6)

En determinados pasajes evangélicos se deja constancia de la autoridad que reconocen a Jesús algunos de sus contemporáneos. Es claro que no puede tratarse de una autoridad de tipo institucional –no ocupaba ni un puesto ni un puestecito–, sino de corte carismático, profético o moral. En ese caso autoridad querría decir credibilidad o confiabilidad: Jesús inspira confianza a alguna gente, pero ¿confianza en qué? En que su palabra y su acción vehiculan la palabra y la acción del mismísimo Dios; confianza en que las cosas de Jesús son las cosas de Dios.

Encontramos, en cambio, que en su propia tierra Jesús no goza de esa misma autoridad. Es verdad que sus compueblanos reconocen la sabiduría que sale de su boca y los hechos extraordinarios que brotan de sus manos, pero eso no parece suficiente para suscitar en ellos confianza. De hecho, el texto evangélico señala expresamente que la gente desconfía de él. Y el fundamento de esa desconfianza parece claro: conocen a su familia. Viniendo de donde viene, el taller de un carpintero, no merece credibilidad, no tiene autoridad.

Es seguro que ese pasaje de San Marcos tiene resonancias teológicas de largo alcance, pero eso no impide percatarse de que también retrata una psicología ampliamente compartida: la del desprestigio de lo inmediato o el desprecio de lo próximo. Digo 'psicología' y digo 'ampliamente compartida' porque –miren a derecha e izquierda o, mejor, mírense a sí mismos– ese reflejo de desprestigio o de desprecio ha mordido con saña en muchos de nosotros, hasta el punto de que a

menudo necesitamos vernos privados de algo ordinario o de alguien habitual para aprender a valorarlo en toda su largura, anchura y profundidad.

Tanto el evangelio como el Concilio Vaticano II nos exhortan a leer los signos de los tiempos, es decir, a barruntar la acción salvadora de Dios en la historia que sucede a nuestro alrededor y ante nuestros ojos. Eso no es posible si, entre otras cosas, somos incapaces de discernir las cosas de Dios en las cosas de nuestros hermanos.

Ya sé que ninguno de ellos son –somos– el cristiano químicamente puro, ni falta que hace. Nuestras biografías personales, al igual que nuestra historia colectiva, están repletas de ambigüedades y claroscuros. En caso contrario, no serían ni historia ni biografías humanas, sino el mundo de las ideas de Platón. Nuestras vidas están repletas de claroscuros. La proximidad de la convivencia nos permite conocer los oscuros, pero no nos autoriza a ignorar los claros y menos aún a despreciarlos. De que los hay, los hay, también en una carpintería.

Panes multiplicados ¡para todos!

(Mc 8, 1-10)

Si el relato marcano de la curación del sordomudo (7,31-37) puede y debe leerse como una catequesis bautismal, este otro de la multiplicación de los panes, que se encuentra justo a continuación de aquel, propone una enseñanza de carácter netamente eucarístico.

"Tomando los siete panes y dando gracias, los partió e iba dándolos a sus discípulos para que los sirvieran, y ellos los sirvieron a la gente". Ni la mención del pan partido y repartido ni la de la oración de acción de gracias pronunciada por Jesús son fruto de la casualidad. Eucaristía significa acción de gracias a Dios por habernos regalado a Jesús, el pan que se parte y reparte con abundancia hasta los cuatro puntos cardinales de su comunidad.

Pero quisiera destacar, más específicamente, que este relato es el segundo de los que se encuentran en el evangelio de San Marcos a propósito de panes multiplicados; el otro en 6,30-44. La comparación de ambos resulta muy oportuna e interesante porque pone a la vista que todos y cada uno de los detalles han sido cuidadosamente trabajados por San Marcos para dejar dicho que la mesa de Jesús no tiene candados, sino que está abierta a todos.

Si en el primer relato nos encontramos en territorio judío, ahora resulta ser que estamos en plena Decápolis, territorio pagano. Si allí Jesús bendijo los panes, término familiar para los judíos, ahora da gracias por ellos, expresión usual en griego. Si allí el número de canastas es de doce, como las tribus de Israel, ahora es de siete, como el número de diáconos de la primera comunidad helenística.

Definitivamente, parece deber decirse que San Marcos se ha esmerado en la presentación de ese paralelismo con la intención de apuntar inequívocamente hacia la universalidad del cristianismo: lo que sucede para los judíos sucede también para los paganos. Es como si estuvieran resonando las palabras de San Pablo: *"Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús"* (Ga 3,28). El evangelio de Jesús es para todos. Todos, sin distinción, estamos invitados a sentarnos a su mesa.

Sentarse a la mesa del Señor para compartir el pan partido y repartido que Él es compromete a hacer de la propia vida (el tiempo, los recursos, las capacidades…) pan también partido y repartido. La eucaristía mueve al cristiano a la solidaridad y el Señor, ahora como entonces, sabe bendecir y multiplicar esa generosidad para que alcance a todos.

Ha llegado la hora de Jesús y del juicio
(Jr 31, 31-34; Hb 5, 7-9; Jn 12, 20-33)

El evangelista Juan nos ha hecho llegar un pasaje solemne y grave que refleja todo el dramatismo de la situación vivida por Jesús a las puertas del misterio pascual. Él la llama *"la hora"*, la de Jesús y la del juicio.

La hora de Jesús

"Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre". En el evangelio de Juan la hora es, ciertamente, un momento, un tiempo, pero no uno cualquiera, sino el tiempo crucial, o sea, el de la cruz, que es también el de la glorificación-elevación de Jesús.

"Padre, líbrame de esta hora. Pero si para esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre". El evangelista presenta la hora de Jesús bajo el signo de la obediencia radical, la misma que permite al autor de la Carta a los Hebreos resumir el conjunto de la vida de Jesús en estos términos: *"aprendió, sufriendo, a obedecer"* (No es que el sufrimiento haya sido el medio para aprender la obediencia –aquello de la letra con sangre entra–, sino la consecuencia de esta).

Toda la historia de Jesús, en efecto, ha sido obediencia a Dios, una aceptación libre y fiel de su voluntad. Jesús ha hecho de toda su vida un servicio a la causa de su Padre. Se ha entendido a sí mismo en función del anuncio de la presencia y de la vocación de crecimiento de la comunidad de hermanos que reconocen a Dios como el Padre común: una realidad y un proyecto que él llamaba el Reino de Dios.

La obediencia de la muerte de Jesús es la obediencia de su vida entera. Los intentos de ridiculización, las calumnias, los planes de captura, los intentos de

lapidación… esas y otras hostilidades padecidas le permitieron saber que sobre él se cernía una gravísima amenaza, que finalmente consistió en el desenlace que conocemos: captura, interrogatorio, juicio, tortura y ejecución. No hubo, sin embargo, fuerza humana capaz de apartar a Jesús de la causa de su Padre. Optó por la obediencia total y coherente, la dispuesta a asumir las más graves consecuencias, aquella que sabe abrazar incluso cruz.

Pero fue la lógica de los poderosos –no la de Dios– la que abocó a Jesús a la muerte. Fueron ellos quienes le pusieron en la tesitura de tener que elegir entre su propia vida y la obediencia a Dios y los que, finalmente, acabaron por colgarlo de un madero.

El grano que muere es fecundo

Jesús se ha entendido a sí mismo en función de su Padre y, por eso mismo, de sus hermanos. Toda su vida, de hecho, ha sido la del ser-para-los-demás y ha consistido en un des-vivirse por ellos; des-vivirse para dar vida, para que todos tengamos en abundancia vida verdadera, la de los hijos de Dios y hermanos de nuestros hermanos. El desvivirse de la cruz de Jesús es el desvivirse de su vida entera.

Más aún, Jesús está convencido de que la única forma de dar vida consiste en dar la propia vida. Por eso dice: *"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto"*. Pablo Milanés cantaba: *"La vida no vale nada si no es para perecer por que otros puedan tener lo que uno disfruta y ama"*. Ese es el sentido de la vida y muerte de Jesús: des-vivirse para dar vida, hacer de la propia vida un servicio a las vidas de los demás. He ahí la hora de Jesús.

La hora del juicio

He ahí también la hora del juicio porque *"ahora va a ser juzgado el mundo"*. Desvivirse por los demás es la medida del ser humano. Se ha dicho que él es la medida de todas las cosas y, en algún sentido, cierto es. También lo es que la medida del ser humano es la donación de sí mismo porque *"está hecho para el don"*, como decía Benedicto XVI en *Caritas in veritate*. Pilato no era profeta, desde luego, pero acertó, aunque sin pretenderlo y sin darse cuenta, con aquello del *"Ecce homo"* (he aquí el hombre): Jesús es el hombre cabal porque ha sido puro don: ha vivido para su Padre y, por eso mismo, para sus hermanos.

Esa es la vara de medir en cristiano. Sabemos de sobra que se encuentran en circulación otras pautas de evaluación. No faltan quienes piensen que el valor de una persona depende de su prestigio, de su riqueza, de su poder, de su expediente académico, de su juventud, de su vigor, de su belleza... No es ese el criterio de juicio de los cristianos, por la sencilla razón de que no es el criterio del Dios de Jesús: el que solo se ama a sí mismo se pierde, el que vive solo para sí mismo vive una vida arruinada. Jesús ganó la vida porque la vivió para los demás. ¿Estaremos ganándola también nosotros?

¿Qué tendrá lo pequeño para poder a Dios enamorar?
(1 Sam 2, 1-10; Lc 1, 46-55)

Nada tiene de extraño que puedan y deban ser considerados conjuntamente el Cántico de Ana, la madre de Samuel, y el Magníficat de María, la madre de Jesús. Entre ellos existe una profunda afinidad de vivencias y de significados.

El Magníficat no es la oración ocasionalmente salida de los labios de María, sino, más bien, como decía Benedicto XVI, un retrato de su alma o, también, un reflejo de su espiritualidad, una proyección de su forma de situarse personalmente ante Dios y ante sus hermanos. Los biblistas enseñan que el Magníficat constituye una espléndida antología de textos veterotestamentarios, tomados, más exactamente, tanto del Cántico de Ana como de algunos salmos (89,11; 98,3; 103,17; 107,9; 111,9).

La espiritualidad de María, en efecto, está tejida con hilos tomados de la Escritura. En ella resuenan y se prolongan las lágrimas y las risas, las opresiones y las esperanzas, las hambrunas y las fiestas de los pobres de Yahveh. La madre de Jesús es el resto de Israel, indigente y pequeño, pero generosamente capaz de dejarse fecundar por la justicia destilada por los cielos para hacer germinar al Salvador (Is 45,8).

Hasta hace unos años, el coro de doñas de la Parroquia de Santa Catalina solía cantar en el concierto de Navidad una canción que preguntaba (solo retóricamente): *"¿Qué tendrá lo pequeño? ¿Qué tendrá cuando Dios se hace niño en un portal? ¿Qué tendrá lo pequeño para poder a Dios enamorar?"*. Así es ciertamente en María, una joven campesina de una región periférica del imperio. Así es también en la historia de la salvación, puesto que Dios eligió como

liberador de su pueblo en Egipto a un exiliado; como guía del mismo al hijo pequeño de una familia de pastores; como madres de sus patriarcas, profetas y jueces a mujeres estériles; como piedra de su Iglesia a un pescador. Dios elige lo débil para confundir a lo fuerte y derribarlo de su trono.

No basta, pues, con decir que en María Dios se hace hombre, concepto que se ha dejado y sigue dejándose secuestrar fácilmente por los varones, por los blancos, por los burgueses…, tal y como acreditan las historias de las primeras declaraciones de derechos humanos (que se lo pregunten, por ejemplo, a Mary Wollstonecraft, a Martin Luther King y a Wilhelm Emmanuel von Ketteler, respectivamente). Hay que decir, más bien, que en María Dios se hace *sarx*. Es la palabra griega empleada por Juan en el prólogo de su evangelio. Más allá de su literalidad (carne), significa, entre otras cosas, fragilidad, insignificancia, pequeñez. El propio Jesús, salido de la escuela de Dios y de María, dirá más adelante: *"Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños"* (Mt 11,25).

Suelo recordar con cariño el belén que en un pasillo del Hospital Cantonal de Ginebra prepararon algunos enfermos con ayuda de sus enfermeras. El niño Jesús tenía la cabeza vendada, una pierna enyesada, una sonda en el brazo izquierdo y un termómetro bajo el derecho. ¿Irrespeto? Ni hablar. Los irrespetuosos son los que disfrazan aquel pesebre de oropel (y con tal exceso que, a veces, únicamente faltan pendientes de perlas naturales en las orejas de la mula). Aquel belén ginebrino era una magnífica representación de la *sarx* que es Jesús: adolorido con los adoloridos, frágil con los frágiles, pequeño con los pequeños.

En la pequeñez de Jesús los cristianos reconocemos y celebramos a Emmanuel, Dios-con-nosotros. Hace falta tener bien entrenado el corazón para poder percibirlo. Hace falta ser pequeño o tener bien ejercitada la vida en la solidaridad con los pequeños para poder percatarse, acogerlo y celebrarlo. No puedo evitar unos versos de Miguel de Unamuno: *"Agrándame la puerta, Padre, porque no puedo pasar; la hiciste para los niños, yo he crecido a mi pesar. Si no me agrandas la puerta, achícame, por piedad; vuélveme a la edad bendita en que vivir es soñar".*

Fuego y división

(Lc 12, 49-53)

"He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!". Supongo yo que este es uno de esos pasajes evangélicos que nos desconciertan y que tenemos ahí al lado, como parqueaditos, quizás en espera de poder leerlos algún día de forma no traumática.

La cosa, desde luego, no está fácil. Jesús dice que ha venido a prender fuego. Más aún, asegura que no ha venido a traer paz, sino división. Todos nos damos cuenta, más que sobradamente, de las razones por las que este pasaje resulta chocante para la conciencia cristiana, al menos a primera vista.

Vayamos por partes. Jesús dice que ha venido a prender fuego. ¿Acceso de piromanía? No. Sucede, sencillamente, que expresa su misión echando mano de la imagen del fuego, de modo que, una vez más, no podemos acomodarnos en la lectura literal de sus palabras, sino que tenemos que interpretarlas. Interpretarlas sí, pero con cuidadito, es decir, correctamente, en consonancia con todo el evangelio.

El fuego, como casi todas las cosas, tiene usos y efectos positivos y negativos. Está claro que puede causar daño, pero está clarísimo que no es eso lo que Jesús quiere decir, por la sencilla razón de que lo suyo no es causar daño, sino todo lo contrario, tal y como cuentan página tras página cada uno de los evangelistas y como resumía Pedro en una de sus primeras predicaciones: Jesús *"pasó por el mundo haciendo el bien"* (Hch 10,38). Ahora bien, el fuego también tiene usos positivos, como la purificación, que consiste (me viene como anillo al dedo la definición de la Real Academia) en la acción y efecto de *"quitar de algo lo que le*

es extraño, dejándolo en el ser y perfección que debe tener según su calidad". Eso y no otra cosa es lo que Jesús expresa al echar mano de la imagen del fuego: que su misión consiste en limpiar nuestro mundo y nuestras vidas, cambiarlas, transformarlas para que todo sea tal y como Dios quiere y nosotros necesitamos.

Así es también como cabe entender que en Pentecostés el Espíritu Santo sea presentado como *"lenguas como de fuego"* (Hch 2,3): porque, a partir de ese momento, Dios comienza a actuar definitivamente en el mundo para ir purificándolo, transformándolo, haciéndolo su Reino. Y otro tanto sucede con la presentación que Juan Bautista hace de Jesús como aquel que *"bautizará con Espíritu Santo y fuego"* (Mt 3,11). Pues eso, que Jesús ha venido a prender fuego significa que su misión es limpiar, purificar.

Sorprende, en segundo lugar, que Jesús diga que no ha venido a traer paz, sino división: *"desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres"*. Esto comienza a parecerse demasiado –valga la bromita fácil– a la conocida escena de Gladiator en que el general Máximo Décimo Meridio envalentona a sus legionarios para que trituren a los germanos al grito de: *"A mi señal, ira y fuego"* (por cierto, parece ser que el original inglés decía: *"A mi señal, desaten el infierno"*).

Jesús ha venido a traer división… ¿cómo va a ser si la paz es una de las más hondas aspiraciones del corazón humano y, por eso mismo, uno de los rasgos del Reino de Dios? De hecho, San Lucas dice que el Mesías ha venido para *"guiar nuestros pasos por el camino de la paz"* (Lc 1,70). ¿En qué quedamos? Lo que sucede, como antes, es que tenemos que entender correctamente a Jesús y para ello hay que tener en cuenta dos cosas.

La primera es que, al declarar que no ha venido a traer paz, Jesús está rechazando la engañifa que es la paz meramente verbal de los falsos profetas, que, como decía Jeremías (6,14), *"han curado el quebranto del pueblo a la ligera, diciendo «¡Paz, paz!», cuando no había paz"*; según otra traducción: *"diciendo «todo va bien, todo va bien»; pero nada va bien"*. La paz que Jesús busca y quiere no es esa paz de los profetas tramposos. La paz que Jesús busca y quiere no es la paz de los cementerios, donde no hay conflictos (salvo los que provocan los vivos, cuando, por ejemplo, atracan a otros vivos o roban en las tumbas), claro que no, por la sencilla razón de que no hay vida. La paz que Jesús busca y quiere no es la de los oprimidos reducidos al silencio. La paz que Jesús busca y quiere no es la impuesta por los fuertes a los débiles. La paz que Jesús busca y quiere es la que nace de la justicia, es decir, de la armonía de unas relaciones humanas en las que los derechos de todos, también los de los más pobres, son protegidos, respetados y promovidos.

La segunda cosa que hay que tener en cuenta es que Jesús es muy realista (dado a los sueños en el buen sentido de la palabra, sí, pero no a las ensoñaciones). Nunca cierra los ojos para dejar de ver las cosas tal como son. Se da perfectamente cuenta de que quienes quieran seguirle van a verse envueltos en conflictos. Por eso advierte a sus discípulos de que les perseguirán, les llevarán ante los tribunales, les encarcelarán…. Sabe, incluso, que esos conflictos, por desgracia, llegarán a suceder allí donde más duelen, que es en el núcleo familiar (Mt 10,16-25). Además, él mismo se vio envuelto en una gran hostilidad que acabó por costarle la vida. Todo eso, claro, por vivir en favor del Reino de Dios, en favor de la fraternidad, de la libertad, de la justicia, de la paz; de la paz, ya sabemos, verdadera.

¡Ay si todo el mundo habla bien de nosotros! (Lc 6,26). Quizás estemos ya muertos, quizás no lo estemos todavía. Lo seguro es que seremos impecables lambones (doctorado en tumbapolvismo con doble titulación) y, por lo mismo, ajenos a los profetas y a Jesús.

Ni Juan, ni Elías, ni ningún otro profeta
(Mc 8, 27-35)

Hay ocasiones en que la lectura del evangelio consuela, acaricia y gratifica. Otras veces, en cambio, las palabras de Jesús nos resultan un tanto incómodas, ásperas y estridentes. Tengo la impresión de que el pasaje aquí atendido nos coloca de lleno en el segundo de los casos.

Marcos presenta dos momentos, concatenados, pero bien diferenciados. En el primero de ellos Jesús se interesa por el eco que sus palabras y acciones provocan entre aquellos que le conocen: *"¿Quién dice la gente que soy yo?"*. La sociedad contemporánea de Jesús era una sociedad plural desde diversos puntos de vista y, aunque siempre dentro de los márgenes de la fe judía, también lo era en materia religiosa. De ahí que las respuestas a la pregunta formulada por Jesús anduvieran divididas: algunos pensaban que era Juan Bautista, que había sido encarcelado y asesinado por Herodes hacía no más de tres años y cuya memoria aún se mantenía muy viva; otros creían que se trataba de Elías, uno de los primeros profetas de Israel, quien, según una antigua tradición, había de volver; y todavía había un tercer grupo, que veía en Jesús a algún otro profeta.

Pues bien, tirios y troyanos se equivocaban porque todos ellos estaban proyectando sobre Jesús sus creencias y esquemas religiosos tradicionales. Es como si unos lentes de color les hicieran creer que la realidad era del color de sus lentes. Pedro, por el contrario, andaba más avispado y puede resultarnos ejemplar en este primer momento: acierta a reconocer y a confesar que Jesús es el Mesías, es decir, el que nos trae la salvación de parte de Dios.

Pero hay algo más. Cuando, en un segundo momento, Jesús hace saber a sus discípulos que su mesianismo pasa por la vía del sufrimiento, ese mismo Pedro se niega en redondo a aceptarlo. No se lo pierdan: ¡se pone a reprender a Jesús! Es ahora él quien parece aferrarse obstinadamente a su propia imagen de un mesías poderoso y fuerte, rechazando así la salvación que Jesús ofrece y que, por proceder de Dios, actúa siempre a través de la debilidad y, a veces, a través incluso de la contradicción: Jesús, enviado por Dios, va a ser condenado por aquellos que pretenden ser –y a quienes muchos reconocen como– los representantes oficiales de Dios. No es necesario, ni muchísimo menos, un esfuerzo sobrehumano para entender la reacción escandalizada de Pedro ante el anuncio de Jesús.

Y es que nuestra lógica no es la lógica de Dios. El Nuevo Testamento está repleto de expresiones que, en el fondo, apuntan hacia el mismo juego de oposición: *"Quien pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará"* (Mc 8,35), *"los últimos serán primeros"* (Mt 20,16), *"felices los que lloran"* (Mt 5,5), *"si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto"* (Jn 12,24) y un largo etcétera. San Pablo resumía diciendo: *"Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte"* (1 Co 1,27).

Vistas así las cosas, seguramente también nosotros nos las vemos y deseamos para aceptar a Jesús tal cual los evangelios nos lo presentan, sin hacer nuestras propias enmiendas y sin arrancar mentalmente ninguna de sus páginas. El cristiano tiene que hacer un esfuerzo permanente de receptividad para ser él quien se ajuste a Jesús y renunciar completamente a que sea Jesús quien se ajuste a él.

Pudiera parecer exagerado, pero no lo soy. Aseguro son reales los dos casos que cuento para ejemplificar. Uno es el de aquel señor que se dijo profundamente decepcionado el día que le hicieron ver que el Santo Cristo de Hornillos es el mismo que *"ese Jesús del que se habla en los evangelios"*, según su propia expresión (el retintín pueden ustedes imaginarlo).

El otro es el de tres muchachas peruanas que muy amorosamente acudieron a la iglesia del Sagrado Corazón de Ginebra en busca de una imagen de la Virgen de Fátima. Quedaron manifiestamente chafadas al no encontrarla, por lo que Denis, el párroco, tuvo que interrumpir su rezo de los laudes para hacerles notar que allí se encontraba una flamante talla de la Virgen de Lourdes. Recuerdo que hizo acopio de cuanto español tenía a mano para chapurrearles algo así como *"se trata, después de todo, de la madre de Jesús"*, pero el hombre solo cosechó un fracaso estrepitoso: las muchachas se fueron sin rezar.

Todo esto para decir: hemos de permanecer en guardia hacia nosotros mismos para no confundir nuestros lentes con la realidad y acabar haciendo una religión a nuestra medida. El pensador ateo Ludwig Feuerbach sostenía que el hombre ha creado a Dios a imagen y semejanza de su propia esencia. Lo habría hecho autoidealizándose (*"la religión es la revelación de los tesoros ocultos del hombre"*), es verdad, pero, a fin de cuentas, proyectándose a sí mismo: *"Dios es... su yo alienado"*. ¿Será que algunos creyentes incautos se obstinan en dar la razón con su conducta al filósofo de Landshut?

El cristiano espabilado permanece en actitud de apertura hacia la salvación de Dios tal cual Él la ofrece, no tal como a él le gustaría que la ofreciera. Dios no se ha comprometido a cumplir nuestros deseos, sino sus promesas. Se manifiesta a

sí mismo, sin acomodarse a nuestras creencias. Jesús no es ni Juan, ni Elías, ni ningún otro de los profetas. Es el *Emmanuel* ¡y abajado! (Flp 2,6-11).

Escuchar a Jesús

(Gn 12, 1-4a; Mt 17, 1-9)

"Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré". Vale para Abrán –así es como todavía se llama– y vale para cualquiera dispuesto a entender la vida como lo que es: un camino.

Salir de la tierra propia representa una llamada a abandonar todo aquello que nos ofrece seguridad, pero que quizás, aunque no lo sepamos, constituye un verdadero exilio porque nos mantiene alejados de Dios y de nuestros hermanos.

Su versión cristiana es la invitación a dejarnos conducir por Jesús a una montaña alta y a escucharle. Escucharle para que desbarate –si fuera necesario– aquellas imágenes (*ídolos*) de Dios que, por más que nos ofrezcan seguridad, constituyen un verdadero exilio.

Jesús es la Palabra

Es muy probable que el pasaje evangélico de la transfiguración sea uno de los más hondamente anclados en nuestra memoria infantil a causa del magnífico cuadro que el evangelista nos presenta: Jesús, tres discípulos, una montaña alta, el rostro resplandeciente, los vestidos blancos, la presencia de Moisés y de Elías, una nube luminosa, la voz celestial…

No cabe duda de que se trata de un escenario espléndido, pero de tipo teológico. Sin por ello renegar de nuestra memoria infantil, hoy, ya adultos, sabemos saborearlo en su profundidad simbólica para dejarnos alcanzar por la confesión de fe en la condición divina de Jesús.

"Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escúchenlo". ¿Por qué? Porque él es la manifestación definitiva de Dios. Moisés y Elías representan respectivamente la ley y los profetas, es decir, todo el Antiguo Testamento o la manifestación de Dios en la historia judía anterior a Jesús. Pues bien, toda esa revelación precedente viene ahora a dar paso y a rendir homenaje a la que es revelación definitiva y que tiene nombre propio: Jesús. El conjunto de su vida, de sus acciones y de sus palabras –toda su persona, a fin de cuentas– contienen cuanto Dios ha querido mostrarnos y, por lo mismo, cuanto necesitamos saber acerca de Él. El evangelio de Juan lo expresa de forma mucho más bella y precisa: Jesús es la Palabra de Dios.

El supermercado religioso

Es curioso observar cómo en determinados ambientes cristianos se tiende a buscar –incluso a creer encontrar– signos extraordinarios y manifestaciones pomposas un poco por todas partes; una tendencia tan excesiva que a veces llega hasta la excitación histérica. Ante ese tipo de supuestos fenómenos de revelación, y otros de carácter más privado y privilegiado, un cristiano sabe ser profundamente prudente y cauteloso; más aún, me atrevería a decir que radicalmente escéptico. Y, por encima de todo, nunca pierde de vista que es a Jesús a quien Dios pide que escuchemos.

De Dios pueden decirse infinidad de cosas. De hecho se dicen. Las dicen, entre otros muchos, los novelistas, los directores de cine, los telepredicadores, e incluso esos peligrosos –porque poderosos– políticos gnósticos que gustan de invocar al que llaman el Todopoderoso, unas veces por vaga convicción -¿qué entenderán por poder total?- y otras en búsqueda de rédito electoral.

Y es que vivimos en un supermercado de creencias. No estoy despreciando otros credos, ni tampoco el pluralismo religioso, sino expresando metafóricamente la gran y creciente diversidad de ofertas religiosas que caracteriza nuestro tiempo. Acerca de Dios oímos muchas cosas y a menudo resultan divergentes, e incluso contradictorias. ¿Cómo cribarlas? ¿Cómo discernir lo verdadero y separarlo de lo falso? ¿Cómo saber lo que es y lo que no es de recibo desde un punto de vista cristiano? Es muy fácil: prestando oídos a Jesús. *"Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escúchenlo"*. Primero Jesús, después Jesús, siempre Jesús: alfa y omega.

He aquí un buen tajo para la conversión: el compromiso de escuchar siempre y muy atentamente el evangelio de Jesús, o sea, el evangelio que es Jesús; una escucha que nos permita depurar nuestra fe, someter a crítica y revisar las imágenes de Dios heredadas mecánicamente de nuestros mayores –la casa de nuestros padres–, las que nosotros mismos nos hacemos y las que otros nos predican; una escucha que permita a Jesús zarandear nuestras seguridades y sacarnos de nuestra tierra.

Cada uno los oía en su propio idioma

(Hch 2, 1-11; 1 Co 12, 3b-7. 12-13; Jn 20, 19-23)

Pentecostés permanece en plena Pascua. Una mala interpretación de la presentación didáctica del acontecimiento pascual a cargo de Lucas nos ha inducido a pensar la resurrección de Jesús, su Ascensión y Pentecostés como acontecimientos totalmente distintos y relativamente distantes, pero no lo son. ¿Cómo el encuentro con Jesús resucitado podría tener lugar sin la presencia del Espíritu Santo? ¿Cómo podría confesarse que Jesús es el Señor sino bajo su acción? Son preguntas puramente retóricas, cuya respuesta es: ni modo.

Y solo ese mismo Espíritu cuya donación celebramos en Pentecostés puede evitar que la fe cristiana sea arqueológica admiración de un Jesús perteneciente a la antigüedad para consistir, como debe, en la identificación con el eternamente viviente y hoy presente en nuestro mundo y en nuestra Iglesia.

El pariente pobre

Un amigo medio deslenguado suele decir que el Espíritu Santo es el pariente pobre de la Santísima Trinidad. Con ello pretende expresar dos cosas: que es al que hacemos menos caso, y que es el que en nuestras cabezas tiene un perfil más impreciso y desdibujado. Al menos esto último es verdad, y esa debe ser la razón por la cual es el que más se presta a confusiones y manipulaciones.

En efecto, no basta, por ejemplo, con decir que el Espíritu Santo es energía, fuerza aliento. Seguramente los hinduistas pueden afirmar otro tanto sobre Visnú, los musulmanes sobre Alá y cada persona religiosa sobre su correspondiente divinidad. Tenemos que asegurarnos de que estamos hablando del Espíritu Santo

de los cristianos, de Cristo, y, por lo mismo, hemos de acudir al Nuevo Testamento en busca de los signos o frutos que permiten identificar su presencia y acción.

Así, en el evangelio de Juan se nos dice: *"Como el Padre me envió así les envío yo… Y exhaló sobre ellos el Espíritu Santo"*. El Espíritu hace a los discípulos continuadores de la misión de Jesús. Allí donde una persona vive como Jesús, ama como Jesús, perdona como Jesús, pone en pie como Jesús, reza como Jesús…, allí hay acción del Espíritu Santo.

"Nadie puede decir que Jesús es el Señor si no es movido por Espíritu Santo (…) En cada uno se manifiesta el Espíritu Santo para el bien común", según la carta de Pablo a los corintios. Allí donde hay testimonio del señorío de Jesús y colaboración en las tareas de la comunidad cristiana, allí hay acción del Espíritu Santo.

Y allí donde los cristianos nos sentimos en comunión en medio de nuestras legítimas diferencias, también allí hay acción del Espíritu Santo, parece querer decirse en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Veamos.

De Babel a Pentecostés

"Cada uno los oímos hablar de las cosas de Dios en nuestra propia lengua". El relato de Pentecostés que Lucas nos ha hecho llegar es un hermoso canto y celebración de la unidad, de la comunicación, del encuentro, de todo lo que sabe a brazos tendidos y puertas abiertas.

Resulta muy interesante entenderlo como contrapunto del relato de Babel (Gn 11,1-9), en cuyo arranque *"todo el mundo era de un mismo lenguaje e idénticas*

palabras", hasta que dieron en construir *"una torre con la cúspide en los cielos"*, descabellada ambición de la que resultó el embrollo de lenguajes, la incomunicación y, finalmente, la separación. Mi abuela diría que aquello terminó como el rosario de la aurora: cada uno en su propia casa.

Por supuesto, no es una crónica histórica lo que pretende el autor bíblico, sino una reflexión creyente sobre las personas humanas en su relación con Dios y entre ellas. *"Querer ser como dioses"* ha escrito ese mismo autor en el relato del paraíso (Gn 3,5) para referirse a lo que la tradición llamará luego el pecado original. Querer ser como dioses: he ahí lo que provoca la ruptura del hombre con Dios y en lo que consiste en última instancia todo pecado. Querer alcanzar los cielos, leemos en el relato de la torre de Babel, que no es sino una forma distinta de evocación de lo mismo: la voluntad de absolutizarse, de negar o ignorar los límites de lo humano, de colocarse por encima del bien y del mal, de ser medida de todo y de todos y, por lo tanto, de poder disponer, llegado el caso, de la vida del hermano… recordemos a Caín.

Pues bien, cada vez que intentamos 'escalar el cielo' acabamos por no entendernos: el dogmatismo crea exclusión, el orgullo hace estéril el diálogo, la intolerancia dispersa, la voluntad de poder margina y humilla, el 'endiosamiento' aleja de Dios y deshumaniza.

Quizás el contraste resulte ya suficiente como para mostrarnos con nitidez algunos de los perfiles de la donación del Espíritu Santo, quien convoca en torno al núcleo de discípulos a gentes de todas las naciones, al tiempo que asegura los cauces de comunicación que hacen posible la Iglesia, asamblea de los por Él reunidos para ser testigos del Resucitado.

Hemos pasado de Babel a Pentecostés, de la distancia al encuentro, de la dispersión a la unidad, del egocentrismo a la comunión, de las casas propias a la casa común. Por eso, cuando los cristianos, en medio de nuestras legítimas y necesarias diferencias, vivimos comunitariamente, allí hay acción del Espíritu Santo.

Y también la hay cuando, en nuestra misión, hablamos el lenguaje de todos en términos existenciales y de dignidad humana, es decir, cuando nos afanamos en el respeto y promoción de los derechos humanos, que son el esperanto vital –el común lenguaje moral– que vamos aprendiendo en nuestros días.

Vivir en el Espíritu

Un cristiano solamente puede ser espiritual, lo que no significa de ninguna manera renegar de este mundo, que Dios ama, ni despreciar este cuerpo, que Dios nos ha regalado, ni condenar la alegría, que es anticipo del cielo. Ser espiritual es vivir como Jesús, dar testimonio de Él, construir su comunidad y luchar en favor de los derechos de todos. Eso es ser espiritual. El resto es un fraude y una tomadura de pelo.

Pentecostés es no solo donación del Espíritu Santo, sino también nacimiento de la Iglesia, sin que ello implique que ya hemos alcanzado la meta. Estamos de camino. Pentecostés es realidad y utopía, don y tarea.

Hoja de ruta para *'teó-filos'*

(Lc 1,1-4; 4,14- 21)

Resulta muy interesante considerar conjuntamente el solemne prólogo del evangelio de Lucas y su relato del comienzo del ministerio público de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Hacerlo así pone a la vista los dos términos mayores del proceso vital que tensiona las vidas de todos los 'teófilos': pregunta y respuesta, búsqueda y hallazgo.

En el mejor estilo de la historiografía antigua, San Lucas dedica su obra a *Theo-filus* (etimológicamente, amigo de Dios). Sabemos que en eso, como en todo, el esmerado estilista sirve al fino teólogo y que, por lo tanto, es probable que esa dedicatoria personal constituya toda una declaración de intenciones. El afán del evangelista, en todo caso, no es otro que ofrecer a los amigos de Dios –buscadores de sentido, sean o no personas religiosas– la respuesta que es Jesús. Evangelio según San Lucas, hoja de ruta de un 'teófilo', exclusivamente apto para 'teófilos'.

Al igual que los demás evangelistas, también Lucas tiene algunas insistencias particulares en la comprensión y presentación de Jesús. Dado el carácter programático del pasaje de la sinagoga de Nazaret, no es sorprendente que en él vengan a darse cita varios de esos elementos característicos de la cristología lucana: el cumplimiento de la promesa, la centralidad de los pobres y el universalismo. Al menos esos tres. Veamos.

El nuevo Isaías: nada de "vuelva usted mañana"

Nos resultan familiares expresiones del tipo 'el nuevo Adán' o 'el nuevo Moisés' como esquemas empleados por los evangelistas para comprender la persona y

misión de Jesús. Aunque sin excluir otros, San Lucas acude igualmente al registro profético. Así sucede con Samuel, tal y como descubrimos en la comparación del Magníficat de María y del Cántico de Ana. Así sucede también con Isaías: con él y como él, Jesús puede acreditarse como ungido, depositario de la misión de anunciar una promesa –buena noticia– que procede de Dios.

Pero hasta ahí llegan las coincidencias porque solo Jesús está en condiciones de proclamar que esa buena noticia *"se cumple hoy"*. La promesa de Dios no es un eterno 'vuelva usted mañana', sino que se realiza en la persona de Jesús. El mismo Espíritu que le mueve al anuncio le capacita para el cumplimiento. Jesús lo sabe, lo celebra y, por eso mismo, su visión de la vida está empapada de esa honda alegría que, a precio de ser tachado de *"comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores"*, le distancia de los rigores ascéticos del Bautista, último de los profetas y síntesis de todos ellos. Con Jesús se inaugura el Reinado de Dios, con la pequeñez y aparente insignificancia de un grano de mostaza, es verdad, pero también con toda su potencia y capacidad de crecimiento. He aquí una de las certezas creyentes que Lucas ofrece a los 'teófilos', no vaya a ser que presten oídos al 'vuelva usted mañana'.

Buena noticia para los pobres

El Reino de Dios llega para alegría de los pobres. Ríos de tinta teológica han corrido acerca del concepto evangélico de pobres, sin que estos –quizás por suerte– se hayan enterado ni siquiera remotamente de estar siendo objeto de tamaña atención intelectual. Parece claro que no podemos proceder a una reducción económica de su significado, pero tampoco cabe, para disgusto de los

seudoespirituales, ningún significado auténtico al margen de su acepción primera: es pobre quien no tiene lo necesario para vivir.

Afectados por los aires culturales dominantes, en algunos círculos cristianos se tiende a seudoespiritualizarlo todo, para acabar por medir la autenticidad cristiana mediante el bienestar psicológico logrado en el cultivo de la interioridad. Hablo de falsa espiritualidad cristiana porque se construye de espaldas al criterio evangélico que permite sopesar definitivamente la moralidad de una vida humana, es decir, la parábola del juicio final, en la que Jesús *"se identifica con los pobres: los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados"*, tal y como resumía Benedicto XVI en *Deus caritas est* (n. 15). En otro lugar de esa misma encíclica recordaba que la parábola del buen samaritano *"sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente», quienquiera que sea"* (n. 25).

Pues bien, esos son los pobres para cuya alegría el Reino de Dios llega. Podremos discutir cuanto queramos acerca de una u otra teología, pero resulta innegable que la opción por los pobres se enraíza en la entraña del cristianismo. He ahí otra de las certezas que Lucas ofrece a los 'teófilos', no vaya a ser que se extravíen por rutas seudoespirituales.

El año de gracia del Señor y punto final

Si Jesús es Isaías, se trata, desde luego de un Isaías muy nuevo. En la sinagoga de Nazaret su libertad vuelve a sorprendernos en el mejor estilo del *"se les dijo..., pero yo les digo..."*. Y es que se niega a aceptar que el Reino que arranca tenga nada que ver con lo que el viejo Isaías llamó *"el día de venganza de nuestro*

Dios" y que el judaísmo solía aplicar amenazadoramente a los paganos. Según esa expectativa judía (Is 61,4-9), Israel estaba llamado a ser el pueblo *"sacerdotal"* y la *"raza bendita"* a cuyo servicio Dios habría de colocar a los *"extranjeros"*. Allí donde Isaías dejó escrito *"un año de gracia de Yahveh y un día de venganza de nuestro Dios"*, Jesús no acierta a leer más que *"un año de gracia del Señor"*. ¡Bendita censura!

No hay, por lo tanto, lugar para la venganza, por muy atroz que sea la historia de los imperios sufridos por Israel ¡y por muchísimos otros pueblos! Egipcios, persas, griegos, romanos, aztecas, españoles, rusos, estadounidenses... de lo que se trata no es de escribir nuevas páginas de esa historia, sino de cambiar de historia, precisamente por ser esa todo un museo de atrocidades. No hay lugar para la venganza. En Jesús todo es bendición para todos. He ahí una nueva certeza que Lucas ofrece a los 'teófilos', no vaya a ser que sucumban a la tentación de trazar fronteras para la Buena Nueva.

¿Castigo de Dios?

(Jb 7, 1-4. 6-7; 1 Co 9, 16-19. 22-23; Mc 1, 29-39)

La vida humana está atravesada por el sufrimiento. Alguien decía que la historia es el matadero de los pueblos (yo añado que de unos más que de otros), sentencia grandisonante, pero muy ajustada si pensamos en catástrofes naturales, epidemias, conquistas…

También cada una de nuestras existencias individuales está poblada de dolor, de nuevo unas más que otras, pero todas ellas en alguna medida: la desdicha de unos padres cuyo hijo ha sido tiroteado en un callejón cualquiera, el drama de un enfermo terminal, el rompecabezas y rompecorazones de un padre de familia que ha perdido su puesto de trabajo, el mal trago de un desengaño amoroso… son otros tantos lances de sufrimiento.

La historia no registra ni rastro de un pasado paradisíaco. Todas sus páginas están manchadas de sangre y arrugadas por lágrimas. El sufrimiento siempre ha sido huésped indeseado de los seres humanos y, como es normal, sobre su sentido o razón de ser nos hemos preguntado y seguimos preguntándonos con tozudez. Los creyentes, por nuestra parte, no solo no estamos exentos de ese ejercicio crítico, sino que en él militamos en primera fila.

Ya el pueblo judío se interrogó una y otra vez sobre el sufrimiento. Una primera respuesta consistió en atribuirlo al castigo divino por el pecado, de modo que a los buenos les iría bien y a los malos mal.

Frente a esa tesis tradicional de la política del palo y tentetieso practicada por Yahveh se alzó el autor del libro de Job. Narra el dramático malestar físico y

moral de un hombre justo (retratado desde el primer versículo como *"íntegro y recto, temeroso de Dios y alejado del mal"*) y, sin embargo, sufriente. La obra no representa un simple artificio literario ni un mero laboratorio mental, sino el fiel reflejo de una experiencia común, la del dolor de los amigos de Dios. No es menos verdad que el libro, aunque contestatario por atribuir a Satán la autoría directa del mal, permaneció preso de la mentalidad tradicional, aunque solo parcialmente: en la medida en que su final (42,10-17) relata cómo *"el Señor cambió la suerte de Job"* para venir a restaurarle en su salud *("murió muy anciano y colmado de días"*), en su descendencia y en su propiedad –más aún, le *"duplicó todo lo que tenía"*–, con lo cual su autor dejó restablecida la anterior ecuación justicia = bienestar.

La fecha de composición del libro de Job es incierta, pero cabe estimar que probablemente fue escrito en el siglo V antes de Cristo, a pesar de lo cual la mentalidad tradicional siguió campeando a sus anchas en el pueblo de Israel hasta la época de Jesús. Ustedes recordarán, por ejemplo, el pasaje en que sus propios discípulos le preguntan a propósito del ciego de nacimiento: *"¿Quién pecó, él o sus padres?"* (Jn 9,2). Salta a la vista la certeza que la pregunta supone: si hay sufrimiento, necesariamente tiene que haber pecado; no saben quién es el pecador, pero de que lo hay, lo hay.

Espero que recuerden con igual claridad la respuesta dada por Jesús: *"Ni él pecó ni sus padres"*, lo que es tanto como decir que también Jesús rechaza la mentalidad tradicional, solo que él lo hace sin medias tintas. No es verdad que el sufrimiento humano pueda ser atribuido a ningún látigo divino, ni que la salud robusta que procura longevidad, la descendencia extensa y la propiedad abundante constituyan signos inequívocos de la bendición de Dios.

Pero hay otra razón más amplia y más profunda que obliga a un cristiano a rechazar la comprensión del sufrimiento como castigo divino. Los cristianos aceptamos que Dios es como Jesús nos lo ha mostrado y no de otra manera. Estamos convencidos de que, cuando Jesús actúa, es Dios mismo quien actúa en él, hasta el punto de que quien le ve a él ve al Padre (Jn 14,9). Ahora bien, ¿qué es lo que en Jesús encontramos? ¿Existe algún relato evangélico de un –digamos– milagro de castigo? ¿Dónde se narra cualquier tipo de acción de Jesús mediante la cual haya buscado penalizar, aquejar o poner a alguien a sufrir? La última vez que hice esa pregunta de viva voz me topé con un señor que jaló dialécticamente del pasaje de la maldición de la higuera estéril (Mc 11,12-14). Traté de hacerle notar que se trata, en efecto, de una higuera, pero, sobre todo, que, dado el lugar que el pasaje ocupa en el evangelio de Marcos, ese árbol estéril tiene todo el aspecto de no ser sino un símbolo de la esterilidad en que se hallaba sumido el templo de Jerusalén.

Ahora bien, no es solo que no existe ningún lugar en los evangelios que permita atribuir a Jesús ni la más mínima voluntad de crear dolor (pienso en los canónicos, porque las cosas pintan muy de otra forma en algunos de los apócrifos, pero los apócrifos apócrifos son), sino que, muy al contrario, de él únicamente se testimonia lucha contra el sufrimiento en cualquiera de sus formas (el relato de la sanación de la suegra de Pedro es uno de tantos). En el Jesús contado por los evangelistas encontramos siempre y solamente bendición, curación, pasión por la vida, apuesta por la felicidad humana. Jesús es evangelio, buena noticia. Así es Jesús y, por lo tanto, así mismo es también Dios. En cristiano no existe ninguna buena razón que permita colocar en Dios el origen o la causa de ningún sufrimiento humano. Más aún, hacerlo es blasfemo. Por supuesto, podemos

ponernos a corregir a Jesús, pero, en esa misma medida, nos alejamos del cristianismo.

Me atreveré a escribir algo más: nuestro dolor alcanza a Dios. Los cristianos no creemos en un Dios olímpicamente ajeno al sufrimiento humano. Decía en una ocasión el papa Francisco que Dios *"llora por las víctimas"* de los terremotos del centro de Italia, de las bombas de Siria y de todas las guerras desatadas para *"adorar al Dios dinero"*. Así es: sabemos que Dios llora, pero no porque lo diga el papa, sino –*"quien me ve a mí, ve al Padre"* (Jn 14,9)– porque Jesús lloró compasivamente la desgracia de Jerusalén (Lc 19,41) o la muerte de Lázaro (Jn 11,35).

Y todavía una última cosa: el Dios encarnado que es Jesús se encontró no del lado de los verdugos, sino del de las víctimas. También en su patíbulo se manifiesta Dios. Poner en Dios la mínima voluntad de sufrimiento humano resulta, además de blasfemo, estúpidamente injusto.

Lo curioso es que, veinte siglos después de Jesús, la mentalidad que he llamado tradicional sigue muy presente en medios cristianos: muchos siguen entendiendo el sufrimiento como castigo divino. Recuerden la valencia punitiva que algunos creyeron ver, por ejemplo, en pandemia del sida o, más recientemente, la del coronavirus. Recuerden, en un plano más cotidiano, frases del tipo *"Dios es el que sabe"* o *"Dios lo ha querido"*, que atribuyen a Dios algún tipo de connivencia con el mal. Se diría que nos obstinamos en no escuchar a Jesús.

La pregunta acerca del sufrimiento nos desazona profundamente porque, existiendo Dios como existe y amándonos como nos ama, no somos capaces de entender tanto sufrimiento. Necesitamos imperiosamente una respuesta. Si no

acertamos a encontrarla y ni siquiera a husmearla o barruntarla, es preferible que no digamos ni media palabra. Vale más un silencio que una mala respuesta. Entonces la pregunta seguirá desazonándonos, es verdad, pero al menos no habremos abusado del nombre de Dios corrigiendo a Jesús. Nunca perdamos de vista, en todo caso, que Dios es tal y como Jesús nos lo muestra: siempre y solo fuente de bendición y de vida.

La alegría de Jesús y la tristeza de Narciso
(Hch 20,35)

No es extraño que la lectura del evangelio me produzca la sensación de que Jesús se repite como la morcilla, es decir, que hay muy poca variedad en el tipo de cosas que hace y que dice. Sucede lo mismo con otros maestros de sabiduría: Confucio, Sócrates, Gandhi…

En un primer momento uno descubre eso con una cierta sorpresa, pero más tarde acaba por pensar que es lógico que así sea. No es maestro el que sabe muchas cosas o dispone de mucha información (eso es, más bien, una memoria USB de 40 Gb). Es maestro el que sabe las cosas esenciales de la vida, que no son tantas. Por eso llama la atención sobre ellas una y otra vez.

Pues bien, esos maestros parecen haber insistido en que las orientaciones fundamentales que podemos imprimir a nuestras vidas son básicamente dos. De ahí que el evangelio nos hable, por ejemplo, de amontonar tesoros en la tierra o en el cielo, de entrar por la puerta ancha o por la estrecha, de construir una casa sobre arena o sobre roca, de echarse a dormir o permanecer en vela, de ser servido o servir…

El número de orientaciones básicas de la existencia, los 'paraqués' que podemos proporcionar a nuestras vidas son básicamente dos. Uno puede vivir para los demás y uno puede vivir para sí mismo. Se puede ser un Jesús y se puede ser un Narciso.

El mito de Narciso relata la desventura de un joven extraordinariamente bello y estúpidamente enamorado de sí mismo, tanto que aquella vez que se acercó a un

río para beber y vio su rostro reflejado en la superficie del agua quiso abrazarse a sí mismo con tal profusión y entusiasmo que acabó por perder el equilibrio y ahogarse en su propia imagen.

Traigo a colación esta narración mítica porque me parece que en ella cristaliza una experiencia sólidamente sedimentada generación tras generación: una persona vuelta sobre sí misma es una persona que se ahoga; una vida centrada en sí misma es una vida que se estrecha; el ser humano más egoísta es el ser humano más infeliz.

Jesús expresaba eso mismo a su manera. Él decía, según Pablo, que *"hay más alegría en dar que en recibir"* (Hch 20,35). Y de eso vivió (esta vez no es un mito). El *"hombre para los demás"* llamó Dietrich Bonhoeffer a Jesús en el esbozo de un libro sobre la Iglesia preparado en la cárcel berlinesa de Tegel, a la que se había visto arrastrado a causa de su oposición al nazismo y que resultó ser la antesala de un cadalso. ¡Dichosos Jesús y Bonhoeffer! ¡Desventurado Narciso!

Dos viudas y un solo gesto

(1 Re 17, 10-16; Hb 9, 24-28; Mc 12, 38-44)

Esta vez la lección procede de dos viudas, la de Sarepta y la de Jerusalén. Su enorme generosidad, solo visible para quienes saben contar bien, prefigura el ofrecimiento salvador llevado a cabo por el mismísimo Jesús.

Comieron él, ella y su hijo

El ministerio de Elías debe entenderse como reacción profética de la fe en Yahveh frente a la progresión de la idolatría conocida por el reino de Israel en el transcurso del siglo IX, particularmente durante el reinado de Ajab. El juicio del autor sagrado acerca de ese rey no permite dudar de la gravedad de la situación: *"Hizo el mal a los ojos de Yahveh más que todos los que fueron antes que él"* (1 Re 16,30). Se refiere, muy especialmente, a la difusión social y al reconocimiento oficial del culto a Baal. En este contexto, el propio nombre del profeta viene a expresar sintéticamente el sentido de su misión: Elías significa 'Yahveh es mi Dios'.

Hostigado por aquellos cuya infidelidad denuncia, Elías debe acogerse a la hospitalidad de una viuda pobre en la ciudad de Sarepta. La generosidad de esta mujer, bendecida por Dios y recordada mucho tiempo después por el propio Jesús (Lc 4,25), tiene todo el sabor de la radicalidad evangélica: al compartir con Elías sus escasos medios materiales de subsistencia está llevando a cabo una auténtica donación personal. Representado anticipadamente –prefigurando, como les gusta decir a los teólogos– el sentido de la vida de Cristo, también ella salva al precio de sí misma.

Cristo se ha ofrecido

En efecto, es en la donación de sí mismo donde el autor de la carta a los Hebreos viene a cifrar la autenticidad del culto cristiano y su especificidad por relación a la liturgia del templo judío.

Una vez al año el Sumo Sacerdote de Israel rememoraba el ritual de ratificación de la antigua Alianza realizado por Moisés (Ex 24,3-8). Procedía a rociar con la sangre de un animal inmolado tanto el Sancta Sanctorum, lugar que significaba la presencia de Dios, como al pueblo deseoso de obtener la purificación de los pecados.

En cambio, la nueva y definitiva Alianza, realizada en Cristo, ha sido posible por el derramamiento de su propia sangre como culminación de toda una trayectoria de donación de su propia persona. Entrar en esta economía de salvación cristiana, en este nuevo dinamismo de relación con Dios, comporta necesariamente el seguimiento de Jesús para entregar la propia vida en las mil formas en que es posible descentrarse de uno mismo para servir a los demás. Como lo hizo la viuda de Sarepta..., y también esta otra de Jerusalén.

Ha echado todo lo que tenía para vivir

Ciertamente, también en el caso de esta mujer tenemos a la vista un gesto de auténtica donación personal. De ahí que el comentario de Jesús, que no se deja embelesar en modo alguno por el ruido de las monedas de la clase perfumada, resulta completamente elogioso: *"Les aseguro que esta pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie"* porque –esta es la piedra de toque– *"ha echado todo lo que tenía para vivir"*.

He ahí su lección de esta mujer, que, en el marco de la tercera jornada de Jesús en el templo de Jerusalén, el evangelista presenta como contrapunto de la altanería de los letrados, los aristócratas del saber, señalados por Jesús a causa de sus abusos económicos y de su religiosidad del figureo.

Y he ahí también la lección de Jesús, que muestra una vez más una extraordinaria capacidad para ver profundamente la realidad y desbordar así la opinión pública de su tiempo. Sabemos que, en la mentalidad judía de la época, la mujer era valorada sobre todo en función de su marido, por lo cual la viuda aparecía como el prototipo de la persona desamparada, socialmente estéril, cuya existencia se toleraba, pero en modo alguno se apreciaba. Pues bien, la fina sensibilidad de Jesús, que no es otra que la de Dios para con los pequeños, acierta a descubrir la verdad de un (cuantitativamente) ridículo donativo de una mujer (socialmente) insignificante: se trata de un gesto de disponibilidad radical. Este es desde entonces y para siempre el criterio cristiano que permite medir la acción: la entrega personal que en ella toma cuerpo.

Los verdaderos discípulos de Jesús han heredado de él esa misma capacidad intuitiva que permite percibir la autenticidad de los seres humanos, de sus relaciones mutuas y de su relación con Dios. También Santiago, por ejemplo, será consciente de que la actitud de los letrados no es realmente religiosa –meros fuegos artificiales– porque la religión pura a los ojos de Dios consiste en la defensa del huérfano y de la viuda (St 1,27). El propio Marcos, al presentar este relato de la viuda del templo de Jerusalén, no hace sino resumir un mensaje que atraviesa todo su evangelio: la verdadera gloria a Dios es servicio y es don.

Lecciones de un no cristiano

(Jn 1, 29-34)

Supongo que no será necesario desplegar el argumentario para poder afirmar que Juan Bautista no fue cristiano. Ahora bien, eso no impide reconocer, ni de lejos, lo mucho que debemos aprender de su personalidad quienes sí lo somos. Estoy pensando, muy especialmente, en su forma de relacionarse con Jesús. Quizás por esa razón, entre otras, Juan Bautista tiene un lugar propio y bien merecido en la liturgia cristiana, hasta el punto de que su nacimiento se celebra con toda una solemnidad. Dos son los rasgos de su talante que me propongo destacar.

En Juan llama la atención, para empezar, una apertura al futuro que no reniega del presente. Él es la voz que advierte de que el Señor viene. Es hombre de adviento, de esperanza, de anuncio de la salvación de Dios a punto de realizarse. Sin embargo, Juan no es un soñador idealista que pierda contacto con la realidad. Muy al contrario, tiene los ojos abiertos de par en par. Sabe identificar a Jesús cuando se hace presente, discernir los lugares de la presencia de Dios y detectar la salvación cuando esta se encuentra cerca. Al ver a Jesús Juan exclama: *"Tras de mí viene uno que está por delante de mí. Yo no lo conocía..., lo he visto y he dado testimonio de que ése es el Hijo de Dios"*. Apertura al futuro y atención al presente.

El segundo rasgo de la personalidad de Juan sobre el que cabe llamar la atención es –digamos– el de su humildad activa. Es hombre de acción y de compromiso. Se las ha ingeniado para poner en marcha un movimiento de renovación religiosa y de conversión que se expresa mediante ese gesto bautismal que le vale su sobrenombre. Es consecuente, hasta el punto de no dejarse amedrentar por las

amenazas de los poderosos y de perseverar en la denuncia de sus comportamientos abusivos e injustos, aunque por ello deba pagar el alto precio de la prisión y de la muerte. Entre miel silvestre y langostas (fueran estas insectos o vainas de algarrobo), su vida es coherente con su mensaje de austeridad.

Y todo ello desde la más sana de las humildades. Juan sabe y dice que él no es el portador definitivo de la salvación de parte de Dios y que, por lo tanto, la suya no es la última palabra. Sabe retirarse a tiempo. Es muy elocuente en ese sentido el pasaje evangélico en que se cuenta que algunos de sus discípulos llegan hasta él y, entre alarmados y celosos, le dicen: *"Maestro, mira, el que estaba contigo, aquel de quien diste testimonio está bautizando y todos se van con él"*. La respuesta de Juan es de una elegancia moral y de una finura religiosa extraordinarias: *"Mi alegría* –dice– *ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que no disminuya"* (Jn 3,25-30).

¿Y qué tal si también nosotros fuéramos humildemente activos? Vale para el caso la imagen mitológica griega de la equidistancia entre Escila y Caribdis. Se trata de que acertemos a evitar tanto el extremo de la sobreestima como el de la falsa humildad: no estimarnos en más de lo que somos o valemos, pero tampoco en menos aparentando una humildad que, en realidad, es cuento chino porque solo sirve como coartada para no hacer lo que puede y debe ser hecho.

De Juan podemos aprender a poner todas y cada una de nuestras posibilidades al servicio de la causa de Jesús, con realismo y con esperanza, con humildad y con determinación. Hacerlo pone en camino para poder un día exclamar: *"Mi alegría ha alcanzado su plenitud"*.

Cuidarnos unos a otros con cariño

(Mt 18, 15-20)

Importaba mucho a Mateo –y con razón– que sus hermanos judeocristianos no transportaran a la Iglesia las mañas aprendidas en la sinagoga. Esa preocupación motivó todo el capítulo 18 de su evangelio, que suele denominarse eclesial. En él presenta el tipo de relaciones que deben existir entre los discípulos de Jesús, es decir, la conducta que resulta adecuada dentro de una comunidad cristiana.

Pues bien, uno de los comportamientos que Mateo considera definitorios de dicha comunidad es la corrección fraterna. El mensaje es suficientemente claro y no hay por qué complicarlo. La idea de fondo es conocida: el cristiano no es una persona aislada, sino que es miembro de una comunidad; y una comunidad no es un conjunto de personas yuxtapuestas, sino una red de relaciones que hace que las formas de vida de los unos influyan sobre las de los otros.

Menciono la idea de fondo porque únicamente si se tiene en cuenta el ideal comunitario cobra sentido esa práctica de la corrección fraterna que el evangelio espera de los cristianos.

Es evidente que la realidad de nuestras comunidades eclesiales –parroquiales u otras– se encuentra lejos de parecerse a la comunidad soñada por Jesús, pero la función del evangelio no consiste en fotografiar nuestro presente, sino en proponernos un horizonte para que sepamos en qué dirección hemos de seguir caminando con vistas a la renovación de las comunidades cristianas.

En dicho horizonte ocupa un lugar destacado la práctica de la corrección fraterna: *"Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos"*. Es el primer

paso que han de dar los miembros de la comunidad que Jesús ha querido. Hay otros pasos posteriores (el recurso a uno o dos testigos más y, finalmente, a toda la comunidad), pero ese primero es obligatorio. Quien no lo dé no tiene derecho a dar ninguno más.

Es un paso difícil porque pone a prueba la calidad del compromiso comunitario. Es un paso fraterno porque ha de realizarse con cariño y delicadeza, sin olvidar que una verdad tirada a la cara con desprecio deja de ser una verdad para convertirse en un arma arrojadiza. Es un paso prudente porque hablar con alguien permite escuchar las razones que tiene o las situaciones en que se encuentra y que quizás uno no puede ni siquiera sospechar. Es un paso solidario porque compromete al corrector con el corregido en la búsqueda de una salida.

Ese es, y con esas condiciones, el primer paso que hay que dar. Y después –insisto– vienen los otros dos. Se trata de una secuencia, es decir, de una sucesión ordenada, de modo que aquí no vale en absoluto eso de poner el carro delante de los bueyes.

Llama la atención, por lo demás, que ni siquiera al final de la lista habla Jesús del derecho a criticar despiadadamente a un hermano a sus espaldas. Y, desgraciadamente, es por ahí –por la puñalada trapera– por donde solemos empezar. Se diría que algunos se entrenan con auténtica pasión para el día en que el chismorreo sea admitido entre los deportes olímpicos. De él deberíamos cuidarnos mucho. No cabe banalizarlo alegando que, después de todo, solo son palabras que se lleva el viento. También las palabras agreden, hieren y duelen. Bien dice el papa Francisco: “El chismorreo es como un sarampión, que se mete y

se mete… y no se puede vivir sin sacarle el cuero al otro". Ya Santiago, mucho antes que él, advirtió sobre las lenguas rebosantes de *"veneno mortífero"* (3,8).

Es evidente que los hombres y mujeres de nuestra sociedad moderna –también nosotros– somos muy sensibles a la autonomía personal, es decir, a la idea según la cual cada uno ha de ser el responsable último de su propia existencia. Eso es altamente positivo, porque permite que nos tratemos unos a otros no como menores de edad, sino como los adultos que somos. Ahora bien, una cosa es eso y otra muy diferente es permitir que en nuestras comunidades se viva de acuerdo con ese individualismo rampante expresado en dichos como 'que cada uno haga de su capa un sayo' o 'que cada palo aguante su vela'.

La contrapartida de la práctica de la corrección fraterna consiste, obviamente, en saber acoger las correcciones fraternas. Si en el primer punto pecamos de chismorreo, aquí solemos hacerlo de susceptibilidad y falta de humildad: cualquier observación crítica nos parece un boche tremendamente ofensivo, poco menos que una declaración de guerra nuclear.

El evangelio nos pide que desarrollemos un fino sentido de la responsabilidad comunitaria, del tal forma que los unos cuidemos de los otros con cariño para ir acercándonos poco a poco al ideal de la comunidad soñada por Jesús.

Las heridas del Resucitado

(Hch 2,42-47; 1 P 1,3-9; Jn 20,19-31)

Dice el refrán que *"por las vísperas se conocen las fiestas"*, pero, como sucede con muchos de ellos, también este merece una buena corrección: a veces, solo a veces. La Pascua, fiesta grande donde las haya, no tiene vísperas. Lo que sí tiene son siete semanas en las que, con posterioridad a la vigilia pascual, la liturgia va desgranando el rico, múltiple y profundo significado de la resurrección de Jesús para permitirnos saborear, como decía el salmista (118,22), que *"la piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular"*. La alegría, la vida comunitaria y la paz son algunos de esos significados del acontecimiento pascual.

Verdades que amueblan cerebros

Supongo yo que a nadie le cambia la vida saber que Julio César buscó la amistad de Cicerón sin conseguirlo o que Napoleón no pedía a Josefina amor eterno sino únicamente sinceridad. Son informaciones que, por supuesto, no nos hacen ningún daño y hasta pueden nutrir nuestra erudición, pero que tampoco nos aportan ningún sentido. Son bienvenidas en la medida en que amueblan nuestros cerebros, pero de ningún modo consiguen hacer blanco en el corazón.

Existe, en cambio, un género de verdades que tienen una honda raigambre existencial y que nos revolucionan la vida hasta el punto de dividirla en un antes y un después. Así es como vivieron los primeros discípulos de Jesús el acontecimiento pascual. Su encuentro con el Señor marcó el comienzo de un renacimiento en el que nada volvió a ser igual. Por eso Pedro no puede por menos que dar rienda suelta a su alabanza: por la resurrección de Jesús, Dios nos ha hecho nacer de nuevo; y por eso Juan ofrece su testimonio entusiasmado: para

que en Jesús tengamos vida. La alegría, la vida comunitaria y la paz emergen con pujanza en el horizonte de quienes saben que Jesús vive y que es el Señor.

Les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría

No es cualquier alegría la que se apodera de los discípulos. No es la que queda en la superficie por llover sobre mojado, sino la que se experimenta cuando se está *"con las puertas cerradas por miedo a los judíos"*: encerrados, agazapados, frustrados, desconcertados... Es la alegría de quienes han asistido a la condena de Jesús por parte de la autoridad religiosa y a su ejecución a manos del poder imperial. Es la alegría de quienes han vivido, como un aguijón, el dolor de la cruz.

El Resucitado tiene heridas. Es verdad que su forma de vida es completamente nueva –ha sido glorificado, exaltado, ascendido–, pero se trata del mismísimo Jesús. Solo quienes se han dejado apasionar por su proyecto –el Reino de Dios– y se duelen de la violencia que este sufre pueden vivir el acontecimiento pascual como una plenitud de alegría. Solo quienes se han felicitado de ver a Jesús sentado a la mesa de Zaqueo, conversando con la samaritana, entrando en casa de un extranjero, tocando a un leproso, defendiendo a los pobres o declarando que el sábado está hecho para las personas están en condiciones de disfrutar el nuevo horizonte que, con su resurrección, Dios abre para todos sus hijos. No hay cosecha pascual sin siembra del grano de trigo.

¿No andaremos nosotros celebrando a un 'resucitado' sin heridas? ¿No pretenderemos construir alegrías huecas sin haber tomado nuestra propia cruz? Estar dispuestos a entregar la propia vida es paso obligado hacia la vida nueva. No hay atajos.

Los hermanos eran constantes en la vida común

Levantándose al momento, los discípulos de Emaús volvieron a Jerusalén para contar a sus compañeros que habían reconocido a Jesús en la fracción del pan. (Nunca mejor dicho lo de 'compañeros', del latín *cum* y *panis*, es decir, aquellos con quienes se comparte el pan.) También María Magdalena –la apóstol de los apóstoles, que decía Santo Tomás de Aquino– se dio mucha prisa en llegar hasta ellos para contarles que había visto al Señor. Si las ovejas se dispersaron tras la herida del pastor, su nueva presencia vuelve a reunirlas. La Pascua alumbra la Iglesia, la comunidad reunida por Jesús y en torno a Jesús.

La Iglesia nos permite, como a Tomás, el encuentro con el Resucitado. La fe de los cristianos es una relación personal con el Señor, pero nada tiene de individualista. La fe encuentra su ámbito en la Iglesia, es eclesial.

Ahora bien, si la alegría pascual no es una alegría cualquiera, tampoco es Iglesia cualquier asociación en la que se entone el 'Señor, Señor'. La Iglesia es la comunidad que vive del Espíritu exhalado por Jesús. Es San Lucas quien ofrece el pasaje en el que siempre se han reconocido los elementos constitutivos de la comunión eclesial (*koinonia*): la enseñanza y el anuncio de la Palabra (*martyria)*, la celebración de la fe (*leiturgia*) y el servicio mutuo y al mundo (*diakonia*). Ésa es la comunidad alumbrada por la Pascua y, por lo tanto, el espejo que, como si del de la reina del cuento de Blancanieves se tratase, siempre nos dice la verdad, a veces dura, acerca de nuestra propia práctica eclesial.

Estamos mucho más preocupados por la cantidad de personas que asisten a misa que por la calidad de nuestra comunión. Con la mejor intención del mundo hemos incorporado el término 'comunidad' a nuestro lenguaje sobre la Iglesia, pero bien

sabemos que no se trata de ningún fetiche del que quepa esperar mejoras automáticas, sino que es en la vida de cada día donde construimos la comunidad que vive del Espíritu entregado por Jesús.

Shalom: un saludo y todo un programa

"Paz a ustedes" es saludo del Resucitado. Puede entenderse, además, como todo un programa de vida. Pero se trata, claro está, de la paz en sentido bíblico, o sea, del *shalom*. En el transcurso de una lectura anoté alguna vez que con ese antiguo saludo semita se indica lo completo, lo cabal, lo sano, lo colmado. La paz así entendida designa todo aquello que hace posible una vida armónica y que contribuye al pleno desarrollo de lo humano: un estado de fraternidad y de justicia. Por eso contemporáneamente solemos decir –y no nos falta razón– que la paz es el fruto maduro del respeto de los derechos humanos.

En el Nuevo Testamento, el término griego *eirênê* –también significa paz– suele venir acompañado de otras palabras que lo complementan y que resultan muy esclarecedoras: va de la mano del amor, de la vida, del honor, de la honradez, de la misericordia, de la rectitud, de la alegría…

Nada tiene, pues, de extraño que una comunidad que hace de la paz su programa y su tarea resulte expansiva casi sin pretenderlo. *"Día tras día el Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando"*. Una comunidad en paz y para la paz es fácil y altamente creíble.

A todas las generaciones de cristianos alcanza la enhorabuena del Resucitado: *"Dichosos los que crean sin haber visto"*. Para nosotros ha escrito

Pedro: *"No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en Él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado"*. Que así siga siendo.

Conmemorar a nuestros mayores en la fe
(1 Ts 4, 13-18; Jn 14, 1-4)

Vivimos en un mundo crecientemente fascinado por la belleza y el vigor corporales. La rápida proliferación –al menos entre quienes pueden permitirse el lujo de lo superfluo– de gimnasios, pasarelas de moda y cirugías estéticas induce a pensar que, frente a la experiencia de la limitación y del progresivo deterioro de los cuerpos que somos, estamos obstinándonos en la táctica del avestruz.

Peor aún, por más que haya buenas razones prácticas y, específicamente, sanitarias, la expulsión de la muerte de nuestras casas, calles e incluso iglesias para su reclusión en lugares especializados parece sugerir que el superhombre que creemos ser no goza de los suficientes arrestos como para encarar su propia finitud y prefiere vivir de espaldas a sí mismo. En la medida en que morirse esté pasando a ser 'políticamente incorrecto', en esa misma medida estamos sumiéndonos en la alienación.

Una conmemoración que reconcilia

La conmemoración anual de todos los fieles difuntos debería permitir, entre otras cosas, que los cristianos nos reconciliemos con nosotros mismos y asumamos la finitud de nuestra condición humana, por más que eso no suceda nunca sin dolor.

Es evidente que la conciencia anticipada de la muerte –se trata, por cierto, de una de las formas de pensar el privilegio de nuestra especie– aflige, defrauda y zozobra. Bien saben eso los autores bíblicos: Pablo escribe para que los suyos no se aflijan y sientan defraudados; Juan para que no pierdan la calma. Más aún, la

certeza de la propia muerte crea una profunda e intensa angustia que abona algunas de nuestras más feroces luchas contra el silencio de Dios.

Una esperanza que consuela

Los cristianos no creemos única y exclusivamente en el Dios creador que llama a los seres a la vida, sino también en el Dios providente que los sostiene amorosamente en la existencia.

Esa fe no representa un accesorio cualquiera del cristianismo, sino que tiene su quicio en esa excelente *"prueba de que Dios nos ama"* (Rm 5,8) que es el misterio pascual de Jesús, *"el primogénito de entre los muertos"* (Col 1,18). El mismo Espíritu *"Señor y dador de vida"* que resucitó a Jesús es derramado sobre todos aquellos hermanos suyos que hemos de resucitar en Él. Por eso dice San Pablo como Palabra del Señor que *"si creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él"*.

Una fidelidad que culmina

Es importante no perder de vista que los cristianos conmemoramos a los fieles que ya han muerto o, dicho de otra forma, la fidelidad de nuestros mayores en la fe. Debería tratarse, por lo tanto, de una memoria agradecida hacia los cristianos de todas las generaciones: ellos han contribuido a hacer posible que la antorcha de la fe se encuentre hoy depositada en nuestras manos.

Es verdad que la fidelidad de muchos de nuestros mayores ha sufrido fisuras lo suficientemente graves como para que no podamos celebrarlos entre todos los santos. Pero no por ello deja de tratarse de fieles, es decir, de personas que han tratado de vivir en el seguimiento de Jesús y que, en medio de sus propias

mediocridades e infidelidades, nunca han dejado de aspirar a la perfecta comunión con él.

Pues bien, esa misma fe que ellos nos han legado nos invita a celebrar que la misericordia del Señor sabrá perfeccionar la comunión lograda, conducir a feliz término sus cortos recorridos, culminar sus medias fidelidades (¡y las nuestras!), porque la voluntad de Jesús, tal y como nos hace saber el evangelista Juan, es que los suyos estén donde está él.

Una metáfora valiente

Gracias a la resurrección de Jesús, los cristianos tenemos la certeza de que solo Dios tiene la última palabra y que se trata, como siempre, de una palabra de vida. Aceptamos que la muerte es un paso –ciertamente oscuro y doloroso, pero en definitiva un paso– hacia la vida plena. Los primeros cristianos llegaron a denominar a la muerte de los mártires el *dies natalis*, el día de su nacimiento… el nacimiento, claro, a la vida de verdad.

Resulta muy sugerente esa imagen del nacimiento. Es una metáfora valiente, aunque solo sea por paradójica. ¿Y si la muerte fuera, sencillamente, una especie de segundo parto? Nacer comporta abandonar ese pequeño cosmos de placidez y de seguridad que para cada niño representa el vientre de su madre; abandonarlo en medio de incógnitas, de malestares, de sinsabores y de estrecheces. Nacer es una pérdida –¿qué duda cabe?–, pero es esa pérdida la que hace posible que podamos ver el rostro de nuestras madres, seguir creciendo a su lado y llegar un día a decirles gracias.

Nadie tan ciego como quien no quiere ver

(1 S 16, 1-13; Ef 5,8-14; Jn 9, 1-41)

Juan ha recogido con esmero el encuentro de Jesús con un hombre enfermo y marginado, a quien suele conocerse como el ciego de nacimiento (no es el Bartimeo de Mc 10); marginado –digo– en todos los sentidos, también en el religioso porque la enfermedad era socialmente vista como castigo divino, ¿y qué podría Dios castigar sino el pecado?

Ni siquiera los discípulos de Jesús escapaban a esa asociación entre enfermedad y pecado: *"Maestro* –le preguntan–*, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?"* (Jn 9,2). Conste que no estaban descubriendo la pólvora china porque ya en el libro del Éxodo (20,5-6) estaba dicho: *"Yo Yahveh, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y tengo misericordia por millares con los que me aman y guardan mis mandamientos"*. Esa y no otra es la razón por la que la Regla de los purísimos de Qumram excluía de la comunidad a *"todo el que esté contaminado en su carne, cojo, ciego, sordo, mudo o contaminado en su carne con una mancha visible a los ojos"*. Y también lo es de la losa que los fariseos de nuestro relato hacen pesar sobre el ciego: *"Has nacido todo entero en pecado"*.

Seguramente ustedes recuerdan la respuesta de Jesús a la mencionada pregunta de sus discípulos: *"Ni él pecó ni sus padres"*, lo que equivale a romper para siempre la asociación entre enfermedad y castigo. Desde entonces los cristianos no tenemos ninguna buena razón para ver manos divinas detrás de desgracias humanas, por más que algunos tontos religiosos sigan obstinados en hacerlo cada vez que ocurre, por ejemplo, un terremoto o un huracán.

El relato, por lo demás, funciona como un juicio. Hay acusadores (los fariseos, representantes de la ley), hay acusados (el ciego y también Jesús por transgredir el sábado), hay testigos (los padres del ciego) y hay sentencia condenatoria (la expulsión o el rechazo). Al final, gracias a esa formidable capacidad de Jesús para dar vuelta a las situaciones, sucede, como en el pasaje de la mujer adúltera, que son los propios acusadores quienes van a verse delatados y puestos en entredicho. Nadie es tan ciego como el que no quiere ver.

El relato del ciego de nacimiento no es meramente la historia de una curación, sino también de una auténtica transformación personal. Es un relato de conversión, que invita a abrir los ojos; a encontrar en Jesús –allí confesado como *"luz del mundo"*– lucidez para entender y vivir la vida; a renovar la mirada sobre las situaciones, los acontecimientos y las personas; a ver el mundo como Dios lo ve. *"Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad"*, escribe San Pablo a los cristianos de la comunidad Éfeso.

La consideración de la curación del ciego de nacimiento en paralelo con la elección de David narrada en el primer libro de Samuel pone muy a la vista otro de sus significados: que Dios se fija en los pequeños y despreciados en las tasaciones al uso. San Pablo dirá en otro lugar: *"Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir lo fuerte"* (1 Co 1,27). Jesús elige a ese ciego excluido frente a la arrogancia y seguridad de los fariseos.

Valga un último apunte: el relato presenta a un Jesús formidablemente libre, que vive de dos principios fundamentales: el ser humano es más importante que la

ley; Dios es más grande que todas y cada una de las religiones, las habidas y las por haber.

Confiar en el sembrador y en la tierra buena
(Mt 13,1-8)

"Salió el sembrador a sembrar y, al hacerlo, parte de la semilla cayó junto al camino, vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en un pedregal, donde no había mucha tierra, y brotó enseguida porque la semilla no tenía profundidad en la tierra; pero al salir el sol la abrazó, y por no tener raíz se secó. Otra cayó entre zarzas; las zarzas crecieron, la ahogaron y no dio fruto. Otra parte cayó en tierra buena y dio fruto lozano y crecido, una treinta, otra sesenta y otra ciento".

El Reino de Dios sufre violencia. No solo está amenazado desde el comienzo, sino que también parece encontrarse inexorablemente abocado al fracaso. Es como una siembra echada a perder por la hostilidad del medio. Es verdad que el grano es bueno y el sembrador generoso –siembra a voleo–, pero se encuentra en inferioridad de condiciones. Las adversidades le sobrepasan. Todo esfuerzo será en vano.

Así razona el discípulo de Jesús pesimista, desalentado. No es necesariamente un haragán, un flojo o un indolente. Quizás se trate de alguien cansado por trabajos arduos, herido en luchas tenaces. Quizás sobreestimó sus fuerzas y se deja abatir ahora que siente que le flaquean y comienzan a abandonarle.

Jesús no le miente. No le pinta un futuro de rosas, medallas y arcos de triunfo. *"Les perseguirán y llevarán ante los tribunales..."* (Mt 24,9). *"El que quiera ser mi discípulo..., que tome su cruz y me siga"* (Mt 16,24). Jesús no pretende reconstruir su ilusión y constancia sobre promesas huecas, sino sobre la confianza: la confianza en su palabra, que no pasará; la confianza en la fidelidad

de Dios, comprometido con cada una de nuestras vidas y con nuestra historia; y la confianza también en aquellos que son tierra buena, de esa que da fruto abundante.

Es verdad que, en la experiencia de Jesús, esa tierra buena no son los más prestigiosos e influyentes a los que se refiere Mt 11,25: los *"sabios y entendidos"* (¡qué formidable ironía de Jesús!), los saduceos, los cortesanos…. La tierra buena son las prostitutas, los publicanos, los extranjeros, los pobres, los pecadores… No son los más prestigiosos e influyentes, pero ahí están y su testimonio es ampliamente suficiente para admitir la capacidad del corazón humano para aceptar la oferta de Dios.

Muchos encaran sus primeros compromisos pastorales como quien va a comerse el mundo, en el buen sentido de la palabra. Y –si me permiten– bien está que así sea, porque eso les induce a ser audaces, generosos y esforzados. Luego 'llega Paco con la rebaja' y algunos se desinflan y tiran la toalla. Otros aciertan, a pesar de los pesares, a depositar su confianza en la fidelidad de Dios y en la fertilidad de la tierra buena.

Evangelizar con Jesús

(Lc 10, 1-12. 17-20)

Inmediatamente después de presentar a un Jesús reafirmado en su decisión de ir a Jerusalén y en el novedoso contexto de esa inquietante situación, Lucas aborda la radicalidad que exige el seguimiento de Jesús. Por tres veces este llama a alguien a unírsele, por tres veces la reacción consiste en un 'sí, pero' y por tres veces la respuesta de Jesús viene a ser una especie de 'no hay pero que valga'.

Después, ya en el capítulo 10, pero a renglón seguido, Lucas hace reaparecer el tema de la misión: Jesús envía a setenta y dos discípulos a anunciar el Reino de Dios.

Seguimiento y envío: dos temas aparentemente distintos, pero que en realidad no lo son, puesto que identificarse con Jesús no puede dejar de implicar compartir su misión. Ambos, además, están compuestos en la misma clave: *"deja que los muertos entierren a sus muertos"*, se lee a propósito del seguimiento; y *"no os detengáis a saludar a nadie por el camino"* cuando se trata de la misión. Están compuestos en clave de radicalidad, tienen ese sabor fuerte del que siempre anda necesitada la condición humana, por más que no sea del gusto de nuestros días.

Las 'ensoñaciones' de Jesús y nuestro 'realismo'

"¡Pónganse en camino! Miren que les mando como corderos en medio de lobos. No lleven talega, ni alforja, ni sandalias; y no se detengan a saludar a nadie por el camino". A la vista de pasajes de este tenor, que encontramos muy presentes a lo largo y ancho de los cuatro evangelios, siempre estamos tentados de pensar que Jesús es extremista e ingenuo, que no debería ser tan exigente, que una cosa son

los sueños y otra muy distinta la realidad de la vida… Y la realidad de la vida –de la que nosotros hemos decidido vivir, evidentemente– solemos expresarla en consideraciones y sentencias de este tipo: *"Todos tenemos el corazón a la izquierda, pero el billetero a la derecha"*, *"el que quiere hacer el ángel hace la bestia"*, *"quien no es revolucionario a los veinte no tiene corazón; quien sigue siéndolo a los cuarenta no tiene cabeza"*, *"nadie tiene la obligación de ser un héroe"*… y por ahí nos fuimos.

Estas reflexiones que, de una u otra forma, casi todos nos hacemos y que consideramos muy pertinentes y juiciosas no son, en el fondo, sino escondites en los que nos agazapamos para poder ignorar, sin por ello perder la buena conciencia, que las palabras de Jesús, por muy radicales que sean –o, quizás, precisamente porque lo son–, se dirigen precisamente a todos y cada uno de nosotros.

En lugar de hacer pesar sobre Jesús la sospecha de ser un soñador trasnochado, deberíamos pararnos a pensar si no resultará ser que nosotros incurrimos en cinismo, es decir, si no habremos perdido la vergüenza a la hora de justificar lo cristianamente injustificable. En lugar de reprochar a Jesús su falta de realismo, no estaría de más que nos preguntáramos si no nos habremos acostumbrado tanto a las negociaciones y a las medias tintas que encontrarnos con un hombre de una pieza, en el fondo, nos da miedo.

Frente a Jesús todos estamos tentados de buscar una fórmula intermedia, algo que ante la llamada al seguimiento y al envío nos permita decir un 'sí, pero'. El único problema es que con Dios no se negocia. O nos abrimos o no nos abrimos a su llamada, y el decir 'sí' nos inicia en un camino que desbarata nuestras

previsiones y que, a veces, no sabemos hacia dónde conduce y todavía menos cómo acaba.

Una cosa es la radicalidad y otra el puritanismo

La llamada al seguimiento de Jesús y su envío tienen aire de radicalidad –no cabe duda–, pero –de esto tampoco la cabe– nada tienen que ver con el puritanismo, forma de espiritualidad que corresponde a la vieja ley o, por lo menos, a la vieja interpretación de la misma, y que en los relatos evangélicos se encuentra encarnada en el fariseísmo. Si quisiéramos perfilar con un par de pinceladas la mentalidad puritana podríamos decir que es autosuficiente y dualista.

Es autosuficiente porque confía en las propias fuerzas para realizar el comportamiento considerado como puro, religioso, adecuado... Se trata de una espiritualidad comercial: intenta plantear una relación con Dios en términos de mérito y de intercambio. Y precisamente por eso no sabe de misericordia con el hermano menos fuerte o más torpe (que se lo pregunten al hijo pródigo o al publicano que subió al templo para orar). La espiritualidad evangélica, por el contrario, se construye sobre la aceptación de la iniciativa divina, que es pura gracia. De ahí que sea incapaz de condenas o de descalificaciones globales.

La mentalidad puritana es dualista: divide el mundo en lo puro y lo impuro, lo sagrado y lo profano. Considera que existen personas, espacios, tiempos... sagrados y profanos. Y entiende, por supuesto, que los primeros son infinitamente más importantes que los segundos... siempre sería más importante presentar la ofrenda ante el altar que reconciliarse con el hermano o llegar inmaculado al templo que contaminarse con el desgraciado caído en la vera del camino. La espiritualidad evangélica, por el contrario, es radical: afecta a la raíz

misma de la existencia de la persona y, por lo tanto, se expresa en todos sus momentos, en todas sus actividades y en todas sus relaciones.

Pues eso, que Jesús quiere discípulos radicales. Los puritanos de su tiempo lo tenían atragantado. ¡Lástima que los del nuestro hayan podido cavar su hueco en la Iglesia y que, no pocas veces, logren incluso pasar por muy buenos cristianos!

Clérigos y laicos

En el capítulo 9 de su evangelio San Lucas relata la misión de los doce y en el 10, como he dicho, la de otros setenta y dos discípulos.

Se trata de una distinción que ha servido para justificar durante muchos siglos una diferenciación excesiva y, sobre todo, muy mal planteada entre clérigos y laicos, llegándose al extremo de hablar de *"dos géneros de cristianos"* (Decreto de Graciano). A raíz del Concilio Vaticano II se ha pretendido que los llamados laicos recuperen su responsabilidad eclesial y misión cristiana. Y ello con todo el fundamento evangélico del mundo, porque Lucas, el único que distingue entre la misión de los doce y la de los setenta y dos, subraya al mismo tiempo el paralelismo existente entre una y otra; y no solo en el orden de los pequeños detalles, sino en el objetivo mismo de la misión: todos son enviados para el anuncio del Reino de Dios.

El clericalismo, con todo, sigue bien instalado en nuestros tuétanos. Y mucho me temo que tenemos para rato, puesto que no parecemos capaces de sustituir, de una vez por todas, el binomio clérigos-laicos por el de comunidad-ministerios.

Para seguir dando pasos en la buena dirección, deberíamos pararnos a pensar –todos, toditos– de qué lado nos colocamos cuando oímos a Jesús decir: *"La mies*

es mucha, pero los obreros pocos”. ¿Nos ponemos del lado de la mies o del lado de los obreros? Los llamados clérigos deberían saber que también ellos son mies, no vaya a ser que se asfixien a base de echarse tanto incienso. Los llamados laicos deberían saber que también ellos son obreros, no vaya a ser que se concedan el privilegio de unas vacaciones indefinidas.

No existen profesionales de la evangelización y quien pretenda serlo está jugando a una de las más peligrosas versiones del *monopoly*. Todos somos obreros en el anuncio del evangelio. O mejor, mucho mejor, todos somos las dos cosas: mies y obreros, receptores y transmisores del evangelio de Jesús.

El labrador aguarda paciente el fruto de la tierra (St 5,7-8)

Aire limpio y luz bella. Casi dos mil años han transcurrido desde aquella mañana en que un nazareno de tez morena –resultó ser Dios– echó a andar por los caminos de su tierra. Hacía saber a todos de palabra y de obra que la promesa se había cumplido. Era hora de cambiar el sayal por el vestido de fiesta. El Reino de Dios –decía– está entre ustedes. Echen mano a sus corazones. ¿Están a punto para el amor de Dios? ¿Serán capaces de una vida fraterna? Si no es así, es el momento de darles la vuelta.

Juan estaba encarcelado –entonces, como ahora, los opresores vivían de la quimera de querer sujetar la libertad al extremo de una cadena– y hasta su calabozo llegaron los ecos de la buena nueva estrenada en Galilea. Mandó a dos de sus discípulos a preguntar a Jesús: *"¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?"*. Jesús respondió: *"Vayan a anunciar a Juan lo que están viendo y oyendo: los ciegos ven y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia ¡Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí!"* (Mt 11,2-5). El profeta Juan debió entender y poner a reír sus sueños. La cosa estaba clara: de la mano de Jesús, el Reinado de Jesús empezaba a germinar en medio del pueblo.

O quizás la cosa no estaba tan clara. Esto es, al menos, lo que decían los aguafiestas defraudados. Se habían hecho un dios a su medida y aquel, el de verdad, se les quedaba ridículamente pequeño, extrañamente cercano, sospechosamente sincero. Tampoco los satisfechos –¡faltaría más!– tardaron en sentir amenazados sus privilegios y sucedía entonces, como ahora, que los

violentos no dudaban en silenciar la verdad con truenos. Se las ingeniaron para poner la ley de su lado. Asesinaron al nazareno.

Todo pareció recuperar, de repente, su grisácea normalidad. El agua volvía a su cauce y la gente a sus tristezas. Todo pareció punto y final, pero no pasó de punto y seguido. Solo Dios –¿cuándo nos convenceremos?– es dueño de la última palabra. Y esa palabra, anunciada por los discípulos a los cuatro vientos, habría de seguir con toda libertad recorriendo los caminos, resonando en las plazas y llamando a las puertas: ¡Jesús vive! Dios lo ha resucitado y constituido Señor de vivos y muertos. Conviértanse, créannos. Él viene ya, con paso ligero, a nuestro encuentro. Enjugará de nuevo las lágrimas de nuestros ojos, curará nuestras heridas, dará luz a los ciegos, alzará a los postrados, resucitará a los muertos, liberará a los oprimidos, acogerá a los extranjeros… Despierten, desperécense. Se acerca, radiante, la primavera y la luz de la mañana viaja con ella.

Casi dos mil años hace de todo esto, era de penumbra y tirante espera. Muchos, cansados y abatidos, se entregan complacientemente al sueño. El Señor se retrasa. ¡Hay tanta polilla en nuestros corazones y tanto dolor en nuestras casas! ¿Para cuándo la prometida alegría entera? Algunas lámparas se apagan. Otras, testarudas, desafiantes, aferradas al día que se acerca, no dejan de ofrecer esperanza, humilde pero luminosa, a los compañeros de espera.

Y vuelve a oírse la voz del profeta: *"Tengan paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. El labrador aguarda paciente el fruto valioso de la tierra mientras recibe la lluvia temprana y tardía. Tengan paciencia también ustedes, manténganse firmes, porque la venida del Señor está cerca"*.

Talento para evangelizar

(Hch 15, 1-35; Mt 25, 14-30)

Se diría que la parábola de los talentos no es del estilo de Jesús. Muchas veces he observado que personas de finura evangélica reaccionan ante ella con perplejidad. Entienden, de una u otra forma, que Jesús incurre en contradicción o, al menos, que se aleja de la imagen de Dios y del tipo de relaciones entre los seres humanos que anuncia y defiende en otras ocasiones, las más.

Si tenemos en cuenta la opción de Jesús por los pequeños, los fracasados, los pecadores, los infelices..., ¿podemos entender esta parábola como una apología del hombre ambicioso y acumulador? Ciertamente no. Si tenemos en cuenta el rostro paterno de Dios que el propio Jesús ha experimentado y predicado, ¿podemos entenderla como presentación de un Dios injusto al punto de quitar a quien tiene poco para dar a quien tiene mucho? Ciertamente, tampoco.

Conviene, pues, no dejarse paralizar por el desconcierto primero que produce una lectura superficial de la parábola, para tratar de descubrir su sentido profundo. Si hubiera que expresar dicho sentido en un nuevo título, yo no la llamaría 'parábola del hombre ambicioso' ni del 'Dios injusto', sino 'parábola de la libertad y responsabilidad de los discípulos de Jesús'. Vamos por partes.

La parábola tiene un tono realmente grave y severo que parece poder explicarse por la proximidad de la hora de la pasión. Estamos en el capítulo 25 del evangelio de san Mateo, en el que se recogen distintas parábolas e intervenciones habladas de Jesús. Justamente al acabar ese capítulo, Mateo hace saber a sus lectores que los sumos sacerdotes y los notables de Israel deciden dar muerte a Jesús. A estas alturas de su vida, Jesús sabe que su enfrentamiento con las autoridades conduce

a un desenlace fatal. Tiene conciencia de su inminente partida y pone en manos de sus discípulos y amigos la misión que ha dado sentido a su vida: el evangelio del Reino de Dios. Él está a punto de culminar su tarea. Se acerca la hora de los discípulos, de su iniciativa y responsabilidad para hacer fructificar el evangelio y proclamar el Reino de Dios.

"Los dejó encargados de sus bienes… y luego se marchó", se lee en la parábola. No hay consignas concretas. Y eso es precisamente lo que sucede con Jesús y la misión confiada a sus discípulos: no hay consignas concretas, ni fórmulas cerradas, ni recetas infalibles que permitan resolver todo tipo de problemas en todo tipo de nueva situación.

Y los problemas no suelen hacerse esperar. Mucho más temprano que tarde, los discípulos se encontrarán en coyunturas nuevas que plantearán preguntas igualmente nuevas y desafíos inéditos.

Por ejemplo el llamado Concilio de Jerusalén hubo de discernir si procedía o no difundir el evangelio más allá de las fronteras del judaísmo y sin exportar sus leyes, ritos y costumbres. Se trata de una cuestión que la primera generación cristiana tuvo que encarar y que, por más que a nosotros nos resulte difícil de sopesar, en su tiempo constituyó un auténtico quebradero de cabeza y de corazón, tan auténtico que zarandeó la unidad de la Iglesia. Lucas compuso el correspondiente relato sin aplicar cosméticos, de modo que en él hizo aparecer sustantivos y adjetivos como "*inquietud*", *"desconcierto*", *"altercado"* y *"violenta discusión"*. Para resolver dicho problema –a lo que íbamos– los discípulos no pudieron extraer de su memoria de Jesús una respuesta completa y acabada por la sencilla razón de que esa respuesta no existía.

Es la hora de la libertad de los discípulos. Es el tiempo de su responsabilidad, creatividad y habilidad para realizar la misión que Jesús les ha encomendado. Se reúnen, dialogan y concluyen: *"El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido"* que es necesario desbordar el judaísmo sin sentirse maniatados por sus leyes, ritos y costumbres. *"El Espíritu Santo y nosotros"*. Es también la hora del Espíritu Santo. Él les acompaña en el ejercicio de su libertad para que sus respuestas nuevas a situaciones igualmente nuevas estén en sintonía con evangelio de Jesús.

Algo muy parecido nos ocurre a nosotros veinte siglos después de aquella primera generación cristiana. Nuestro mundo cambia a velocidades vertiginosas y tenemos conciencia de que nuestra misión como Iglesia transcurre en medio de situaciones políticas, económicas y culturales cambiantes. De vez en cuando escuchamos a los nostálgicos que tratan de hacernos creer con sus lamentos que hace cincuenta o sesenta años –o en un pasado impreciso y, en realidad, mitológico– todos los vientos soplaban a favor del cristianismo: más vocaciones sacerdotales, más práctica sacramental, mejor prestigio de la Iglesia, mayor respeto por las cosas de la fe... No pasan de ser cantos de sirena que pueden conducirnos a arrecifes que, con toda seguridad, nos harán naufragar. ¿Vamos a dejarnos convencer de que cualquier tiempo pasado fue mejor? ¿Vamos a pasar la vida entre quejas y lloriqueos? ¿Vamos a ponernos a la defensiva y a esconder el evangelio para que no se contamine con los nuevos aires? ¿Vamos a dejarnos agarrotar por el miedo?

No debe perderse de vista que el tercer empleado de la parábola, el que queda mal parado, es precisamente aquel que se ha dejado bloquear por el miedo: *"Señor, sabía que eres exigente; tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra"*. Y tampoco perdamos de vista que lo que él considera una actitud prudente y

conservadora es, en realidad, una práctica disparatada y ruinosa: *"«Fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo». El Señor le respondió: «Eres un empleado negligente y holgazán»"*. Chúpate esa mandarina.

La vorágine de transformaciones políticas, económicas y culturales en que nos hallamos envueltos encara a la Iglesia con desafíos tan graves como novedosos. La fidelidad al evangelio de Jesús exige que seamos evangelizadores creativos, desacomplejados, positivos, valientes y orientados al futuro. Si las comunidades cristianas se dejan anquilosar por el miedo a la novedad y se refugian perezosamente en el pasado debe ser que no confían suficientemente en la presencia activa del Espíritu Santo. De ahí a poner a buen recaudo el talento recibido no hay ni medio paso.

"El Espíritu Santo y nosotros –decían los primeros cristianos– *hemos decidido…"*. ¿Nadie tendrá el coraje de volver a decirlo?

Entre miedos anda el juego

(Jr 20, 10-13; Rm 5, 12-15; Mt 10, 26-33)

"No tengan miedo", *"no tengan miedo"*, *"no tengan miedo"*. Con tal insistencia: hasta tres veces en tan solo un puñado de versículos tiene lugar esa exhortación de Jesús a superar cobardías y a vivir valientemente en su seguimiento.

Y a nosotros nos viene como anillo al dedo. Porque, aunque la humanidad –sobra decirlo– siempre haya sido vulnerable al miedo, es probable que dos características esenciales de nuestra cultura estén haciendo que nuestras generaciones se encuentren agarrotadas por otros tantos miedos específicos. Por un lado, esa fascinación por la previsibilidad que constituye el alma de una civilización científico-técnica y que fácilmente nos induce a rehuir todo aquello que no esté atado y bien atado. Por otro, esta situación de pluralismo social que, cuando no se digiere adecuadamente, genera un pudor tonto que impide afirmar en público la propia identidad por temor a incurrir en lo 'políticamente incorrecto'. Y en ese mismo sentido podría también citarse, ahora en el ámbito estrictamente eclesial, la obsesiva táctica de cerrar filas que ha cundido durante las últimas décadas en nuestras comunidades y ámbitos académicos y que no pocas veces nos priva de la necesaria libertad de palabra intraeclesial… sigue privándonos porque ¡como que no logramos zafarnos de la consigna!

No se trata, evidentemente, ni de querer tirar por la borda la utilidad de la ciencia y de la técnica, ni de pretender minar la legitimidad de la diversidad de opiniones, ni tampoco de poner en solfa la unidad de la comunidad eclesial; la unidad necesaria, claro, que mal rima con la uniformidad: *"haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo"* (Gaudium et spes 92). No se trata, digo,

de nada de eso, sino únicamente de la necesidad de asumir que una vida evangélica comporta riesgos para así poder encararlos con valentía. Dejémonos advertir y alentar por Jesús.

Como corderos en medio de lobos

Los textos de Jeremías y de Mateo evocan dos situaciones históricas distintas y distantes, pero que tienen mucho en común: tanto el profeta como los discípulos de Jesús se ven confrontados a serias amenazas en la realización de su misión. El profeta percibe que hasta sus amigos acechan su traspié. El hilo conductor de todo el capítulo 10 del evangelio de Mateo, por su parte, no es otro que las dificultades que comporta el anuncio del Reino de Dios en el seno del pueblo de Israel, hasta el punto de que Jesús es consciente de estar enviando a sus discípulos *"como corderos en medio de lobos"* (10,16), que no son otros que los fariseos (9,34; 10,25), campeones del fundamentalismo religioso.

Y también sucede, tanto para el profeta como para los discípulos, que tales amenazas producen miedo, amedrentan, hacen mella en su primera respuesta a la vocación, pudiendo incluso conducirles hasta la infidelidad y la traición. La verdad es que no es para menos cuando de amenazas físicas se trata, como era el caso.

Tenemos miedo

La mayor parte de nosotros, felizmente, no vivimos en tiempo de catacumbas. No sentimos físicamente amenazada nuestra existencia. Vivimos en sociedades pluralistas, en las que –al menos en algún grado no despreciable– tienen cabida diferentes visiones religiosas y, en general, concepciones de la vida. Dicho lo cual,

eso no nos priva del miedo a las consecuencias que pudiera tener para nosotros el ser en todo coherentes con el evangelio de Jesús.

Mirémonos por dentro y seamos honestos. Tenemos miedo a que Jesús complique nuestra vida. Por ejemplo, obligándonos a incurrir en algún tipo de ilegalidad (que no siempre, ni mucho menos, coincide con injusticia, por más que el nombre oficial de los tribunales así lo pretenda). Por ejemplo, haciéndonos perder el prestigio o la consideración entre nuestras amistades (generalmente poco dadas a la cercanía de 'radicales y extremistas'). Por ejemplo, poniéndonos en situación de asumir compromisos de por vida (esos que tan mal casan con el sentido de la libertad al uso, que es individualista y corto de miras: 'yo, aquí y ahora'). Por ejemplo, zarandeando nuestras seguridades o arruinando nuestro bienestar, ese que nos ha ido proporcionando una vida de trabajo, de esfuerzo, de disciplina, de organización (vida perfectamente legítima y necesaria, por lo demás). Por esas o por otras y parecidas causas tenemos miedo a que Jesús complique nuestra vida.

Sean valientes: íntegros, veraces, libres

Es verdad que el miedo tiene mucho de natural e incluso –me atrevería a decir– algo de positivo, por la sencilla razón de que nos permite evitar algunos peligros innecesarios. Pero no es de temeridad de lo que se trata. Se trata de *parresía*, palabra apreciada por los autores neotestamentarios –la emplean unas cuarenta veces– y que solemos traducir por valentía. Etimológicamente significa algo así como 'libertad para decirlo todo'. Por eso, tanto para el ámbito de las relaciones públicas como para el de la vida privada, designa un modo de situarse y de comportarse caracterizado también por la entereza, la veracidad y la libertad. El

miedo, en efecto, es enemigo de la entereza, de la veracidad y de la libertad. Y sin ellas, claro, no hay posibilidad alguna de servir al evangelio. El miedo suele exagerar la amenaza –cuando no la crea– y dramatizar la realidad hasta el punto de alienar y anular a las personas.

Pues bien, *"no tengan miedo"*. Tal es la insistente exhortación de Jesús. En positivo: sean íntegros, veraces, libres. Sean valientes.

Semejante exhortación, por lo demás, presupone la conflictividad que va asociada al seguimiento de Jesús; y eso de forma necesaria en un mundo de pecado, hasta el punto de que la ausencia de problemas y amenazas en la vida de un cristiano constituye todo un signo de, por lo menos, flojera evangélica. ¿Por qué, si no, habría de llamar Jesús a los discípulos a tomar la propia cruz como condición para seguirle? Confesarle no consiste en recitar a pies juntillas el credo nicenoconstantinopolitano como penitencia de una confesión dicha entre labios sobre un reclinatorio de iglesia. Consiste, como él mismo indica, en ponerse de su parte, optando así por su proyecto de fraternidad siempre, también cuando la tan a menudo necesaria defensa de la dignidad humana implique conflictos en los que vamos a sentirnos amenazados.

Bien podemos y debemos, como Pablo, ser conscientes de la importancia de nuestras limitaciones para estar a la altura de la *parresía* evangélica. Pero también podemos y debemos, igualmente como él, confiar en que allí donde abunda la debilidad humana, allí desborda la gracia de Jesús.

Manos quizás limpias, pero ciertamente vacías
(Lc 12,15-21)

"Las fincas de un hombre rico dieron una gran cosecha. Y él pensó: «¿Qué haré, pues no tengo dónde almacenar mis cosechas?». Y se dijo: «Destruiré mis graneros, los ampliaré y meteré en ellos todas mis cosechas y mis bienes. Luego me diré: tienes muchos bienes almacenados para largos años; descansa, come, bebe y pásalo bien». Pero Dios le dijo: «Insensato, esta misma noche morirás. ¿Para quién será lo que has acaparado?». Así sucederá al que amontona riquezas para sí y no es rico a los ojos de Dios".

A pesar de que se lo piden, Jesús se niega a hacer el oficio de partidor de herencias. Prefiere llamar la atención sobre el problema fundamental de la riqueza y de las falsas seguridades; sobre el espejismo de un hombre que confía en la seguridad que le ofrece aquello de lo que dispone; sobre la trampa que le tienden sus medios de garantía de un porvenir feliz. Al final se encuentra con las manos vacías. No las tiene sucias, sino vacías. Vivir de sí mismo y para sí mismo –enseña Jesús– es una insensatez. Y a continuación: la verdadera riqueza, la sensata, consiste en buscar el Reino de Dios; en poner todos los medios no al servicio de la propia seguridad, sino del proyecto de la fraternidad efectiva de los hijos de Dios.

Muchos de nuestros contemporáneos viven preocupados por la seguridad, pero otros han llegado a convertirla en una auténtica obsesión. Recuerdo como sintomático el eslogan de un anuncio pasado hace tiempo por televisión. Una compañía aseguradora decía algo así como: *"Nos gustaría que un día pudiéramos asegurárselo todo"*. ¡Todo! Estupidez o mentira... *tertio excluso*. Quizás sea ese

deslumbramiento de la seguridad el que conduce a muchos a desatender determinadas cuestiones existenciales, de honda raigambre antropológica y en las que no caben seguridades, sino solo opciones, y a veces arriesgadas.

Todos, de una u otra forma, buscamos seguridad: unos en el dinero, en el poder, en el prestigio; otros en las relaciones personales de dependencia (sadomasoquistas, diría un psicólogo), en la formación profesional, en el beneplácito de la autoridad, en la acumulación de títulos universitarios, en la media naranja perfecta... Obsesiones de seguridad que no nos permiten ser ricos a los ojos de Dios.

Tengo para mí que en la dificultad de nuestras instituciones religiosas para alumbrar proyectos evangélicamente imaginativos y fecundos existen buenas dosis de pánico ante la incertidumbre o, lo que es igual, de obsesión por la seguridad.

No pretendo que la búsqueda de seguridad sea siempre y necesariamente ilegítima. Pero deberíamos permanecer en guardia frente a sus versiones insensatas, aquellas que no nos permiten ser ricos a los ojos de Dios, es decir, ser fieles a la vocación evangelizadora que es inherente a nuestra condición de cristianos. No andamos tras Jesús para nosotros mismos, sino para servir a nuestros hermanos. Si olvidamos esta verdad elemental, es posible que terminemos nuestros días sin habernos ensuciado las manos, pero es seguro que las tendremos vacías.

Tempestades

(Jb 38, 1. 8-11; Mc 4, 35-40)

Ante el pasaje evangélico de la tempestad calmada, como antes muchos otros, tenemos dos posibilidades. Podemos interpretarlo literalmente y entonces resulta bonito, pero superficial: un 'chachipiruli' sin significado alguno para nuestras vidas. También podemos intentar una lectura más profunda, que abra nuestros ojos a su riqueza y su sentido.

Pues bien, si se renuncia a la literalidad del 'chachipiruli', en el relato de la tempestad calmada pueden descubrirse al menos tres significados: respecto de Jesús, respecto de la Iglesia y respecto de cada uno de los creyentes. Veámoslos brevemente y en ese orden.

Es verdad que los evangelios contienen elementos de información acerca de lo que Jesús dijo e hizo, pero fundamentalmente son respuestas a la pregunta ¿quién es Jesús? No son biografías o historias de Jesús, sino testimonios de fe en él. Esto, que es cierto para los evangelios en general, adquiere una especial relevancia en algunos textos, como el aquí comentado, donde de forma explícita los discípulos se preguntan: *"¿Pero, quién es este?"*. La respuesta dada por el evangelista es la siguiente: este es Dios. Por supuesto, dicha respuesta es ofrecida de forma didáctica, es decir, adaptada al horizonte mental de los destinatarios, según el cual el señorío sobre los elementos de la naturaleza es característica exclusiva de Dios, el único, por ejemplo, en condiciones efectivas de decirle al mar, como en el libro de Job: *"Aquí se romperá la arrogancia de tus olas"*.

El pasaje también contiene una enseñanza relativa a la Iglesia. En ese grupo de discípulos que, habiendo aceptado dirigirse a donde Jesús les señala, se adentran

en una formidable tormenta los Padres de la Iglesia siempre vieron una imagen de la comunidad cristiana, que, a pesar de todos los pesares de sus autoridades y de sus miembros, no se ha ido a pique en su larga navegación histórica porque Jesús está en ella y seguirá estándolo *"hasta el final de los tiempos"* (Mt 28,19).

Y no falta, como digo, una enseñanza respecto de los cristianos individualmente tomados, que a veces cuestionamos nuestra fe. Lo hacemos cuando experimentamos el sinsentido propio y ajeno; cuando nos visita el dolor; cuando la muerte se hace presente en nuestro entorno; cuando tenemos noticia de que algunas causas nobles son derrotadas; cuando vemos a los corruptos cosechar éxitos a costa de los virtuosos; cuando conocemos el sufrimiento de los inocentes a causa de la injusticia de los poderosos…

Estas y otras son nuestras tormentas y, entonces, como los discípulos, preguntamos: *"¿Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?"*. Nos gustaría una intervención directa, inmediata y definitiva, pero muy a menudo no encontramos sino silencio (como si Dios estuviera echándose la siesta *"sobre un almohadón"*), y entonces seguimos preguntando: *"¿No te importa que nos hundamos?"*.

Ese cuestionamiento de nuestra fe no debería asustarnos. No es necesariamente malo. Más aún, puede incluso constituir todo un síntoma de madurez cristiana, pues una fe que no se deja alcanzar por las preguntas que nacen del sufrimiento humano no es verdaderamente cristiana, sino algo próximo a una superstición. Tal cuestionamiento de nuestra fe –digo– no es negativo, a condición de que no se convierta en desconfianza, sino en plegaria. La oración, ya sabemos, a veces es gozosa, pero a veces dolorida. Importa, en todo caso, que siempre sea expresión de confianza en Dios.

Tal es, entiendo yo, el contenido catequético que Marcos propone: la confianza de que Jesús, el Señor, se encuentra siempre con los suyos, aunque a veces no obtengamos las respuestas que buscamos ni las soluciones que necesitamos o, en todo caso, las que creemos necesitar.

Fuera de sus cabales

(Mc 3, 20-35)

Lo primero que debe hacerse con este pasaje evangélico es tomar muy en serio que la familia próxima de Jesús, incluyendo a su madre, salen en su búsqueda para llevárselo a casa porque creen, con permiso de Marcos, que ha perdido la chaveta.

Se entiende que piensen de esa manera si tenemos en cuenta, en primer lugar, que cuando Jesús abandona Nazaret para emprender su misión ya no es ningún pipiolo soñador, sino un hombre hecho y derecho; y también que de un hombre hecho y derecho se espera, entre otras cosas, que funde una familia, que tenga su propia descendencia y que obtenga para ella unos ingresos adecuados.

Así concebido el varón socialmente respetable, cuadra a las mil maravillas que Jesús aparezca a ojos de muchos, incluso familiares, como un excéntrico de tomo y lomo: emprender una vida itinerante, rodar por las aldeas y caminos de Galilea sin estabilidad ni seguridad, no teniendo ni siquiera dónde reclinar la cabeza, y –lo que es peor– rodearse de gentes dizque de baja ralea... eso es censurado como deshonroso, indecoroso e indigno. Solo alguien fuera de sus cabales podría elegir semejante vida. Un hombre así es una vergüenza para sí mismo y para sus familiares.

Tampoco la respuesta de Jesús debe sorprendernos. Es la que cabe esperar de quien no reconoce otro tesoro que el Reino de Dios, su proyecto, su voluntad. Jesús dice, en efecto, que su madre y sus hermanos son los que cumplen esa voluntad de Dios. Es a estos a quienes considera los más cercanos e íntimos, y no necesariamente a los que se encuentran ligados a él por la mera biología, llámese

sangre, cromosomas o como se quiera. No pretendo que Jesús desprecie a su familia o que mantenga con ella malas relaciones, sino que no es para él lo primero de lo primero. Para Jesús, lo primero de lo primero es solo el Reino de Dios.

Además, este testimonio de San Marcos acerca de Jesús y su familia no representa un pasaje aislado en el conjunto de los evangelios. Me viene ahora a la mente ese otro de Lucas en que, cuando alguien piropea a la madre de Jesús diciendo "*dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron"*, él responde: "*Di, mejor, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen"* (Lc 11,27). O aquel otro en que, habiendo invitado a seguirle a alguien que todavía se siente demasiado atado a su familia, Jesús comenta: *"El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios"* (Lc 9,62).

Está claro, por lo tanto, que el testimonio transmitido por Marcos en el pasaje aquí comentado da la tónica de la forma en que Jesús entiende y practica la relación con su familia. *"Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres"* (Hch 5,29) dirán más tarde Pedro y los demás apóstoles a las autoridades del Sanedrín. En la conducta de Jesús eso vale también para la familia: hay que obedecer a Dios antes que a los familiares.

Las ciencias humanas y sociales enseñan con toda claridad que la vida familiar reviste gran importancia para toda persona. De ella recibimos la primera configuración de nuestra personalidad y en ella nos empapamos de los valores fundamentales que han de guiarnos por los vericuetos de la vida. Difícilmente habrá personas equilibradas e íntegras sin hogares sólidos y bien estructurados.

La Iglesia no duda en admitir esa importancia del hogar cuando afirma, por ejemplo, que la familia es la Iglesia doméstica.

Tampoco duda la Iglesia en reconocer el papel educador y ejemplar del padre y de la madre. De hecho, sigue transmitiendo el viejo mandamiento *"honrarás a tu padre y a tu madre"* (Ex 20,12) y sigue enseñando la piedad filial, o sea, el amor y el respeto entrañable que un hijo debe a sus padres. Ya San Pablo decía en ese sentido: *"Hijos, obedezcan a sus padres"*, por dos veces, una en la carta a los efesios (6,1) y otra en la carta a los colosenses (3,20).

Eso es cierto, pero igualmente lo es que Pablo añadía, también ahora dos veces: *"Padres, no exasperen a sus hijos"* (Ef 6,4; Col 3,21), es decir, no los irriten, no los enojen, no los enfurezcan. Porque las obligaciones –comento yo– son recíprocas: de los hijos hacia los padres, y de los padres hacia los hijos.

También los padres, en efecto, tienen deberes para con sus hijos y solo cumpliéndolos por el librito tienen posibilidades de llegar a convertirse en una autoridad familiar. Digo autoridad y no poder. El poder puede ser impuesto por la fuerza, incluso a trompadas, al menos hasta una cierta edad (los músculos del hijo seguirán fortaleciéndose y los del padre comenzarán a flojear). La autoridad, en cambio, se gana a pulso. Es un reconocimiento de la legitimidad para dirigir que otros nos otorgan. Y los padres –no nos engañemos– se hacen merecedores de ese reconocimiento de parte de sus hijos cuando resultan ejemplares y cumplen en lo posible sus obligaciones para con ellos.

Tengo la impresión de que en las relaciones padres-hijos se encuentran en circulación grandes dosis de chantaje en ambas direcciones. Existe chantaje de los hijos hacia los padres, y mucho más hacia las madres a base de la cantinela de la

abnegación materna, como si los hijos tuvieran derechos absolutos e ilimitados y las buenas madres fueran aquellas que tienen unas tragaderas cercanas al infinito. También existe chantaje de los padres hacia los hijos a base de monsergas rituales (la típicamente dominicana consiste en besar la mano… *"sión papi, sión mami"*), como si los padres pudieran actuar medalaganariamente y los buenos hijos no tuvieran, también ellos, derechos que deben ser respetados. Besar la mano no puede significar acatamiento de todo tipo de barbaridades. Cuando de barbaridades se trata, vale aquello de que hay que obedecer a Dios, que nunca actúa bárbaramente, antes que a los hombres, incluyendo los familiares.

La familia es el ámbito en que somos reconocidos, respetados y amados incondicionalmente: no porque tengamos dinero para comprar, como en un mercado; no porque tengamos un voto disponible, como en las campañas electorales; no porque tengamos fuerza de trabajo, como en las relaciones laborales; no porque luzcamos un torso de gimnasio, como en las redes sociales. No así, sino incondicionalmente. La familia es el ámbito del amor incondicional, pero el amor –tanto el dado como el recibido– que no comienza por respetar los derechos del otro deja de ser amor en cualquiera de sus formas y se convierte, sencillamente, en tiranía, quizás sutil, pero no por ello menos terrible.

Sacar hacia fuera y hacia arriba

(Mc 6, 46-52; 8, 14-21)

La palabra 'educación' está emparentada con la latina *educere*, que literalmente significa 'sacar hacia fuera'. Pero también significa criar... hacer crecer... sacar hacia arriba, si me permiten la pirueta etimológica. Educar significa sacar hacia fuera y sacar hacia arriba o –segunda pirueta– sacar hacia los demás y sacar hacia Dios.

Jesús es un excelente educador. Los evangelios, sobre todo el de Marcos, insisten en la dificultad de sus discípulos para entenderle, aunque no en sentido lingüístico (hablaban arameo igual de bien que él), ni tampoco intelectual o conceptual (no eran tontos de remate), sino en sentido –digamos– existencial: a los discípulos se les hace muy cuesta arriba identificarse personalmente con el proyecto de Jesús y vivir de lo que él vive. Andan excesivamente ensimismados, encapsulados en su pequeño mundo y encorvados sobre sus propios intereses.

Tarea de Jesús es educarles: sacarles hacia fuera y hacia arriba, catapultarles hacia los demás y hacia Dios. Parecen dos movimientos, pero en realidad es solamente uno. Los hermanos son siempre el camino hacia el Padre.

La frontera samaritana

(Jn 4, 1-26)

"Las músicas, las danzas varían con los pueblos... Nuestra música no es sino una música. Y, sin embargo, existe algo que merece el nombre de la música", escribió alguien. No recuerdo quién y esta vez el socorrido buscador internáutico no está en condiciones de ayudarme.

Ella no podía ni siquiera sospecharlo, pero la música avanzaba a raudales y estaba a punto de inundar su corazón. Un mediodía de fuego, un hombre, una mujer y un pozo. Sombra de datilera y sed, mucha sed.

Jesús viajaba hacia su tierra con la alegría aún tierna de la fiesta de las Tiendas. Dos jornadas de camino compartido le habían conducido desde Jerusalén hasta Sicar, al pie del monte Garizim. Otros viajeros daban un rodeo para evitar suelo samaritano, pero Jesús *"tenía que pasar por Samaría"*, escribe Juan, que no da puntada sin hilo.

Ella había vivido siempre en aquella aldea que se preciaba de hospedar el pozo de Jacob, lugar de antepasados. Era mujer de varios maridos (hace notar el evangelista, jugando así –piensa en arameo por más que escriba en griego– con la polisemia de *ba'al*, que designa tanto al marido como al falso dios), o sea, era hija de un pueblo de varios dioses. Y es que una antigua invasión asiria había convertido a los habitantes de aquella región en mestizos, extranjeros, herejes, bastardos... Así lo pretendían, en todo caso, sus arrogantes vecinos del norte y del sur, quienes veían en los samaritanos al *"estúpido pueblo que habita en Siquem"* (Si 50,26).

"¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?". El diálogo se anunciaba áspero: dos historias, dos tradiciones, dos culturas, dos pueblos… frente a frente y separados por un abismo de resentimiento y de incomprensión; y, por si fuera poco, el agravante religioso: Garizim o Jerusalén, ¿dónde había que dar culto?, ¿a cuál de los dos bandos pertenecía Dios?

La frontera lucía consistente. Todo invitaba a pensar que en torno a ella iba a repetirse la fea historia de la ponzoña gregaria y del delirio de enemistad. Así lo creía, desde luego, la samaritana, pero no Jesús, quien ya en cierta ocasión había osado elogiar la conducta del samaritano bueno frente a la estrechez religiosa de los profesionales del templo de Jerusalén. Nunca había sido amigo de banderías, y nada iba ahora privarle de su terca libertad. Ella, desconfiada, veía enfrente a todo un enemigo. Jesús, libre, veía enfrente solo a una mujer.

Cuestión de veracidad, de tacto y de paciencia. *"Si conocieras el don de Dios* –le dijo Jesús– *y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva"*. Todo requiere su tiempo, y aquella mujer hubo de tomarse el suyo para acabar por reconocer que también ella tenía sed, sed de vida, sed de humanidad, sed de Dios… Los rebaños son poderosos. No le resultó fácil desvencijar su reflejo gregario y, menos aún, su orgullo religioso, pero en aquel rostro tostado fue dejando de ver al enemigo para ir poco a poco vislumbrando, primero, a un hombre y, más tarde, a un profeta. La frontera había empezado a crujir.

Avanzaba la tarde y el diálogo sabía ya a reconocimiento y a gratitud. Todo estaba a punto para la última embestida de la libertad: *"Créeme, mujer, se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre… Los que quieren dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad"*. La

frontera que había parecido firme ahora se desplomaba. El sol fue amilanándose y pudo refrescarse el agua. Tanta libertad no podía ser del mundo. En el rostro tostado del profeta del Galilea la mujer comenzó entonces a entrever centelleos de salvación.

Jesús permaneció en Sicar dos días, el tiempo de descansar, de hacer nuevos amigos sedientos y de enseñarles a arruinar fronteras a golpe de libertad.

"No tengo la responsabilidad de ser como los demás esperan que sea. Es su error, no mi defecto". (Richard Phillips Feynman).

"Si hay una parte del mensaje cristiano que la gente ha rechazado con obstinación incomparable, es la fe en el valor de la igualdad de las almas y razas delante del Padre que está en los cielos" (François Mauriac).

El Reino de Dios sufre violencia

(Jr 20, 7-9; Mt 16, 21-27)

"Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir". A veces damos en pensar que esa frase es una romántica declaración de amor a la que solo le faltan los violines, como si Jeremías estuviera diciendo: *"Me enamoraste, Señor, y me dejé enamorar"*. La verdad es que habla de amor, pero se trata de un amor adolorido: la frase contiene una queja y un reproche. El profeta está echándole a Dios un verdadero pleito, lo que permite entender que a añada: *"Me forzaste y me pudiste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí"*.

¿Cuál es el problema? Jeremías está viviendo en carne propia que ser fiel a la causa de Dios comporta determinados sufrimientos: está viéndose desconsiderado por su amigos, despreciado por sus vecinos y perseguido por las autoridades. Tal es la experiencia del profeta Jeremías como consecuencia de su fidelidad a Dios.

Y esa misma es la experiencia de Jesús. El comienzo de su misión en Galilea debió ser muy positivo y gratificante: las gentes recibían con alegría sus palabras y sus signos, y hasta llegó a conformar un grupo de discípulos. Pero pronto pudo darse cuenta de que aparecían calumnias, intentos de lapidación, persecuciones…, en definitiva, sufrimiento y, en el horizonte, la cruz. Jesús resumía esa experiencia de conflicto con estas palabras: *"El Reino de los cielos sufre violencia"* (Mt 11,12).

Por eso advierte a sus discípulos: *"El que quiera venir conmigo, que tome su cruz y me siga"*. En los evangelios encontramos dos tipos de llamadas al seguimiento. Al comienzo Jesús dice: *"Ven y sígueme"* (Mt 4,19). Más tarde, cuando se da

cuenta de la violencia que se cierne sobre el Reino de Dios, precisa del siguiente modo: toma tu cruz, ven y sígueme.

Queda, pues, a la vista que Jesús advierte muy seriamente a sus discípulos de que ser fiel a la causa de Dios comporta determinados sufrimientos. Eso mismo aparece con toda claridad en otros muchos lugares de los evangelios. Por ejemplo, aquella vez que alguien dice a Jesús: *"Maestro, te seguiré adonde vayas"*, Jesús le advierte: *"Las zorras tienen madriguera y los pájaros nido, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza"* (Lc 9,58). En otra ocasión dice a sus discípulos: *"Les envío como ovejas en medio de lobos… Les entregarán a los tribunales y les azotarán en sus sinagogas, y por mi causa serán llevados ante gobernadores y reyes"* (Mt 10,16-19). Y en otro momento: *"Si a mí me han perseguido, también a ustedes les perseguirán"* (Jn 15,20).

Alguien podría pensar que Jesús resulta nulo en mercadeo y no seré yo quien le quite la razón. No solo no promete a sus discípulos aplausos y condecoraciones, sino que les advierte muy directamente de que la fidelidad a la causa de Dios acarrea sufrimiento.

La advertencia vale para nosotros: puede provocar muchos disgustos tratar de vivir de acuerdo con el evangelio. Puede provocar muchos disgustos perdonar en un contexto de venganza, ser agentes de paz en un contexto de violencia, cuidar del bien común en un contexto de corrupción o cultivar la vida espiritual en un contexto materialista.

Jesús no promete aplausos y condecoraciones. Lo único que promete es el reconocimiento de parte de Dios hacia aquellos que sean fieles a su causa: *"El que*

pierda su vida por mí, la encontrará (…) El Hijo del Hombre vendrá con la gloria del Padre y dará a cada uno según su conducta".

Perdón creador de futuro

(Is 43, 16–21; Flp 3, 8-14; Jn 8, 1-11)

El cristianismo puede pensarse, por diversas y muy buenas razones, una tensión hacia el futuro. Porta un mensaje de ánimo y de esperanza que permite superar nostalgias estériles y remordimientos enfermizos para encarar con resolución y responsabilidad nuestro(s) futuro(s). El perdón, por cierto, aligera el equipaje para esa marcha, a veces ardua.

Tres lecturas bíblicas y otros tantos impulsos de futuro. Isaías alienta a su pueblo desterrado mediante el anuncio de un porvenir mejor. También San Pablo se propone infundir coraje a los filipenses: compara la existencia cristiana con una carrera para invitar a los cristianos a correr hacia la meta sin volver la vista atrás. Jesús, por su parte, también apuesta por el porvenir, en esta ocasión el de una mujer sorprendida en adulterio: *"Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más"*.

La adúltera... ¿y el adúltero?

Los exégetas nos hacen notar que San Juan ha estructurado todo su evangelio como una especie de confrontación judicial entre Jesús y la autoridad religiosa judía: Jesús testimonia una y otra vez en favor de un orden nuevo basado en el amor; la autoridad o sus representantes lo hacen en favor de un orden viejo basado en la ley.

Pues bien, es justamente eso lo que sucede en el pasaje evangélico de la mujer adúltera. Los hombres de la ley, letrados y fariseos, acusan de adulterio a una mujer y parecen dispuestos a ejecutar la pena máxima prevista por la ley, nada

menos que la muerte por lapidación. Ello les sitúa en una posición de fuerza y les permite intentar poner a Jesús en un aprieto.

Jesús, por su parte, mediante la confrontación de cada cual con su propia conciencia, se las ingenia para crear un clima en el que la condena resultaría una locura completa y manifiesta, es decir, poco menos que imposible. Después, él mismo ofrece su propio perdón. De ese modo, la mujer se ve liberada de su pasado y es exhortada a cambiar de conducta.

(Por cierto, supongo que ustedes habrán observado muchas veces que aquellos hombres de la ley no repararon en la existencia del adúltero. ¿Será que mis luces no dan para entender que es posible sorprender a una mujer en flagrante adulterio sin sorprender simultáneamente un hombre en el mismo adulterio y con la misma flagrancia? ¿O será que el hombre se encontraba bajo la mágica capa de invisibilidad de Harry Potter, procurada, en este caso, por el machismo imperante?).

Perdón multiplicador y doblemente liberador

La conversión y la celebración del perdón de Dios no pertenecen a la cuaresma, sino a la vida cristiana en toda su largura y anchura, de modo que permanentemente se nos urge a que seamos portadores de ese mismo perdón.

No faltan excepciones notables (bien representadas en la parábola del siervo que fue incapaz de perdonar 100 denarios tras haber recibido el perdón de 10.000 talentos: proporción aproximada de 1 a 625.000), pero el dinamismo del perdón induce a quien se siente perdonado a saber perdonar con igual generosidad. Y su perdón tiene, al menos dos, efectos.

El perdón, en primer lugar, libera a la persona que ha faltado u ofendido. Condenar a alguien es negarle toda posibilidad de cambio, esto es, de conseguir un futuro distinto para sí mismo y en su relación con los demás (es exactamente eso lo que en la parábola del padre misericordioso quiere hacer el hijo mayor con su hermano pequeño: tirarle a la papelera, pero ni siquiera a la de reciclaje, de donde siempre puede salirse, sino a la otra). El perdón, por el contrario, deja siempre abierta una puerta para que, a través de ella, pueda cambiar, avanzar y crecer quien realmente desee hacerlo y, por lo mismo, ponga manos a la obra con toda honestidad.

El perdón, en segundo lugar, libera a quien perdona. Cuando perdonamos estamos renunciando a participar en ese juego de la oposición, el enfrentamiento o el conflicto cada vez mayor, que hace mal a todos y bien a nadie. El que perdona se libera de la bola de nieve cada vez más grande, más veloz y más peligrosa. Cuentan –creo que lo hace Anthony de Mello, pero no tengo a mano el medio para poder verificarlo– que un antiguo prisionero de los campos de concentración nazis fue en cierta ocasión a visitar a un amigo que había compartido con él esa experiencia tan trágicamente inhumana y degradante. *"¿Has olvidado ya a los nazis?"*, le preguntó el visitante a su amigo, a lo que este respondió que sí. *"Pues yo no, aún sigo odiándolos con toda mi alma"*. *"Entonces* –le dijo su amigo– *aún siguen teniéndote prisionero"*.

El perdón es doblemente liberador. Jesús en todo aparece como un hombre profundamente libre y que, en consecuencia, practica magnánimamente el perdón. Como solo Dios sabe hacerlo. Nosotros, cristianos, también en esto estamos llamados a la imitación o al seguimiento de Jesús y en ello nos va una buena parte de nuestra libertad.

Y ahí llega Pablo: no importan las veces en que usted no haya perdonado; importan todas y cada una de aquellas que a usted le quedan por perdonar.

Nada de héroes, que son misioneros
(Is 53, 10-11; Hb 4, 14-16; Mc 10, 35-45)

Esas son las lecturas bíblicas que en el ciclo B del tiempo ordinario acompañan el Día del Domund o de las Misiones: celebración de la vocación misionera y universal de la Iglesia que somos. Su sentido consiste, entre otras cosas, en recordarnos que los trescientos sesenta y cinco días del año son para los cristianos tiempo de misión. Y esto es así no de forma secundaria, tangencial o derivada, sino de forma esencial para nuestra fe y para nuestra condición eclesial: la razón de ser de la Iglesia es continuar la misión de Jesús con el objetivo final de anunciar su evangelio a toda persona de todo tiempo y de todo lugar.

¿Solo para foráneos?

Por alguna extraña razón –en realidad sinrazón– tenemos mentalmente colocados a los misioneros y misioneras en culturas lejanas y frente a rostros exóticos, como si el terreno de misión se encontrara siempre más allá de nuestras propias vidas y sociedades. Eso tiene la ventaja tramposa de que nos permite considerarnos sujetos de la evangelización, no destinatarios de la misma, y exentos de la siempre necesaria conversión. ¡Lástima que solo se trate de un espejismo!

El realismo más elemental –suele ser una pista segura hacia la humildad– nos obliga a considerar que, por más que seamos cristianos viejos, seguimos resistiéndonos a permitir que amplias zonas de nuestras vidas se empapen de evangelio. También nuestra sociedad dominicana está necesitando el aire fresco del evangelio para replantear su relación con la transcendencia, con los más

débiles, con los extranjeros, con los pueblos aún más pobres… Necesitamos redescubrir a Jesús.

Digamos, por lo tanto, que la creencia y la increencia no se encuentran separadas por ninguna frontera; o, si tal frontera existiera, que lo que hace es atravesar el corazón mismo de nuestras vidas y de nuestra sociedad. *"Mantengamos la confesión de fe"*, exhorta el autor de la carta a los Hebreos. Vale para todos y cada uno de nosotros en todas y cada una de las ocasiones en que la abandonamos.

Un aliento de universalidad

Es cierto, sin embargo, que el Día de las Misiones nos trae cada año un aliento de universalidad, invitándonos a desbordar los estrechos horizontes de nuestro localismo y a pensar en términos mundiales (ahora se dice globales para mejorar la imagen). El Domund viene a recordarnos que por todo el mundo están repartidos esos hombres y mujeres esforzados –solemos llamarlos misioneros– que han puesto enteramente su vida al servicio de la tarea evangelizadora que nos corresponde a toda la Iglesia.

Hombre y mujeres que se afanan por extender el conocimiento de –y el amor a– Jesús, el *"Evangelio de Dios"*, como decía Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*.

Hombres y mujeres que, renunciando a la lógica del poder contra la que nos alerta severamente el evangelista Marcos (*"saben que los que son tenidos como jefes de las naciones las dominan como señores absoluto, y su grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre ustedes"*), están prolongando el servicio realizado por Jesús a cada uno de sus hermanos.

Hombres y mujeres que, a veces, llegan a pagar incluso con sus vidas la pasión de decir a los más necesitados el evangelio que libera y hace brillar en todo ser humano la dignidad de los hijos de Dios.

Hombres y mujeres que, como Jesús, enseñan, curan o multiplican panes: enseñan con sus centros educativos; curan con sus programas de salud; multiplican panes con sus iniciativas de desarrollo económico.

No héroes, sino hermanos

Dicho queda, pero vale la pena insistir en que esos hombres y mujeres no actúan por cuenta propia, sino como miembros que son de la Iglesia, la comunidad a la que Jesús ha encomendado la tarea de la evangelización. Actúan en nombre de todos nosotros y, en última instancia, en el de Jesús. Por eso, no conlleva ni una pizca de exageración decir que deberíamos sentir en carne propia sus alegrías y sus angustias, sus éxitos y sus fracasos.

A veces su comportamiento llega a resultar extremadamente valiente, pero no son héroes. No pertenecen a un linaje diferente del que ustedes y yo compartimos, sino que son solo hermanos nuestros enormemente generosos. Alguna vez leí algo aproximadamente así: *"Cuando alguien te llama héroe eso significa que está a punto de dejarte solo"*. En efecto, llamar a alguien héroe es atribuir a su personalidad y a su conducta rasgos sobrehumanos, ajenos a los propios del común de los mortales y para los cuales, por lo tanto, no se puede contar con nosotros: pertenecerían al orden de la supererogación, como les gusta decir a juristas y moralistas. Llamar a alguien héroe equivale, en ese sentido, a dejarle solemnemente solo.

Pues bien, los misioneros no son personajes mitológicos, sino hermanos nuestros que, entre luces y sombras y en medio de sus debilidades, asumen personalmente el encargo que a todos los suyos nos dejó Jesús: *"Vayan y hagan discípulos de todos los pueblos"* (Mt 28,19). No merecen ser dejados en la soledad de los héroes. Conservémoslos en la comunidad de los cristianos.

Mejor testigos que doctores

En una o en otra tierra, para los que llamamos 'misioneros' o para cualquier otro cristiano que tome en serio la misión recibida de Jesús, sigue valiendo la sabia observación de Pablo VI en la mencionada *Evangelii nuntiandi*: *"El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio"*. En la coherencia nos la jugamos.

El juicio o la primacía del amor a los pequeños (Mt 25,31-46)

"Entonces los justos le responderán: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos emigrante y te acogimos, o desnudo y te vestimos? Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte?». Y el rey les dirá: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis»".

Esta parábola que acabo de evocar mediante un fragmento, conocida como la del juicio final, es presentada por el evangelista como la respuesta de Jesús a la pregunta de sus discípulos acerca del cómo y del cuándo de la parusía (segunda venida del Señor o, mejor, segunda manifestación porque irse, lo que se dice irse, no se ha ido nunca).

Digo respuesta, pero, bien mirado, Jesús no parece dispuesto a prestar atención a ese tipo de curiosidades, perfectamente comprensibles, pero curiosidades al fin. Tanto en esta como en las tres parábolas que la preceden (el siervo fiel, las diez jóvenes y los talentos) Jesús prefiere concentrarse en las actitudes que permiten al discípulo preparar responsablemente el encuentro definitivo con él y la plena manifestación de su Reino.

Ángeles y hombres, ovejas y cabras, derecha e izquierda, castigo y vida... Un cuadro grandioso y sobrecogedor, esbozado con escasas y rápidas pinceladas de penetrante color apocalíptico; cuadro, por ello, que anuncia una palabra sobre el sentido último de nuestra vida, el criterio de los criterios, la bondad de las bondades.

¡Como si no hubiera quedado ya suficientemente claro a quienes tienen oídos para oír! He aquí una parábola para subrayar la primacía del amor a los pequeños, a los pobres, a los desgraciados… el amor, claro, al modo de Jesús: comprometido, liberador, generoso. Esta, y no otra, es la medida de un ser humano, el criterio de juicio, la piedra de toque del valor moral de su existencia. Todo lo demás acaba por escurrírsele entre los dedos.

El amor apenas permite acotar un campo de la actividad humana. Es más bien un principio vital de orientación y servicio a los demás. Es transversal: casi todo puede hacerse por amor, incluso estudiar bajo la soledad de un flexo. Hay estudios comprometidos, liberadores, generosos; estudios que aportan luz y consuelo, paz y justicia, esperanza y verdad. Hay estudios para los demás y los hay solo para uno mismo.

"Al caer de la tarde, seremos examinados del amor", en palabras de San Juan de la Cruz. Quedamos advertidos y avisados. A la vista tenemos una parábola para hacer crecer el sentido de la responsabilidad personal última ante el crucificado, el juez de la historia –un ajusticiado, ¿quién iba a decirlo?–, y ante todos los crucificados; parábola para la responsabilidad; y parábola para el consuelo porque el juez es Jesucristo, nuestro hermano, y su sede es la cruz, lugar de gracia.

El precio del tesoro

(Is 52,13-53,12; Hb 4,14-16; 5,7-9; Jn 18,1-19,42)

El Viernes Santo, más que nunca, la liturgia cristiana se viste de rojo, el color del martirio, la luz del testimonio. Jesús ha nacido y venido al mundo exactamente para eso: ser testigo de la verdad. Y su testimonio culmina en la fidelidad de quien sabe entregar libremente su vida por amor.

La hora de nona está presidida por la cruz de Jesús. Bien sabemos los cristianos que Dios no se complace en el sufrimiento, sino en la vida, y que nuestra vocación camina en sentido exactamente inverso al del sado-masoquismo. Besar la cruz de Jesús no es rendir homenaje al dolor, sino adorar su fidelidad, su libertad y su amor; un amor tan recio y entero que es capaz de todo, incluso de convertirse, si es necesario (suele serlo), en cruz.

Kénosis: en el rastro de la Encarnación

Siendo de condición divina, Cristo *"se despojó de su rango... Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz"* (2 Cor 2,7-8). En la persona de Jesús Dios ha asumido nuestra humanidad sin privilegios ni exoneraciones, con todas y cada una de sus contingencias. Ni la historia es para Dios un juego ni el niño de Belén escondía ases en la manga.

La Encarnación del Hijo de Dios ha tenido lugar en una historia marcada, de hecho (que no de derecho), por la lógica sacrificial de los poderosos, acostumbrados a no detenerse ante nada ni ante nadie. Solemos referirnos a la pasión y muerte de Jesús en términos de prendimiento, flagelación, coronación

de espinas y crucifixión. Quizás fuera mejor que habláramos de búsqueda y captura, de interrogatorio con tortura, de juicio amañado y de ejecución porque estos vocablos habituales podrían trasparentar mejor los últimos sucesos de la vida de Jesús en toda su crudeza histórica.

La muerte de Jesús no fue ni natural ni casual. Fue el resultado de la voluntad de los poderosos. No se trató de una muerte sin más, sino de una ejecución y un asesinato, es decir, un homicidio cometido con premeditación y alevosía. Fue la dramática consecuencia histórica de su opción sin fisuras por el Reino, el proyecto de la fraternidad universal soñado por Dios Padre. En una sociedad profundamente incidida por jerarquías, divisiones, conflictos, exclusiones..., dicho proyecto vino a chocar frontalmente con los intereses de los poderosos, que, puestos a ambicionar, hasta pretendían tener a Dios a disposición o, al menos, de su lado. El anuncio por parte de Jesús del futuro del 'hombre-hermano porque Dios-Padre' fue percibido por ellos como una amenaza intolerable. Les pareció necesario quitar a Jesús de en medio, y lo quitaron.

Dar la vida

A Jesús, en efecto, le arrancaron la vida. No es menos verdad que se entregó a la muerte libre (Jn 10,17) y amorosamente porque, como él mismo decía, *"nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos"* (Jn 15,13).

Posiblemente no habría sido tan difícil proclamar que el hombre está hecho para el sábado, maldecir a los samaritanos, aplaudir a los ladrones del templo, consentir la lapidación de otra adúltera, dejar de comer con los publicanos, no volver a tocar a un leproso, declarar bienaventurados a los ricos... nadar a favor de la corriente o cambiar de chaqueta a tiempo. Jesús, en cambio, eligió la muerte

como el precio que merecía su 'tesoro' (Mt 13,44), la consecuencia de una invencible lealtad al Reinado de Dios, el desenlace de su opción radical por la causa de su Padre y de sus hermanos.

Dios no se desdice y Jesús tampoco. Su cruz prolonga su vida o, mejor aún, la extrema o lleva a término. Él es, en efecto, el *"Cordero de Dios"* (Jn 1,29) –por eso su ejecución es presentada por el evangelista Juan en el momento de la inmolación de los corderos pascuales–, pero el suyo no es un sacrificio ritual, sino existencial; no es el que tiene lugar en el momento último y sobre dos maderos atravesados, sino a lo largo y ancho de sus días y de sus noches, sobre el altar de la vida. La entrega de Jesús culmina y sella el sacrificio de toda su persona, su entera consagración a Dios y a sus hermanos. No es sangre lo que Dios quiere, sino un corazón dispuesto a hacer siempre y en todo su voluntad (Sal 39,7-8; 50,18-19), al precio, si es necesario, de la propia vida.

Jesús abrió sus brazos en la cruz como último y definitivo acto de fidelidad. Por eso su muerte es martirio: testimonio acerca de Dios, sí, pero también acerca de la persona humana.

Ecce homo: la verdad sobre el hombre

"He aquí el hombre", indicó Pilato a los sumos sacerdotes y guardias en el momento de presentarles a un Jesús ya torturado y poco antes de entregárselo para que lo crucificaran. Por supuestísimo que no voy a atribuir a aquel funcionario imperial ambicioso ninguna cualidad profética, pero lo cierto es que Pilato tenía razón, aunque en un sentido por él ignorado. *"Desfigurado, no parecía hombre, ni tenía aspecto humano"* y, sin embargo, aquel Jesús era y es el

hombre cabal, la humanidad cumplida, la persona plenamente realizada según el proyecto de Dios, cuya medida no es otra que la del amor.

Ha llegado a convertirse en un estribillo histórico que *"el hombre es un lobo para el hombre"* y es verdad que a menudo nos comportamos como tales, pero en realidad somos otra cosa: somos hermanos. Los cristianos nos sabemos de camino: creemos que la persona humana, como decía Pablo VI, es una vocación a *"crecer en humanidad, valer más, ser más"* y de buen grado afirmamos con Pascal que *"el hombre supera infinitamente al hombre"* (cf. Populorum progressio, 15 y 42).

Pues bien, el hombre-hermano que es Jesús define nuestra meta, testimonia la verdad sobre la persona humana, *"manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación"* (Lumen gentium, 22). Jesús ha nacido y venido al mundo *"para ser testigo de la verdad"* (Jn 18,37), la de Dios y la nuestra, la nuestra porque la de Dios, la del 'hombre-hermano porque Dios-Padre'.

De seguro que a nuestros propios 'gentiles' el hombre-hermano crucificado ha de parecerles, como a los de San Pablo, una enorme *"necedad"* (1 Cor 1,23). George Stigler, uno de los economistas estrella del neoliberalismo, hacía gala de su peculiar sentido de la racionalidad en estos términos: *"Creemos que el hombre es un animal maximizador de utilidad –aparentemente también lo son las palomas y las ratas– hasta el presente no hemos encontrado información para descubrir una parte de su vida en la que invoque unos objetivos diferentes de comportamiento"*. Valga como ejemplo de una muy influyente visión de la humanidad con la que hemos de habérnoslas.

Besar la cruz de Jesús equivale a renegar del hombre-lobo (o paloma o rata) para abrazar con todo el alma al hombre-hermano.

Una fidelidad que alienta la esperanza

"La copa que me ha dado mi Padre, ¿no la voy a beber?". Semejante fidelidad de Jesús anima nuestra esperanza, que se obstina en seguir pensando que ni siquiera el desierto agota la vida: el Siervo *"creció como brote, como raíz en tierra árida"*. Los cristianos sabemos que el desierto es fértil. Nos gloriamos en la cruz de nuestro Señor y solo en ella reconocemos la fuente de la vida.

Por eso nos acercamos confiadamente a la cruz de Jesús. No tenemos un Señor *"incapaz de compadecerse de nuestras debilidades"*. Ante él llegamos con nuestros propios desiertos de soledad, de cansancio, de frustración, de abatimiento. Ante él nos presentamos con nuestros desiertos de inhumanidad y de pecado. Y ante él nos atrevemos a susurrar aquella osadía que aprendimos de los antiguos cristianos: *"Feliz culpa, que nos mereció este Salvador"*.

La liturgia del Viernes Santo termina como en punta, interrumpida en espera de ser reanudada en la Vigilia Pascual y completada por ella: muerte y resurrección son dos aspectos del único Misterio Pascual; la *"hora"* de Jesús es la de su muerte, sí, pero también la de su glorificación (Jn 12,23). *"Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto"* (Jn 12,24).

El primer día de la semana

(Mt 28,1-8; Mc 16,1-11; Lc 24,1-11; Jn 20,1-18)

Es verdad que algunos de mis hermanos de comunidad piensan que nuestros primeros encuentros con Jesús solo fueron otros tantos frutos de enormes casualidades. Yo estoy más bien convencida de que él fue haciéndose el encontradizo por aquí y por allá, pero en fin… me temo que nunca conseguiremos ponernos de acuerdo en este punto.

De lo que no cabe ninguna duda es de que fue necesario poco tiempo para que todos y cada una nos dejáramos conquistar por Jesús: por su personalidad y por su utopía. Bueno, en realidad tampoco eran dos cosas tan distintas, porque hasta sus más recónditos sentimientos y pensamientos –aquellos que nos contaba en las pocas ocasiones en que conseguíamos quedarnos a solas– tenían que ver con lo que él llamaba el Reino de Dios. Jesús solía expresarlo en forma de parábolas, pero Santiago, que a veces presume de intelectual, suele resumirlo diciendo que es un proyecto de fraternidad entre todos los seres humanos, porque a fin de cuentas todos somos hijos de un único Padre, que es ni más ni menos que el mismísimo Dios. Sí, yo también creo que es un buen resumen.

Lo cierto es que, de la mano de Jesús, los hombres y las mujeres que le seguíamos fuimos aprendiendo a llamar a Dios 'Padre' y también a caer en la cuenta del especial cuidado y cariño que necesitan los más vapuleados por la vida.

Jesús aseguraba que el Reino de Dios, aunque todavía pequeño, estaba creciendo y que nada podría detenerlo. Nosotros creímos de todo corazón esa buena noticia y nos pusimos a dos manos en el crecimiento de aquella especie de grano de

mostaza, como él lo llamó, ridículo de tamaño, desde luego, pero rebosante de vida.

Ninguno de los que nos sumamos a Jesús éramos lo que se dice una joya; había cosas que a todos nos costaba digerir. Me gustaría no tener que reconocerlo, pero al pan, pan: nos habíamos embarcado con entusiasmo en la aventura de Jesús, pero seguíamos muy atenazados por los anteriores reflejos. Por ejemplo, aunque ahora me hace gracia recordar aquel día en que todos nos enzarzamos en una agria discusión sobre nuestros respectivos poderes y privilegios dentro del grupo, lo cierto es que entonces viví aquel episodio como un auténtico fiasco colectivo. Y eso es lo que era: no acabábamos de aceptar que en el proyecto de Jesús no había dividendos. Menos mal que Jesús dio muestras, una vez más, de tener una paciencia a prueba de bomba.

Fue esa constancia la que nos permitió ir empapándonos de su verdad e ir intuyendo paso a paso nuevos horizontes en su forma de ser y de vivir. Llegamos incluso a convencernos de que Jesús no era un hombre cualquiera, sino un gran profeta, un enviado de Dios. En fin, que, a pesar de nuestros muchos pesares, en aquella primera época todo parecía ir viento en popa. La fama de Jesús se extendía, la gente lo recibía con alegría y cada día acogíamos en el grupo caras nuevas.

El nombre de Jesús, en efecto, se fue extendiendo a toda velocidad, pero no todo resultaron ser ventajas. Enseguida tuvimos ocasión de comprobar que, a medida que su mensaje iba siendo conocido, se despertaban todo tipo de recelos y de hostilidades entre los poderosos, sobre todo entre las autoridades religiosas de nuestro propio pueblo. Y esto nos desconcertaba por completo porque aquellos

hombres eran ni más ni menos que los representantes oficiales de Dios o, al menos, así es como los veíamos nosotros en aquel entonces. No podía ser verdad, pero lo era: estábamos asistiendo a una especie de guerra del Dios de la ley contra el Dios-Padre, del Dios del templo contra el Dios de la vida, del Dios oficial contra el Dios de Jesús.

Lo de 'guerra' puede parecer exagerado, pero, de hecho, la pugna en que Jesús se vio envuelto fue pasando a mayores: primero fueron simples intentos de ridiculización de Jesús; más adelante calumnias (lo tildaron de borracho, loco y endemoniado); luego llegaron los planes de captura, que siempre fallaron, excepto –claro– la última vez, aquella que condujo al juicio (en realidad, a algo remotamente parecido), a la condena y a la ejecución.

Sí, una ejecución. Tuvimos que ver a Jesús colgado de una cruz; ejecutado por hereje, por heterodoxo, por mentiroso... por blasfemo, según establecía la sentencia con que el Sanedrín le acusó de haber adulterado y corrompido completamente el verdadero rostro de Dios. Nuestro desconsuelo era total y nuestra tristeza infinita. Todo sucedió muy deprisa y apenas tuvimos tiempo de hablar las cosas. Además, el miedo nos tenía agarrotados y prácticamente todos decidieron dispersarse y esconderse. Por no dejar sola a María, la madre de Jesús, solamente Juan y yo, haciendo de tripas corazón, tuvimos el coraje de llegar hasta el final.

No fue posible, como digo, pararse a pensar las cosas entre todos y no seré yo quien se aventure a dar una palabra definitiva sobre los demás, pero tengo la impresión de que fuimos muchos, por no decir todos, los que entendimos que aquello era el desenlace de un fracaso estrepitoso.

En la cruz yo vi –he de reconocerlo– el triunfo del Dios oficial sobre el Dios de Jesús. ¿Cómo podríamos haber desconfiado de la sentencia de aquel tribunal de hombres sabios y religiosos, cuya voz era aceptada por casi todo el mundo como la mismísima voz de Dios? Nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras instituciones, nuestras autoridades… parecían estar demostrando fehacientemente el gran engaño cometido por Jesús. Parecía quedar sentado y bien sentado que la utopía de Jesús nada tenía que ver con el Reino de Dios, sino con la imaginación calenturienta de un soñador descarriado.

Recuerdo el horrible estremecimiento que me produjeron los gritos de aquel hombre que se encontraba justo detrás de nosotros, cerca de la cruz: *"¿Dónde está tu Dios ahora? ¡Que venga a salvarte si tanto te quiere!"*. Y el Dios de Jesús no vino. ¡Qué silencio tan espantoso! Allí quedaban, pendiendo en un madero, los jirones de una farsa.

Todo había sido un espejismo, una ensoñación… dulce, es verdad, pero ensoñación al fin. Había llegado el momento de despertar y de seguir mirando de frente la única realidad… la de nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras instituciones y nuestras autoridades… la única y verdadera realidad, la terca realidad. La realidad a secas.

Pero aquella hermosa mañana, la del primer día de la semana, la realidad se volvió loca. Todo se puso patas arriba… en cierto sentido. Supimos de la vida nueva de Jesús, así de sencillo y así de espléndido. Casi no tenemos palabras para decirlo porque la lengua humana es capaz de balbucear el misterio muy a duras penas, pero sabemos que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos. Era Jesús quien estaba en lo cierto: no hay más Dios que el de la misericordia, el que vela

sobre el débil, el enamorado de la vida. No hay más Dios que el Padre nuestro, el que a todos nos hace hermanos. ¡Y eso nos llena de alegría!

Es verdad que este mundo sigue siendo, por muchas y conocidas razones, un lugar feo, frío y triste. Pero no es menos cierto que la resurrección de Jesús descubre un mundo inédito, crea posibilidades vírgenes, estrena horizontes desconocidos. Hace posible que se den la mano realidades que parecían destinadas a no encontrarse nunca: dolor y sonrisa, enemigo y abrazo, persecución y bienaventuranza, ofensa y perdón, morir... para vivir.

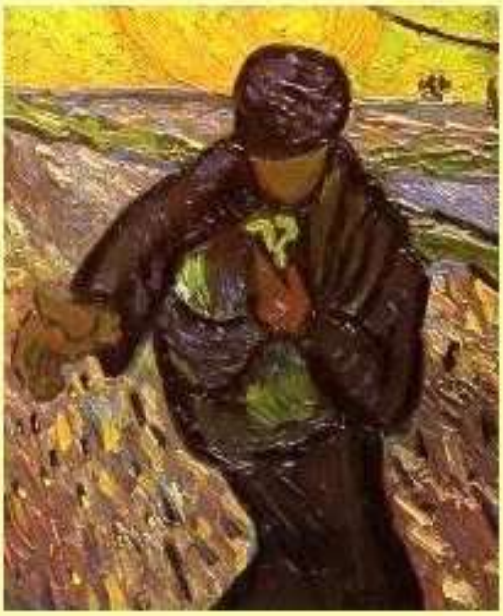
Se equivocan los que piensan que la tortura puede amedrentar al hombre libre: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que recurren a la calumnia para silenciar al hombre veraz: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que abusan del poder para poner cerco al hombre fraterno: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que confían en la violencia para sepultar al hombre justo: Jesús ha resucitado. Se equivocan los que pretenden poner término a nuestra historia personal y colectiva en la noche oscura de un viernes: existe la mañana del primer día de la semana.

Más aún, tras esa radiante mañana, hemos aprendido incluso a amar la cruz. Ahora sabemos que no significa el triunfo de ningún ridículo diosecillo, sino la solidaridad del Dios de Jesús con todos los abatidos. Sabemos que la gloria de Dios no brilla en las coronas de los poderosos, sino en la ternura de los débiles. Sabemos que los diamantes son estériles, mientras que el estiércol puede alimentar la vida.

En algo tienen razón los aguafiestas, y es que la resurrección de Jesús no nos saca de repente de este lugar feo, frío y triste en que ahora vivimos..., pero nos permite acariciar una esperanza para seguir caminando. Porque Dios es, para siempre, el

Padre obstinadamente creativo capaz de transformar una tragedia en una victoria para sus hijos.

JESÚS A VOLEO



Bocetos evangélicos